

LA ILUSTRACIÓN

ESPAÑOLA Y AMERICANA

ALMANAQUE

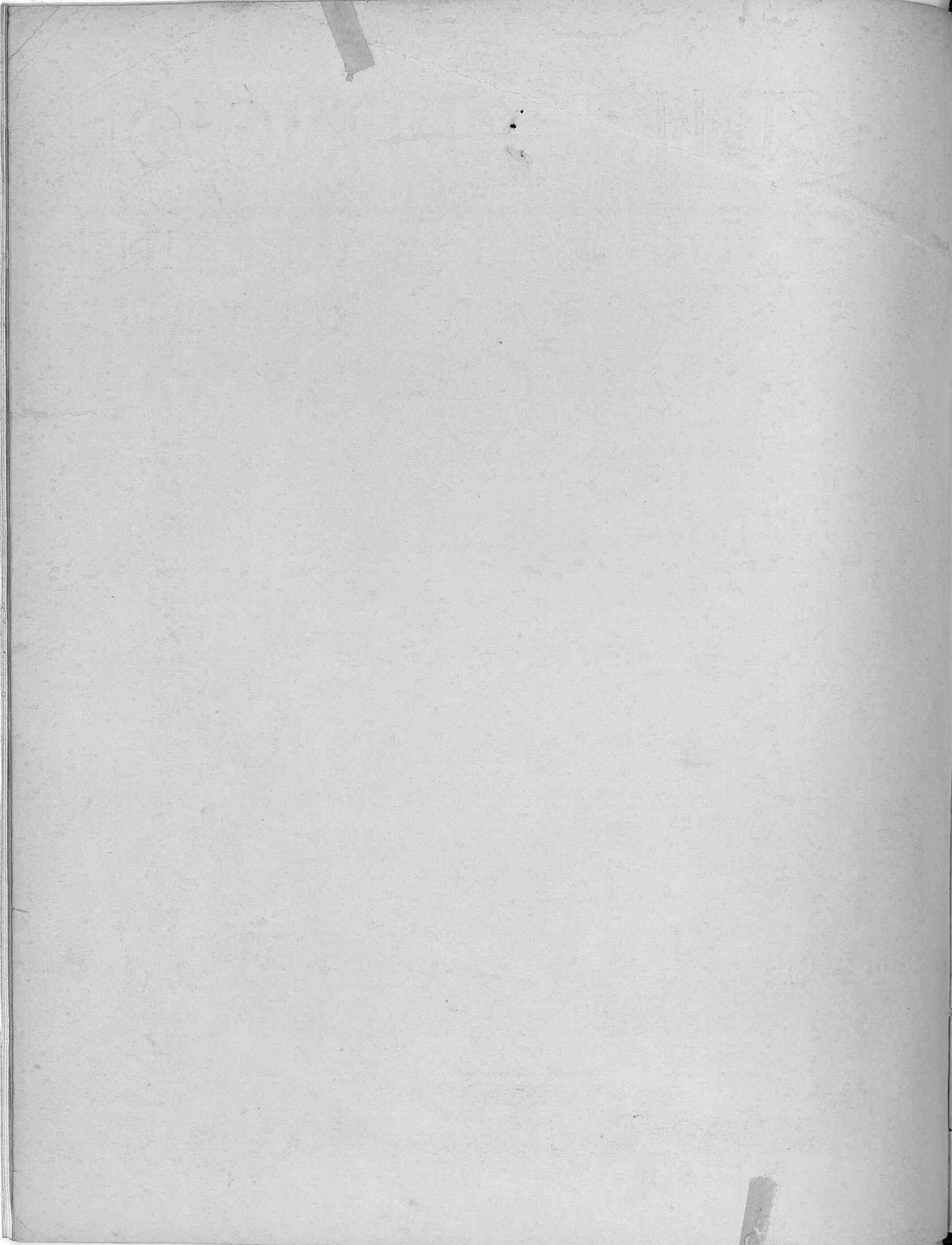
PARA

1902



Gilman 69

J. de Ferrera



AÑO XLVI

La Ilustración Española y Americana

REVISTA DE BELLAS ARTES, LITERATURA Y ACTUALIDADES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID

Un año, **35** pesetas. — Seis meses, **18**. — Tres meses, **10**.

PROVINCIAS

Un año, **40** pesetas. — Seis meses, **21**. — Tres meses, **11**.

En **PORTUGAL** rigen los mismos precios, á razón de 180 reis por peseta.

DEMÁS PAÍSES DE EUROPA

Un año, **50** francos. — Seis meses, **26**. — Tres meses, **14**.

AGENCIAS DE LA EMPRESA EN AMÉRICA Y ASIA

(Pagaderos en oro por anticipado.)

Un año, **60** francos. — Seis meses, **35** francos

quedando los Sres. Agentes de esta Empresa, en América, autorizados para fijar el importe que, en la moneda circulante en cada país, equivalga á los expresados precios, atendiendo al coste de las letras sobre Europa.

En los días **8, 15, 22 y 30** de cada mes aparece un número de 16 páginas, muchas de ellas con selectos grabados, reproduciendo los sucesos de interés general, cuadros notables de todas las escuelas, monumentos arquitectónicos antiguos ó modernos, retratos de los personajes de reconocida notoriedad, etc. La sección literaria, confiada á los más distinguidos escritores, contribuye de manera eficaz á hacer de esta publicación una verdadera enciclopedia de nuestra época. Cuando la abundancia ó el interés de los asuntos artísticos ó de actualidad lo reclama, se distribuyen Suplementos, gratis para los Sres. Suscriptores.

Á las personas que deseen conocer esta publicación se les facilita número de muestra, gratis, en las principales librerías y por su

Administración, Arenal, 18, Madrid.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.				AÑO XLV.—NÚM. XXIII.		PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN, PAGADEROS EN ORO.		
	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.	REDACCIÓN Y TALLERES:			AÑO.	SEMESTRE.
Madrid.....	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.	PASEO DE SAN VICENTE, NÚM. 20. Madrid, 22 de Junio de 1901.		Cuba, Puerto Rico y Filipinas.	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Provincias.....	40 id.	21 id.	11 id.			Demás Estados de América y	60 francos.	35 francos.
Extranjero.....	50 francos.	26 francos.	14 francos.			Asia.....		
MADRID: Administración, Arzapal, 18.						PARÍS: 4, rue de la Michodière.		

BELLAS ARTES.



INDECISIÓN.
CUADRO DE SCHRAM.

ALMANAQUE

DE

La Ilustración Española y Americana

PARA EL AÑO

1902



ALFONSO

ALFONSO

ALFONSO

ALFONSO

ALMANAQUE
DE
LA ILUSTRACIÓN
PARA EL AÑO DE
1902

DIRIGIDO Y COMPUESTO

POR

DON ANTONIO GARRIDO

CON LA COLABORACIÓN DE LOS SEÑORES

Alcázar (D. Manuel), Álvarez Guerra (D. J.), Arzaduy (D. Juan), Banda (D. Eduardo), Barbasán,
Becerro de Begoa (D. Ricardo), Blanco-Beimonte (D. M. R.), Bource (D. Enrique), Burgos (D. Javier de),
Cabriquet (D. José), Cánovas y Vallejo (D. José), Ciarán (D. Alfonso), Ciardi (D. Guillermo),
Córdoba (D. Rafael de), Coullau Valera (D. Lorenzo), Cuevas (D. Carlos Luis de), Díaz de Escovar (D. Narciso),
Domínguez (D. Manuel), Echeagaray (D. José), Eickemeier, Elola (D. José de), Fabra (D. Nilo María),
Fernández Arias (D. Adelardo), Ferrari (D. Emilio), Fould, Francos Rodríguez (D. José),
García Rodríguez (D. Manuel), Gargelo (D. José), Grilo (D. Antonio), Grollerón, Heiderösch, Held,
Huertas (D. Ángel), Kapderer (D. José J.), Larrubiera (D. Alejandro), Laserna (D. José), Laverge, (D. G.),
Mélida (D. M.), Melton, Moreau, Morgán, Muepfer, Navarro Ledesma (D. Francisco), Nono (D. Luis),
Palao (D. Luis), Pedrero (D. Mariapo), Pérez (D. Alonso), Plumet, Priet, Ramos Carrión (D. Miguel),
Reipa (D. Manuel), Reyes (D. Arturo), Roeseler, Rueda (D. Salvador), Sánchez Gerona (D. J.),
Santa María (D. Marceliano), Sbarbi (D. José M.), Schivert, Sellés (D. Eugenio), Sorolla (D. Joaquín).

AÑO XXIX



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, número 20

1901

ALMAYOR

ALMAYOR

1902

ALMAYOR

ALMAYOR

ES PROPIEDAD.

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY.

ALMAYOR

ALMAYOR

ALMAYOR

1902

ÍNDICE GENERAL.



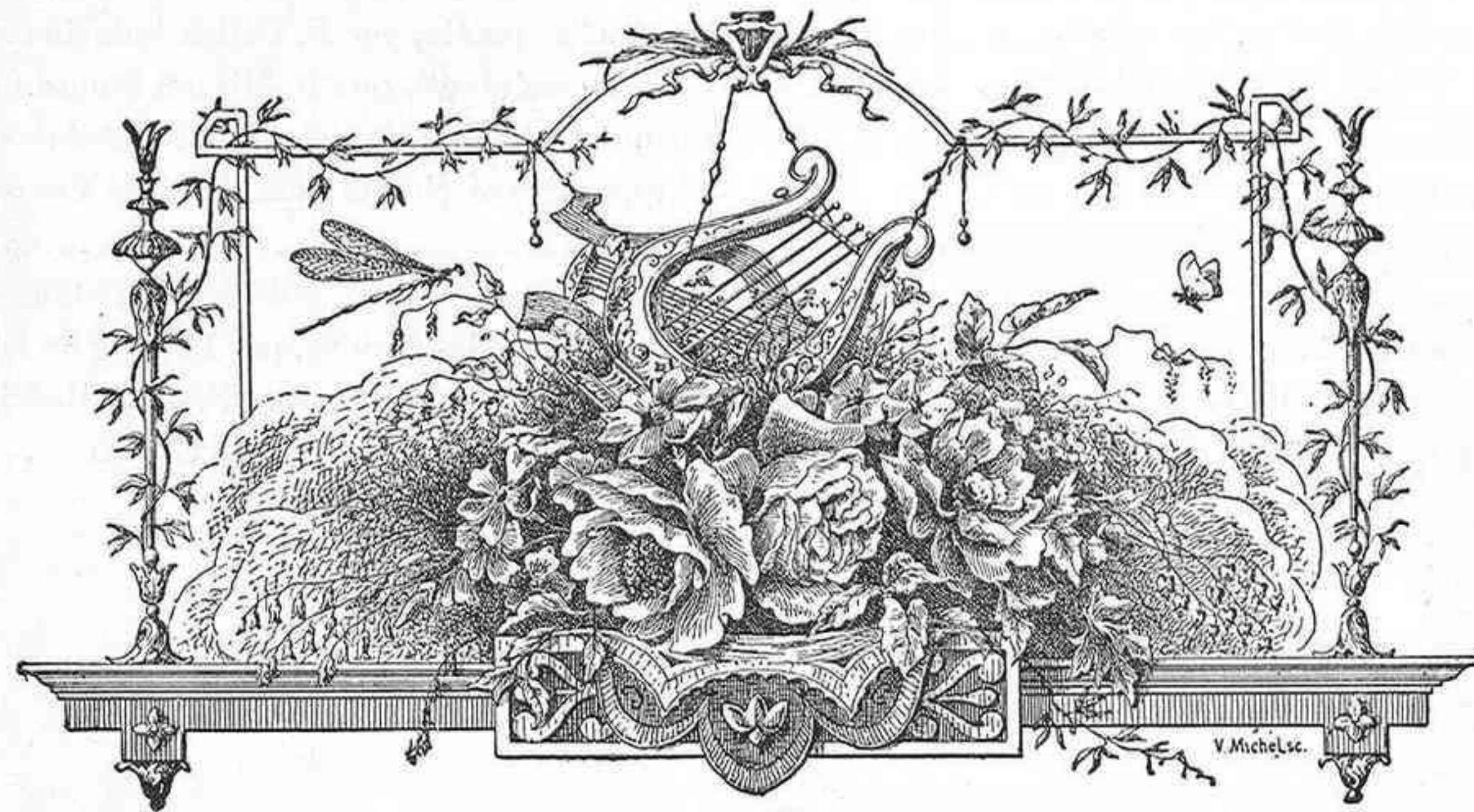
TEXTO.

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
PRELIMINARES: Año religioso, por D. J. M. S.	7	Malagueñas, poesía, por D. Narciso Díaz de Escovar.	60
Anuncios astronómicos, por D. M. V.	7	Noche de estrellas, poesía, por D. Manuel Reina	62
Santoral	9 á 24	La danza del mosto, poesía, por D. Salvador Rueda.	66
El Capitán Sin miedo, por D. J. Navarro y Ledesma	26	Los doscientos cabos de Cuba, por D. Ricardo Becerro de Bengoa	68
¡Cómo era en un principio!, poesía, por D. M. R. Blanco-Belmonte	31	Una noche muy larga, por D. José Echegaray	74
El cielo en 1902, por D. José J. Landerer	34	El Escorial, poesía, por D. Antonio Grilo	78
Dos hadas, poesía, por D. Rafael de Córdoba	37	Geografía, poesía, por D. Carlos Luis de Cuenca	80
Dos artistas, por D. Juan Arzadún	38	Los tres anónimos, por D. Miguel Ramos Carrión	82
Cuerdos y locos, por D. Eugenio Sellés	42	Ensueño, por D. Adelardo Fernández Arias	87
Soledad del alma, poesía, por D. Emilio Ferrari	45	El gastrónomo cimbel, por D. José Cánovas y Vallejo	89
¡Viva mi tierra!, poesía, por D. Javier de Burgos	46	Espera sentado, por D. Nilo María Fabra	94
Cosas de hombre, por D. Arturo Reyes	48	La Virgen de los Novios, por D. José de Elola	97
Caza menor, por D. José de Laserna	54	El dolor, poesía, por D. José Francos Rodríguez	100
El gran Ahasverus, por D. Alejandro Larrubiera	57	La Coqueta, por D. J. Álvarez Guerra	101

GRABADOS.

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
Ilustraciones del Santoral, dibujos y acuarelas de Domínguez, Garnelo, Huertas, Sorolla y Palao	9 á 24	Una niña perdida, cuadro de Mélida	39
Buenos amigos, cuadro de H. Roeseler	25	Recogiendo las redes, cuadro de Sorolla	41
Ilustraciones de «El Capitán Sin miedo», dibujos de Banda	26 y 27	¡Adivina quien te dió!, cuadro de Chocarne Moreau.	44
Cuento de amor, cuadro de Fould	30	En el Transvaal, la guerra pequeña, cuadro de Plument	44
¿Ustedes gustan?	32	Lección de doctrina, cuadro de Muenier	47
Tres edades, cuadro de G. Lavergne	33	Ilustraciones de «Cosas de hombre», dibujos de Sánchez Gerona	48 y 50

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
El almuerzo del gato, cuadro de Eickemeger.....	51	En Coltura, cuadro de Luis Nono.....	81
Para mamá, cuadro de Morgan.....	52	Ilustraciones de «Los tres anónimos», dibujos de Pedrero.....	82, 83, 85 y 86
Entre amigas, cuadro de R. Javier Prinnet.....	53	Ilustraciones de «Ensueño», relieve de Coullau Va- lera.....	87
¡No se pasa!, cuadro de Grollerón.....	56	En peligro, cuadro de Held.....	88
Ilustraciones de «El Gran Ahasverus», dibujos de Huertas.....	57, 58 y 59	Ilustraciones de «El Gastrónomo cimbel», dibujos de Palao.....	89, 90 y 91
Mamaíta, cuadro de Luis Nono.....	61	La Virgen y el Niño, cuadro de Correggio.....	93
La muerte del polluelo, cuadro de Luis Nono.....	63	Ilustraciones de «Espera sentado», dibujos de Marce- liano Santa María.....	94, 95 y 96
Dúo expresivo, cuadro de V. Schivert.....	64	Ilustraciones de «La Virgen de los Novios», dibujos de García y Rodríguez.....	97, 98 y 99
La siesta, cuadro de Heideröschén.....	65	Ilustraciones de «La Coqueta», dibujos de Alcázar..	101, 102, 103 y 104
Ilustraciones de «La danza del mosto», dibujos de Pedrero.....	66 y 67	«Músicos en Pascuas», boceto de Barbasán.....	104
Frutas y legumbres, cuadro de Luis Nono....	69	VIÑETAS VARIAS: 6, 29, 31, 34, 37, 38, 40, 42, 45, 46, 54, 55, 60, 62, 68 y 80.	
La despedida, cuadro de Alonso Pérez.....	71		
Castellano viejo, cuadro de Sorolla.....	72		
Recolección de heno, cuadro de Guillermo Ciardi...	73		
Ilustraciones de «Una noche muy larga», dibujos de Cabrinety.....	74 y 77		
Convaleciente, cuadro de Melton.	79		



PRELIMINARES.

AÑO RELIGIOSO.

CÓMPUTO ECLESIAÍSTICO.

Aureo número.	3	Indicción romana.	15
Epacta.	XXI	Letra dominical.	E
Ciclo solar.	7	Letra del martirologio romano.	B

FIESTAS MOVIBLES.

Dulcísimo Nombre de Jesús.	19 de Enero.
La Sacra Familia.	26 de Enero.
Septuagésima.	26 de Enero.
Sexagésima.	2 de Febrero.
Quincuagésima.	9 de Febrero.
Miércoles de Ceniza.	12 de Febrero.
Pascua de Resurrección.	30 de Marzo.
Patrocinio de San José.	20 de Abril.
Letanías.	5, 6 y 7 de Mayo.
Ascensión del Señor.	8 de Mayo.
Pascua de Pentecostés.	18 de Mayo.
La Santísima Trinidad.	25 de Mayo.
Sanctissimum Corpus Christi.	29 de Mayo.
Purísimo Corazón de María.	8 de Junio.
La Preciosísima Sangre de Ntro. Sr. Jesucristo.	6 de Julio.
San Joaquín, padre de Nuestra Señora.	17 de Agosto.
Nuestra Señora del Rosario.	5 de Octubre.
Patrocinio de Nuestra Señora.	9 de Novbre.
Dominicas entre Pentecostés y Adviento.	27.
Adviento.	30 de Novbre.

TÉMPORAS.

I.—El 19, 21 y 22 de Febrero.	III.—El 17, 19 y 20 de Sepbre.
II.—El 21, 23 y 24 de Mayo.	IV.—El 17, 19 y 20 de Dicbre.

DÍAS DE AYUNO.

Todos los de *Cuaresma*, excepto los Domingos.
 Los Viernes y Sábados de *Adviento*; advirtiéndose que, cuando la fiesta de la *Purísima Concepción de Nuestra Señora* cae en Viernes ó en Sábado, se anticipa el ayuno al Jueves inmediato.
 La Vigilia de *Pentecostés* (con abstinencia de carne).
Miércoles, Viernes y Sábado de cada una de las cuatro *Témporas*.
 Vigilia de *San Pedro y San Pablo* (con abstinencia de carne).
 Vigilia del *Apóstol Santiago*.
 Vigilia de la *Asunción de Ntra. Señora* (con abstinencia de carne).
 Vigilia de *Todos los Santos*.
 Vigilia de *Navidad* (con abstinencia de carne).
 También es ayuno con abstinencia de carne el *Miércoles, Jueves, Viernes y Sábado* de la *Semana Santa* (26, 27, 28 y 29 de Marzo).

ADVERTENCIA. Ningún día de ayuno se puede promiscuar carne y pescado, y durante la *Cuaresma* ni aun los Domingos.
 Debe renovarse la Bula todos los años en la época de su promulgación, y los que no la renueven *deben guardar abstinencia todos los días de ayuno, los Domingos de Cuaresma y todos los Viernes del año.*

VELACIONES.

Se abren el 7 de Enero y el 7 de Abril, y se cierran respectivamente el 11 de Febrero y el 29 de Noviembre.

DÍAS EN QUE SE SACA ÁNIMA.

El 26 de Enero; el 18 de Febrero; el 1, 2, 9, 21 y 22 de Marzo el 2 de Abril, y el 22 y 24 de Mayo.

ANUNCIOS ASTRONÓMICOS

que deben insertarse en los calendarios de Castilla la Nueva correspondientes al año 1902.

POSICIÓN GEOGRÁFICA DE MADRID.

LATITUD.	40° 24' 30" N.
LONGITUD.	0 ^h 10 ^m 4,2 ^s al E. del Observatorio de San Fernando.
	0 14 45,1 al O. de Greenwich.

ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODÍACO.

20 de Enero, en <i>Acuario</i> .	23 de Julio, en <i>Leo</i> .— <i>Cancula</i> .
19 de Febrero, en <i>Piscis</i> .	24 de Agosto, en <i>Virgo</i> .
21 de Marzo, en <i>Aries</i> .— <i>Primavera</i> .	23 de Sepbre., en <i>Libra</i> .— <i>Otoño</i> .
21 de Abril, en <i>Taurus</i> .	24 de Octubre, en <i>Escorpio</i> .
22 de Mayo, en <i>Géminis</i> .	23 de Noviembre, en <i>Sagitario</i> .
22 de Junio, en <i>Cáncer</i> .— <i>Estío</i> .	22 Dic., en <i>Capricornio</i> .— <i>Invierno</i> .

CUATRO ESTACIONES.

PRIMAVERA.—Entra el 21 de Marzo á las 13 horas y 17 minutos.
 ESTÍO.—Entra el 22 de Junio á las 9 horas y 15 minutos.
 OTOÑO.—Entra el 23 de Septiembre á las 23 horas y 55 minutos.
 INVIERNO.—Entra el 22 de Diciembre á las 18 horas y 36 minutos.

ECLIPSES DE SOL Y DE LUNA.

ABRIL 8. *Eclipse parcial de Sol*, invisible en Madrid.
 El eclipse principia en la Tierra á 1 h. 5,3 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se

halla en la longitud de 117° 58' al O. de San Fernando, y latitud 59° 57' N.

El medio del eclipse se verifica en la Tierra á 1 h. 40,3 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el lugar que ve la máxima fase en el horizonte se halla en la longitud de 136° 16' al O. de San Fernando, y latitud 71° 46' N.

El eclipse termina en la Tierra á 2 h. 15,2 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 179° 49' al E. de San Fernando, y latitud 81° 49' N.

Valor de la máxima fase aparente para la Tierra en general, 0,068; tomando como unidad el diámetro del Sol.

Este eclipse es visible en una pequeña parte de la América Septentrional y del Mar Polar Ártico.

ABRIL 22. *Eclipse total de Luna*, en parte visible en Madrid.

Principio del eclipse á las 17 h.
 Principio del eclipse total á las 18 h. y 10 m.
 Medio del eclipse á las 18 h. y 53 m.
 Fin del eclipse total á las 19 h. y 35 m.
 Fin del eclipse á las 20 h. y 45 m.

El principio de este eclipse es visible en parte de Europa, en casi todo el Asia, en gran parte de África, en la Australia, en el Océano Índico, en gran parte del Pacífico, y en parte de los Mares Polares.

El fin de este eclipse es visible en Europa y África, en gran

parte de Asia, en una pequeña parte de la América Meridional, en casi toda la Australia, en gran parte del Océano Atlántico, en el Índico, en el Mar Mediterráneo y en parte de los Mares Polares.

El último contacto de la sombra con la Luna se verifica en un punto del limbo de ésta que dista 60° de su vértice boreal hacia Occidente (visión directa).

En Madrid la Luna sale eclipsada á las 18 h. y 58 m.

MAYO 7. *Eclipse parcial de Sol*, invisible en Madrid.

El eclipse principia en la Tierra á 8 h. 17,6 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 167° 59' al E. de San Fernando, y latitud 52° 54' S.

El medio del eclipse se verifica en la Tierra á 10 h. 9,5 minutos, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el lugar que ve la máxima fase en el horizonte se halla en la longitud de 118° 55' al O. de San Fernando y latitud 70° 8' S.

El eclipse termina en la Tierra á 12 h. 14 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 102° 11' al O. de San Fernando, y latitud 32° 28' S.

Valor de la máxima fase aparente para la Tierra en general, 0,860; tomando como unidad el diámetro del Sol.

Este eclipse es visible en parte del Océano Pacífico y del Mar Polar Antártico.

OCTUBRE 17. *Eclipse total de Luna*, en parte visible en Madrid.

Principio del eclipse á las 4 h. y 17 m.

Principio del eclipse total á las 5 h. y 19 m.

Medio del eclipse á las 6 h. y 3 m.

Fin del eclipse total á las 6 h. y 48 m.

Fin del eclipse á las 7 h. y 50 m.

El principio de este eclipse es visible en parte de Europa, en una pequeña parte de Asia, en parte de África, en las dos Américas, en el estrecho de Behring, en el Océano Atlántico, en gran parte del Pacífico y del Mar Mediterráneo, y en parte de los Mares Polares.

El fin de este eclipse es visible en parte de Asia, en las dos Américas, en el estrecho de Behring, en parte del Océano Atlántico, en el Pacífico y en parte de los Mares Polares.

El primer contacto de la sombra con la Luna se verifica en un punto del limbo de ésta que dista 86° de su vértice boreal hacia Oriente (visión directa).

En Madrid la Luna se pone eclipsada á las 6 h. y 31 m.

OCTUBRE 30. *Eclipse parcial de Sol*, invisible en Madrid.

El eclipse principia en la Tierra á 17 h. 33,7 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 25° 58' al E. de San Fernando y latitud 58° 26' N.

El medio del eclipse se verifica en la Tierra á 19 h. 35,6 minutos, tiempo medio astronómico de San Fernando, y el lugar que ve la máxima fase en el horizonte se halla en la longitud de 107° 9' al E. de San Fernando y latitud 70° 53' N.

El eclipse termina en la Tierra á 21 h. 37,5 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 112° 21' al E. de San Fernando y latitud 33° 11' N.

Valor de la máxima fase aparente para la Tierra en general, 0,699; tomando como unidad el diámetro del Sol.

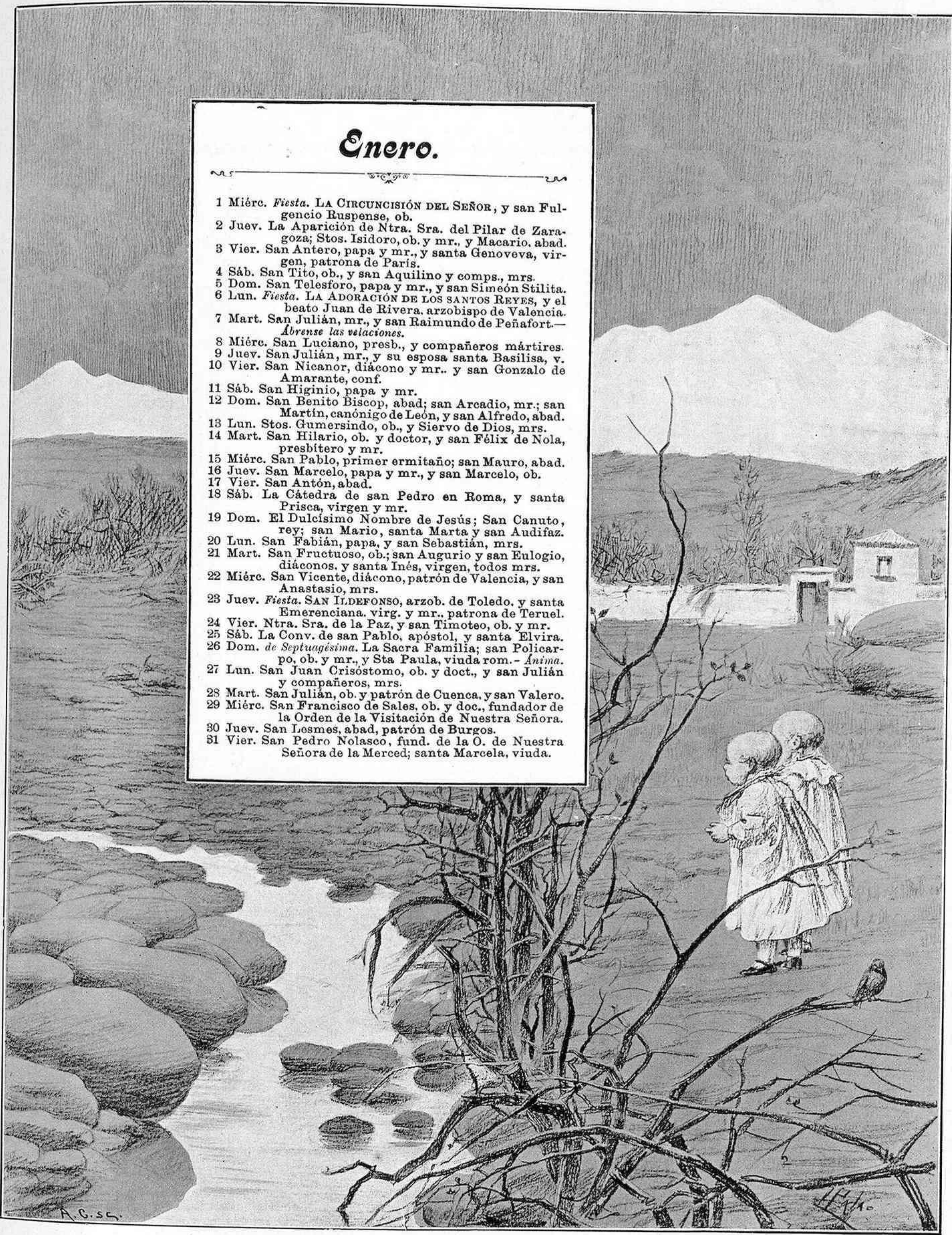
Este eclipse es visible en gran parte de Europa y Asia, y en una pequeña parte de los Océanos Atlántico é Índico y del Mar Polar Ártico.

Horas de tiempo solar medio de Greenwich á que se verifican las fases de la Luna en Madrid el año 1902.

ENERO.	}	Día 1.—16h 8m, en <i>Libra</i> .— <i>Menguante</i> .	}	JULIO.	}	Día 5.—12h 59m, en <i>Cáncer</i> .— <i>Nueva</i> .
		9.—21h 15m, en <i>Capricornio</i> .— <i>Nueva</i> .				12.—12h 47m, en <i>Libra</i> .— <i>Creciente</i> .
		17.—6h 38m, en <i>Aries</i> .— <i>Creciente</i> .				20.—16h 45m, en <i>Capricornio</i> .— <i>Llena</i> .
		24.—0h 6m, en <i>Leo</i> .— <i>Llena</i> .				28.—5h 15m, en <i>Tauro</i> .— <i>Menguante</i> .
FEBRERO.	}	Día 31.—13h 9m, en <i>Escorpio</i> .— <i>Menguante</i> .	}	AGOSTO.	}	Día 3.—20h 17m, en <i>Leo</i> .— <i>Nueva</i> .
		Día 8.—13h 22m, en <i>Acuario</i> .— <i>Nueva</i> .				11.—4h 24m, en <i>Escorpio</i> .— <i>Creciente</i> .
		15.—14h 57m, en <i>Tauro</i> .— <i>Creciente</i> .				19.—6h 3m, en <i>Acuario</i> .— <i>Llena</i> .
MARZO.	}	22.—13h 3m, en <i>Virgo</i> .— <i>Llena</i> .	}	SEPTIEMBRE	}	26.—11h 5m, en <i>Géminis</i> .— <i>Menguante</i> .
		Día 2.—10h 40m, en <i>Sagitario</i> .— <i>Menguante</i> .				Día 2.—5h 19m, en <i>Virgo</i> .— <i>Nueva</i> .
		10.—2h 50m, en <i>Piscis</i> .— <i>Nueva</i> .				9.—22h 15m, en <i>Sagitario</i> .— <i>Creciente</i> .
ABRIL.	}	16.—22h 13m, en <i>Géminis</i> .— <i>Creciente</i> .	}	OCTUBRE.	}	17.—13h 23m, en <i>Piscis</i> .— <i>Llena</i> .
		24.—3h 21m, en <i>Libra</i> .— <i>Llena</i> .				24.—16h 32m, en <i>Cáncer</i> .— <i>Menguante</i> .
		Día 1.—6h 21m, en <i>Capricornio</i> .— <i>Menguante</i> .				Día 1.—17h 9m, en <i>Libra</i> .— <i>Nueva</i> .
		8.—13h 50m, en <i>Aries</i> .— <i>Nueva</i> .				9.—17h 21m, en <i>Capricornio</i> .— <i>Creciente</i> .
MAYO.	}	15.—5h 26m, en <i>Cáncer</i> .— <i>Creciente</i> .	}	NOVIEMBRE	}	17.—6h 1m, en <i>Aries</i> .— <i>Llena</i> .
		22.—18h 50m, en <i>Escorpio</i> .— <i>Llena</i> .				23.—22h 58m, en <i>Cáncer</i> .— <i>Menguante</i> .
		30.—22h 58m, en <i>Acuario</i> .— <i>Menguante</i> .				31.—8h 14m, en <i>Escorpio</i> .— <i>Nueva</i> .
		Día 7.—22h 45m, en <i>Tauro</i> .— <i>Nueva</i> .				Día 8.—12h 31m, en <i>Acuario</i> .— <i>Creciente</i> .
JUNIO.	}	14.—13h 40m, en <i>Leo</i> .— <i>Creciente</i> .	}	DICIEMBRE.	}	15.—17h 7m, en <i>Tauro</i> .— <i>Llena</i> .
		22.—10h 46m, en <i>Sagitario</i> .— <i>Llena</i> .				22.—7h 47m, en <i>Leo</i> .— <i>Menguante</i> .
		30.—12h 0m, en <i>Piscis</i> .— <i>Menguante</i> .				30.—2h 4m, en <i>Sagitario</i> .— <i>Nueva</i> .
		Día 6.—6h 11m, en <i>Géminis</i> .— <i>Nueva</i> .				Día 8.—6h 27m, en <i>Piscis</i> .— <i>Creciente</i> .
		12.—23h 54m, en <i>Virgo</i> .— <i>Creciente</i> .				15.—3h 47m, en <i>Géminis</i> .— <i>Llena</i> .
		21.—2h 17m, en <i>Sagitario</i> .— <i>Llena</i> .				21.—20h 0m, en <i>Virgo</i> .— <i>Menguante</i> .
		28.—21h 52m, en <i>Aries</i> .— <i>Menguante</i> .				29.—21h 25m, en <i>Capricornio</i> .— <i>Nueva</i> .

Enero.

- 1 Miérc. *Fiesta.* LA CIRCUNCISIÓN DEL SEÑOR, y san Fulgencio Ruspense, ob.
- 2 Juev. La Aparición de Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza; Stos. Isidoro, ob. y mr., y Macario, abad.
- 3 Vier. San Antero, papa y mr., y santa Genoveva, virgen, patrona de París.
- 4 Sáb. San Tito, ob., y san Aquilino y comps., mrs.
- 5 Dom. San Telesforo, papa y mr., y san Simeón Stilita.
- 6 Lun. *Fiesta.* LA ADORACIÓN DE LOS SANTOS REYES, y el beato Juan de Rivera, arzobispo de Valencia.
- 7 Mart. San Julián, mr., y san Raimundo de Peñafort.—*Abrense las velaciones.*
- 8 Miérc. San Luciano, presb., y compañeros mártires.
- 9 Juev. San Julián, mr., y su esposa santa Basilisa, v.
- 10 Vier. San Nicanor, diácono y mr., y san Gonzalo de Amarante, conf.
- 11 Sáb. San Higinio, papa y mr.
- 12 Dom. San Benito Biscop, abad; san Arcadio, mr.; san Martín, canónigo de León, y san Alfredo, abad.
- 13 Lun. Stos. Gumersindo, ob., y Siervo de Dios, mrs.
- 14 Mart. San Hilario, ob. y doctor, y san Félix de Nola, presbítero y mr.
- 15 Miérc. San Pablo, primer ermitaño; san Mauro, abad.
- 16 Juev. San Marcelo, papa y mr., y san Marcelo, ob.
- 17 Vier. San Antón, abad.
- 18 Sáb. La Cátedra de san Pedro en Roma, y santa Prisca, virgen y mr.
- 19 Dom. El Dulcísimo Nombre de Jesús; San Canuto, rey; san Mario, santa Marta y san Audifaz.
- 20 Lun. San Fabián, papa, y san Sebastián, mrs.
- 21 Mart. San Fructuoso, ob.; san Augurio y san Eulogio, diáconos, y santa Inés, virgen, todos mrs.
- 22 Miérc. San Vicente, diácono, patrón de Valencia, y san Anastasio, mrs.
- 23 Juev. *Fiesta.* SAN ILDEFONSO, arzob. de Toledo, y santa Emerenciana, virg. y mr., patrona de Teruel.
- 24 Vier. Ntra. Sra. de la Paz, y san Timoteo, ob. y mr.
- 25 Sáb. La Conv. de san Pablo, apóstol, y santa Elvira.
- 26 Dom. *de Septuagésima.* La Sacra Familia; san Policarpo, ob. y mr., y Sta Paula, viuda rom.—*Anima.*
- 27 Lun. San Juan Crisóstomo, ob. y doct., y san Julián y compañeros, mrs.
- 28 Mart. San Julián, ob. y patrón de Cuenca, y san Valero.
- 29 Miérc. San Francisco de Sales, ob. y doc., fundador de la Orden de la Visitación de Nuestra Señora.
- 30 Juev. San Lesmes, abad, patrón de Burgos.
- 31 Vier. San Pedro Nolasco, fund. de la O. de Nuestra Señora de la Merced; santa Marcela, viuda.



Febrero.

- 1 Sáb. San Ignacio y san Cecilio, patrón de Granada, obispos y mrs.
- 2 Dom. de *Secyésima*. LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA (vulgo *La Candelaria*), y san Cornelio Centurión, obispo.
- 3 Lun. San Blas, ob. y mr., y el beato Nicolás de Longobardo.
- 4 Mart. Stos. Andrés Corsino, ob., y Jos. de Leonisa, conf.
- 5 Miér. Santa Agueda, virgen y mr., y san Pedro Bautista y 25 compañeros, mártires del Japon.
- 6 Juev. Santa Dorotea, virgen, y san Teófilo, mrs.
- 7 Vier. San Romualdo, abad, fundador de los Camaldulenses, y san Ricardo, rey de Inglaterra.
- 8 Sáb. San Juan de Mata, fundador de los Trinitarios.
- 9 Dom. de *Quincuagésima*. Santa Apolonia, virgen y mr.
- 10 Lun. Santa Escolástica, virgen, y san Guillermo, Duque de Aquitania.
- 11 Mart. San Saturnino, presb. y compañeros, mrs., y los santos Siete Siervos de Maria, fundadores. — *Cierranse las vacaciones.*
- 12 Miér. de *Ceniza*. Santa Eulalia de Barcelona, virgen y mr., y la 1.ª Traslación de san Eagenio, arzobispo de Toledo. — *Principia el ayuno de Cuarenta.*
- 13 Juev. San Benigno, mr., y santa Catalina de Rizzis.
- 14 Vier. San Valentín, presb. y mr., y el beato Juan Bautista de la Concepción, fund.
- 15 Sáb. San Faustino y santa Jovita, hermanos, mrs.
- 16 Dom. de *Cuarenta*. San Julián y 5000 compañeros, mrs.
- 17 Lun. San Julián de Capadocia, mr.
- 18 Mart. San Eladio, arzobispo de Toledo; san Simón, obispo y mr., y san Teotonio, conf. — *Autun.*
- 19 Miér. San Gabino, presb. y mr., y san Alvaro de Córdoba. — *Témpora. — Ayuno.*
- 20 Juev. San León y san Eleuterio, obs.
- 21 Vier. San Félix y san Maximiano, obs. — *Témpora. — Ayuno.*
- 22 Sáb. La Catedral de san Pedro en Antioquia y san Pascasio, ob. — *Témpora. — Ayuno. — Ódenes.*
- 23 Dom. de *Cuarenta*. San Pedro Damiano, ob., card. y doctor; santa Marta, virgen y mr., y santa Margarita de Cortona, penitente.
- 24 Lun. San Matías, ap., y san Modesto, ob.
- 25 Mart. San Cesáreo, conf., y el beato Sebastián de Aparicio.
- 26 Miér. San Alejandro, ob.
- 27 Juev. San Baldomero, conf.
- 28 Vier. San Román, abad, y los santos Macario, Rufino, Justo y Teófilo, compañeros, mrs.



M. Domínguez. — PRIMAVERA.



Marzo.

- 1 Sáb. El santo Angel de la Guarda, y san Rosendo, obispo.— *Anima.*
 2 Dom. *III de Cuaresma.* San Lucio, obispo.— *Anima.*
 3 Lun. Santos Emeterio y Celedonio, mrs., patronos de Calahorra.
 4 Mart. San Casimiro, príncipe de Polonia, y san Lucio.
 5 Miérc. San Eusebio y compañeros, mrs.
 6 Juev. San Victor y Victoriano, mrs.
 7 Vier. Santo Tomás de Aquino, conf. y doctor, y santas Perpetua y Felicitas, mrs.
 8 Sáb. San Juan de Dios, fund.; san Julián, arzobispo de Toledo, y san Veremundo, abad.

- 9 Dom. *IV de Cuaresma.* Santa Francisca, viuda; san Paciano, ob. y santa Catalina de Bolonia, virgen.— *Anima.*
 10 Lun. Santos Melitón y 39 comps., mrs. en Sebaste.
 11 Mart. San Eulogio, presb., y san Vicente, abad, mrs.
 12 Miérc. San Gregorio Magno, papa y doctor.
 13 Juev. San Leandro, san Rodrigo y san Salomón.
 14 Vier. Santa Matilde, reina, y santa Florentina.
 15 Sáb. San Raimundo, abad, fund. de la O. de Calatrava.— *Ordenes.*
 16 Dom. *de Pasión.* San Julián de Anazarbo, mr.
 17 Lun. San Patricio, ob. y conf.
 18 Mart. San Gabriel, arc., y el beato Salvador de Horta.
 19 Miérc. *Fiesta.* SAN JOSÉ, esposo de Nuestra Señora, patrón de la Iglesia universal.
 20 Juev. San Niceto, ob., y santa Eufemia, mr.
 21 Vier. Los Dolores de Nuestra Señora, y san Benito, abad y fund.— *Anima.*

- 22 Sáb. Santos Deogracias y Bienvenido, obispos.— *Anima.*
 23 Dom. *de Ramos.* San Victoriano y compañeros, mrs.
 24 Lun. *Santo.* S. Agapito, ob. y mr.; los beatos José María Tomasi, card., y Diego José de Cádiz.
 25 Mart. *Santo. Fiesta.* LA ANUNCIACIÓN DE NUESTRA SEÑORA Y ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS, y san Dimas el Buen Ladrón.
 26 Miérc. *Santo.* (*Abstinencia de carne.*) San Braulio, obispo de Zaragoza.
 27 Juev. *Santo.* (*Abstinencia de carne.*) San Ruperto, ob.
 28 Vier. *Santo.* (*Abstinencia de carne.*) San Sixto III, papa y conf., y stos. Cástor y Doroteo, mrs.
 29 Sáb. *Santo.* (*Abstinencia de carne.*) San Eustasio, abad.— *Ordenes.*
 30 Dom. DE RESURRECCIÓN. San Juan Climaco, abad.
 31 Lun. Santa Balbina, virgen, y san Amós, profeta.



Abril.

- 1 Mart. San Venancio, ob. y mr.
- 2 Miérc. San Francisco de Paula, fund. de los Mínimos, y santa María Egipciaca, penitente.— *Anima.*
- 3 Juev. Santos Pancracio, obispo, Ulpiano, mr., Benito de Palermo, y santa Burgundófora, virg.
- 4 Vier. San Isidoro, arz. de Sevilla, doctor de la Iglesia.
- 5 Sáb. San Vicente Ferrer, patrón de Valencia; santa Emilia, y la beata Juliana, virgen.
- 6 Dom. *de Cuasimodo ó in Albis.* San Celestino, papa y mr.
- 7 Lun. San Epifanio, ob., y san Ciriaco, mrs.— *Abrense las velaciones.*
- 8 Mart. San Dionisio, ob., y el beato Julián de San Agustín.
- 9 Miérc. Santa María Cleofé, y santa Casilda, virgen, princesa de Toledo.
- 10 Juev. San Daniel y san Ezequiel, profetas.
- 11 Vier. San León Magno, papa y doctor.
- 12 Sáb. San Víctor, mr., y san Zenón, ob.
- 13 Dom. San Hermenegildo, rey de Sevilla, mr.
- 14 Lun. Santos Tiburcio, Valeriano y Máximo, mrs., y san Pedro González Telmo, patrón de Túy.
- 15 Mart. Santa Basilisa y santa Anastasia, mrs.
- 16 Miérc. Santa Engracia, virgen, y diez y ocho compañeros, mártires de Zaragoza, y santo Toribio.
- 17 Juev. San Aniceto, papa y mr.; la beata María Ana de Jesús, y los santos mrs. de Córdoba, Elías, Pablo ó Isidoro.
- 18 Vier. San Eleuterio, ob., y san Perfecto, mrs., y el beato Andrés Hibernón.
- 19 Sáb. San Vicente de Colibre y san Hermógenes, mrs.
- 20 Dom. El Patrocinio de S. José y Santa Inés de Montepulciano, virgen.
- 21 Lun. San Anselmo, ob. y doctor.
- 22 Mart. San Sotero y san Cayo, papas y mrs.
- 23 Miérc. San Jorge, mr.
- 24 Juev. San Fidel de Sigm.^a, mr., y san Gregorio, ob.
- 25 Vier. San Marcos, evangelista, y san Aniano, ob.— *Letanias mayores.*
- 26 Sáb. Santos Cleto y Marcelino, papas y mrs.; la Traslación de Sta. Leocadia, y los beatos Domingo y Gregorio, de la Orden de Predicadores.
- 27 Dom. Santos Anastasio, papa y mr.; Toribio de Mogrovejo, arz. de Lima, y san Pedro Armengol.
- 28 Lun. San Prudencio, ob., san Vidal, mr., y san Pablo de la Cruz, fund.
- 29 Mart. San Pedro de Verona, mr., y san Roberto, primer abad del Cister.
- 30 Miérc. Santa Catalina de Sena, y los santos mrs. de Córdoba, Amador, presb., Pedro y Luis.



Mayo.

- 1 Juev. San Felipe y Santiago el Menor, apóstoles.
- 2 Vier. San Atanasio, ob. y doc., y la bta. Mafalda, reina.
- 3 Sáb. La Invencción de la Santa Cruz, y los santos Alejandro, papa, Evencio y Teodulo, mrs.
- 4 Dom. Santa Mónica, madre de san Agustín.
- 5 Lun. San Pio V, papa, san Sacerdote, ob., y la Conversión de san Agustín.—*Letanias.*
- 6 Mart. San Juan Ante-Portam-Latinam, ap. y evang.* y san Juan Damasceno, conf.—*Letanias.*
- 7 Miérc. San Estanislao, ob. y mr.—*Letanias.*
- 8 Juev. *Fiesta.* LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR, y la Aparición del arcángel san Miguel.
- 9 Vier. San Gregorio Nacianceno, obispo y doctor.
- 10 Sáb. San Antonino, arzobispo de Florencia, y los santos Gordiano y Epimaco, mrs.
- 11 Dom. Nuestra Señora de los Desamparados; san Marmerto, ob., y san Anastasio, mr.
- 12 Lun. Santo Domingo de la Calzada.
- 13 Mart. San Pedro Regalado, conf.
- 14 Miérc. San Bonifacio, mr.
- 15 Juev. *Fiesta.* SAN ISIDORO LABRADOR, patrón de Madrid.
- 16 Vier. San Juan Nepomuceno, protomártir del siglo de la confesión sacramental; san Ubaldo, ob., y el beato Simón Stock, conf.
- 17 Sáb. San Pascual Bailón, conf.—*Ayuno con abstinencia de carne.*
- 18 Dom. de *Pentecostés.*—San Venancio, mr., y san Félix de Cantalicio.
- 19 Lun. San Pedro Celestino, papa; san Juan de Cetina y san Pedro de Duenas, mrs.
- 20 Mart. San Bernardino de Sena, conf.
- 21 Miérc. Santa María de Cervellón ó de Socors, virgen, y san Secundino, mártir.—*Temp. ora.—Ayuno.*
- 22 Juev. Santa Rita de Casia, viuda; santas Quitéria y Julia, vírgenes y mrs.; san Atón, ob.—*Anima.*
- 23 Vier. La Aparición del apóstol Santiago; san Basileo y san Epitacio, obs. y mrs.—*Tempora.—Ayuno.*
- 24 Sáb. San Robustiano y el beato Juan de Prado, mrs.—*Tempora.—Ayuno.—Ordenes.—Anima.*
- 25 Dom. La Sma. Trinidad; San Gregorio VII, papa; san Urbano, papa y mr., y santa María Magdalena de Pazziis, virgen.
- 26 Lun. Stos. Felipe Neri, conf., y Eleuterio, papa y mr.
- 27 Mart. San Juan, papa y mr.
- 28 Miérc. San Justo, ob. de Urgel, y san Justo, conf.
- 29 Juev. *Fiesta.* SANCTISSIMUM CORPUS CHRISTI; san Maximino, ob., y san Restituto, mr.
- 30 Vier. San Fernando, rey de España.
- 31 Sáb. Ntra. Señora Reina de Todos los Santos y Madre del Amor Hermoso.

A. D. Huerta, s.o.

A. D. Huerta.—VERANO.





Junio.

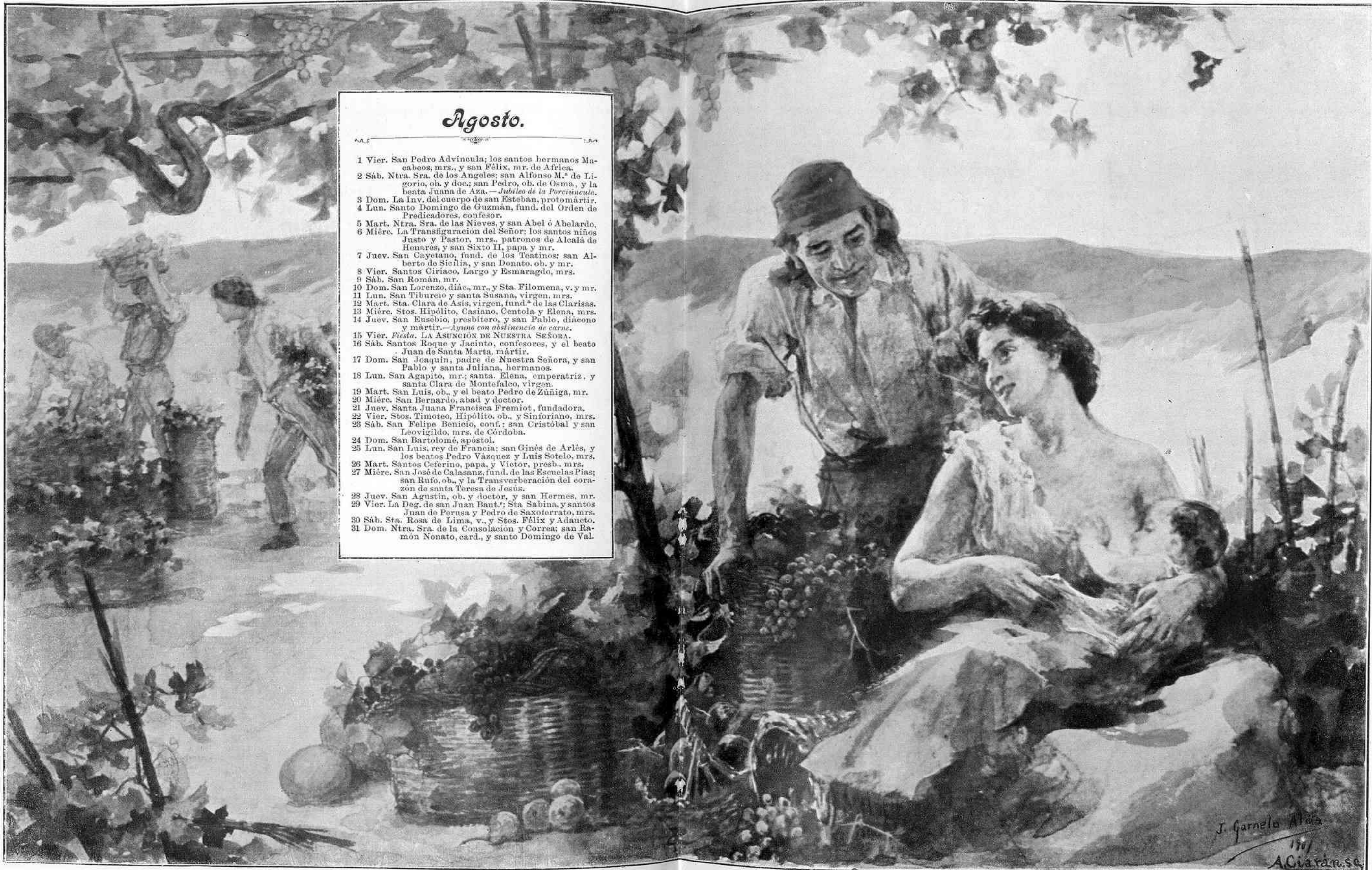
- 1 Dom. San Segundo, ob. y mr.; san Iñigo, abad, y los beatos Alonso Navarrete y Fernando Ayala, mártires.
- 2 Lun. Santos Marcelino, Pedro y Erasmo, mrs., y san Juan de Ortega, presb.
- 3 Mart. San Isaac, mr., y el beato Juan Grande, conf.
- 4 Miérc. San Francisco Caracciolo, fundador.
- 5 Juev. San Bonifacio, ob. y mr.
- 6 Vier. El Sacratísimo Corazón de Jesús, y san Norberto, arz. y fund. de la O. premonstratense.
- 7 Sáb. San Pedro y comps. mrs., monjes de Córdoba.
- 8 Dom. El Purísimo Corazón de María; san Salustiano, confesor, y san Eutropio, ob.
- 9 Lun. San Primo y san Feliciano, hermanos, mrs.
- 1^o Mart. Santa Margarita, reina de Escocia; san Crispulo y san Restituto, mrs.
- 11 Miérc. San Bernabé, apóstol.
- 12 Juev. Santos Juan de Sahagún, Onofre, anacoreta, y Basíldes, Cirino, Nabor y Nazario, mrs.
- 13 Vier. San Antonio de Padua, y san Fandila, presb. y mártir.
- 14 Sáb. Nuestra Señora de la Gloria; san Basilio, ob. y doctor, y san Eliseo, profeta.
- 15 Dom. San Vito, san Modesto, santa Crescencia y santa Benilde, mrs.
- 16 Lun. San Juan Francisco Regis; san Quirico y santa Julita, mártires, y santa Lutgarda.
- 17 Mart. San Manuel y compañeros, mrs.; santa Teresa, reina de León, y los santos Anastasio, Félix y Digna, mártires de Córdoba.
- 18 Miérc. Santos Marco y Marceliano, y san Ciriaco y santa Paula, mrs.
- 19 Juev. Santa Juliana de Falconeri, virgen, y los santos Gervasio, Protasio y Lamberto, mrs.
- 20 Vier. San Silverio, papa y mr.; Sta. Florentina, virg., y el beato Baltasar de Torres, mr. del Japón.
- 21 Sáb. San Luis Gonzaga, conf., y san Raimundo, ob.
- 22 Dom. San Paulino, ob., y san Acacio y comps., mrs.
- 23 Lun. San Juan, presbítero y mr.
- 24 Mart. La Natividad de san Juan Bautista.
- 25 Miérc. San Guillermo, abad; san Eloy, ob., y santa Orosia, virgen y mr., patrona de Jaca.
- 26 Juev. San Juan, san Pablo y san Pelayo, mrs.
- 27 Vier. San Zoilo, mr., y san Ladislao, rey de Hungría.
- 28 Sáb. San León II, papa, y san Argimiro, mr.—*Ayuno con abstinencia de carne.*
- 29 Dom. SAN PEDRO Y SAN PABLO, apóstoles.
- 30 Lun. La Com. del apóstol san Pablo, y san Marcial.

A decorative border surrounds the text, featuring detailed line drawings of various fruits like apples, pears, and grapes on the left, and a figure in a hat on the right.

Julio.

- 1 Mart. San Casto y San Secundino, mrs.
- 2 Miérc. La Visitación de Nuestra Señora.
- 3 Juev. San Trifón y compañeros, mrs., y el beato Raimundo Lulio, mr.
- 4 Vier. San Laureano, ob. y mr., y el bto. Gaspar Bono.
- 5 Sáb. Santos Cirilo y Metodio, obs., y san Miguel de los Santos.
- 6 Dom. La Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, y santa Lucía, mr.
- 7 Lun. San Fermín, ob. y mr., san Odón, ob.; san Lorenzo de Brindis, y santa Pulqueria, emperatriz.
- 8 Mart. Santa Isabel, reina de Portugal.
- 9 Miérc. San Cirilo, ob. y mr.
- 10 Juev. Santa Amalia ó Amelia, virgen, y las santas Rufina y Segunda, vírgenes y mrs.
- 11 Vier. San Pío I, papa y mr.; san Abundio, mr., y santa Verónica de Julianis, virgen.
- 12 Sáb. San Juan Gualberto, abad; santos Nabor y Félix, mártires, y santa Marciana, virgen y mr.
- 13 Dom. San Anacleto, papa y mr.
- 14 Lun. San Buenaventura, ob. y doctor.
- 15 Mart. San Camilo de Lelis, fundador de los Agonizantes, y san Enrique, emperador.
- 16 Miérc. Ntra. Sra. del Carmen; el Triunfo de la Santa Cruz, y san Sisenando, diác., mr. de Córdoba.
- 17 Juev. San Alejo, confesor.
- 18 Vier. Santa Sinforsosa y sus siete hijos; san Federico, obispo, y santa Marina, virgen, todos mrs.
- 19 Sáb. San Vicente de Paúl, fund. de las Hijas de la Caridad.
- 20 Dom. San Elías, prof.; san Jerónimo Emiliano, fund., y santas Librada y Margarita, vírgenes y mrs.
- 21 Lun. Santa Práxedes, virgen.
- 22 Mart. Santa María Magdalena, penitente.
- 23 Miérc. San Apolinar, ob. y mr.; san Liborio, ob., y los santos herm. Bernardo, María y Gracia, mrs.
- 24 Juev. Santa Cristina, virgen y mr., y san Francisco Solano, conf.—*Ayuno.*
- 25 Vier. *Fiesta.* SANTIAGO, APÓSTOL, patrón de España.
- 26 Sáb. Santa Ana, madre de la Sma. Virgen María.
- 27 Dom. Stos. Pantaleón y Cucufate; stas. Juliana y Semproniana, vírgs. y mrs., patronas de Mataró.
- 28 Lun. Santos Nazario, Celso y Víctor, papa, mrs.; san Inocencio, papa, y la beata Catalina Tomás.
- 29 Mart. Santa Marta, virg., y los santos Felipe II, papa, Simplicio, Faustino y Beatriz, mrs.
- 30 Miérc. San Abdón, san Senén y san Teodomiro, mrs.
- 31 Juev. San Ignacio de Loyola, conf., fund. de la Compañía de Jesús.





Agosto.

- 1 Vier. San Pedro Advíncula; los santos hermanos Macabeos, mrs., y san Félix, mr. de África.
- 2 Sáb. Ntra. Sra. de los Angeles; san Alfonso M.^a de Li-gorio, ob. y doc.; san Pedro, ob. de Osma, y la beata Juana de Aza. — *Jubileo de la Porciúncula.*
- 3 Dom. La Inv. del cuerpo de san Esteban, protomártir.
- 4 Lun. Santo Domingo de Guzmán, fund. del Orden de Predicadores, confesor.
- 5 Mart. Ntra. Sra. de las Nieves, y san Abel ó Abelardo.
- 6 Miérc. La Transfiguración del Señor; los santos niños Justo y Pastor, mrs., patronos de Alcalá de Henares, y san Sixto II, papa y mr.
- 7 Juev. San Cayetano, fund. de los Teatinos; san Alberto de Sicilia, y san Donato, ob. y mr.
- 8 Vier. Santos Ciriaco, Largo y Esmaragdo, mrs.
- 9 Sáb. San Román, mr.
- 10 Dom. San Lorenzo, diáco., mr., y Sta. Filomena, v. y mr.
- 11 Lun. San Tiburcio y santa Susana, virgen, mrs.
- 12 Mart. Sta. Clara de Asís, virgen, fund.^a de las Clarisas.
- 13 Miérc. Stos. Hipólito, Casiano, Centola y Elena, mrs.
- 14 Juev. San Eusebio, presbítero, y san Pablo, diácono y mártir. — *Aguño con abstinencia de carne.*
- 15 Vier. Fiesta. LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA.
- 16 Sáb. Santos Roque y Jacinto, confesores, y el beato Juan de Santa Marta, mártir.
- 17 Dom. San Joaquín, padre de Nuestra Señora, y san Pablo y santa Juliana, hermanos.
- 18 Lun. San Agapito, mr.; santa Elena, emperatriz, y santa Clara de Montefalco, virgen.
- 19 Mart. San Luis, ob., y el beato Pedro de Zúñiga, mr.
- 20 Miérc. San Bernardo, abad y doctor.
- 21 Juev. Santa Juana Francisca Fremiot, fundadora.
- 22 Vier. Stos. Timoteo, Hipólito, ob., y Sinforiano, mrs.
- 23 Sáb. San Felipe Benicio, conf.; san Cristóbal y san Leovigildo, mrs. de Córdoba.
- 24 Dom. San Bartolomé, apóstol.
- 25 Lun. San Luis, rey de Francia; san Ginés de Arlés, y los beatos Pedro Vázquez y Luis Sotelo, mrs.
- 26 Mart. Santos Ceferino, papa, y Victor, presb., mrs.
- 27 Miérc. San José de Calasanz, fund. de las Escuelas Pías; san Rufo, ob., y la Transverberación del corazón de santa Teresa de Jesús.
- 28 Juev. San Agustín, ob. y doctor, y san Hermes, mr.
- 29 Vier. La Deg. de san Juan Baut.; Sta. Sabina, y santos Juan de Perusa y Pedro de Saxoterrato, mrs.
- 30 Sáb. Sta. Rosa de Lima, v., y Stos. Félix y Adauto.
- 31 Dom. Ntra. Sra. de la Consolación y Correa; san Ramón Nonato, card., y santo Domingo de Val.

J. Garnelo. — OTOÑO.

J. Garnelo. Al.
1911
A. Ciarranese

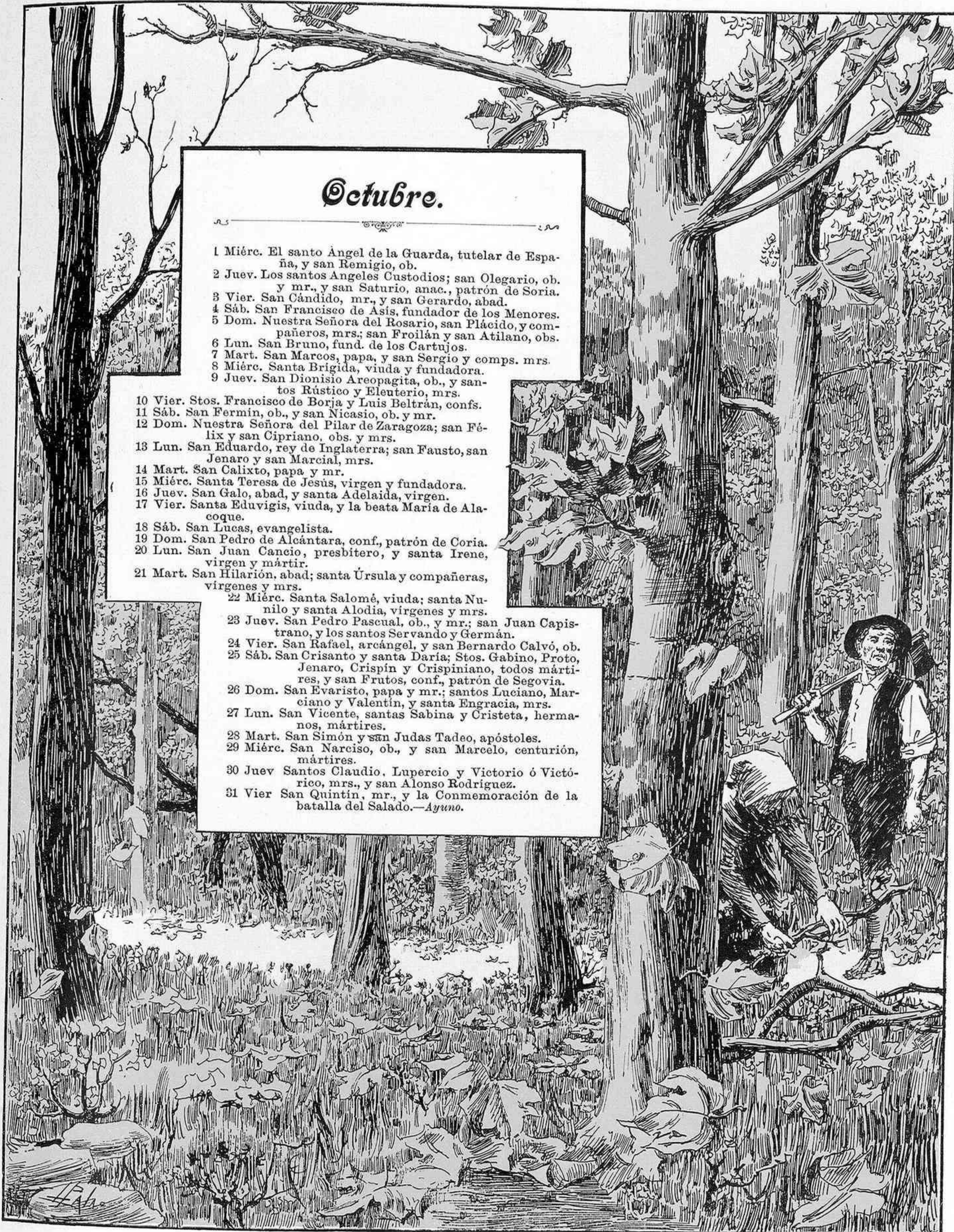


Septiembre.

- 1 Lun. San Vicente y san Leto, mrs. de Toledo; san Gil, abad, y santa Ana, profetisa.
- 2 Mart. San Esteban, rey de Hungría, y san Antolín, mártir, patrón de Palencia.
- 3 Miérc. San Sandalio, mr., y san Ladislao, rey.
- 4 Juev. Santas Cándida, Rosa de Viterbo y Rosalia de Palermo, vírgenes.
- 5 Vier. San Lorenzo Justiniano, ob., y santa Obdulia, vírgen y mr.
- 6 Sáb. San Eugenio y compañeros, mrs.
- 7 Dom. Santa Regina, vírgen y mr.
- 8 Lun. *Fiesta.* LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA, y san Adrián, mártir
- 9 Mart. San Gorgonio, mr., y santa María de la Cabeza.
- 10 Miérc. San Nicolás de Tolentino, y san Pedro, obispo de Compostela.
- 11 Juev. San Proto y san Jacinto, hermanos mrs.
- 12 Vier. San Leoncio y compañeros; san Vicente, abad.
- 13 Sáb. San Felipe, mr.
- 14 Dom. El Dulce Nombre de María, y la Exaltación de la Santa Cruz.
- 15 Lun. San Nicomedes, presb. y mr., y san Jeremías, mr. de Córdoba.
- 16 Mart. San Cornelio, papa; san Cipriano, obispo; santas Eufemia y Lucía, y san Geminiano, todos mrs.
- 17 Miérc. La Impresión de las llagas de san Francisco de Asís, y san Pedro Arbués, mr.—*Témpora.*—*Ayuno.*
- 18 Juev. Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, y san José de Cupertino, conf.
- 19 Vier. San Jenaro, ob., y compañeros, mrs.; santa Pomposa, vírg. y mr., y el beato Alonso de Orozco.—*Témpora.*—*Ayuno.*
- 20 Sáb. San Eustaquio y compañeros, mrs.; san Rogelio, mártir.—*Témpora.*—*Ayuno.*—*Ordenes*
- 21 Dom. Los Dolores gloriosos de Nuestra Señora, y san Mateo, apóstol y evangelista.
- 22 Lun. San Mauricío y compañeros, mrs.
- 23 Mart. San Lino, papa, y santa Tecla, vírgen, mrs.
- 24 Miérc. Nuestra Señora de las Mercedes.
- 25 Juev. San Lope, ob., y san Formerio, mr.
- 26 Vier. San Cipriano y santa Justina, vírgen, mrs., y san García, abad.
- 27 Sáb. San Cosme y san Damián, hermanos, mrs.
- 28 Dom. San Wenceslao, duque de Bohemia; san Adolfo y san Juan, mrs.; santa Eustoquia, vírgen, y el beato Simón de Rojas, confesor.
- 29 Lun. La Dedicación del arcángel san Miguel.
- 30 Mart. San Jerónimo, presbítero y doctor, y santa Sofía, viuda.

Octubre.

- 1 Miérc. El santo Ángel de la Guarda, tutelar de España, y san Remigio, ob.
- 2 Juev. Los santos Angeles Custodios; san Olegario, ob. y mr., y san Saturio, anac., patrón de Soria.
- 3 Vier. San Cándido, mr., y san Gerardo, abad.
- 4 Sáb. San Francisco de Asís, fundador de los Menores.
- 5 Dom. Nuestra Señora del Rosario, san Plácido, y compañeros, mrs.; san Froilán y san Atilano, obs.
- 6 Lun. San Bruno, fund. de los Cartujos.
- 7 Mart. San Marcos, papa, y san Sergio y comps. mrs.
- 8 Miérc. Santa Brigida, viuda y fundadora.
- 9 Juev. San Dionisio Areopagita, ob., y santos Rústico y Eleuterio, mrs.
- 10 Vier. Stos. Francisco de Borja y Luis Beltrán, confs.
- 11 Sáb. San Fermín, ob., y san Nicasio, ob. y mr.
- 12 Dom. Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza; san Félix y san Cipriano, obs. y mrs.
- 13 Lun. San Eduardo, rey de Inglaterra; san Fausto, san Jenaro y san Marcial, mrs.
- 14 Mart. San Calixto, papa y mr.
- 15 Miérc. Santa Teresa de Jesús, virgen y fundadora.
- 16 Juev. San Galo, abad, y santa Adelaida, virgen.
- 17 Vier. Santa Eduvigis, viuda, y la beata María de Alcoque.
- 18 Sáb. San Lucas, evangelista.
- 19 Dom. San Pedro de Alcántara, conf., patrón de Coria.
- 20 Lun. San Juan Cancio, presbitero, y santa Irene, virgen y mártir.
- 21 Mart. San Hilarión, abad; santa Úrsula y compañeras, vírgenes y mrs.
- 22 Miérc. Santa Salomé, viuda; santa Nunilo y santa Alodia, vírgenes y mrs.
- 23 Juev. San Pedro Pascual, ob., y mr.; san Juan Capistrano, y los santos Servando y Germán.
- 24 Vier. San Rafael, arcángel, y san Bernardo Calvó, ob.
- 25 Sáb. San Crisanto y santa Daria; Stos. Gabino, Proto, Jenaro, Crispín y Crispiniano, todos mártires, y san Frutos, conf., patrón de Segovia.
- 26 Dom. San Evaristo, papa y mr.; santos Luciano, Marciano y Valentin, y santa Engracia, mrs.
- 27 Lun. San Vicente, santas Sabina y Cristeta, hermanos, mártires.
- 28 Mart. San Simón y san Judas Tadeo, apóstoles.
- 29 Miérc. San Narciso, ob., y san Marcelo, centurión, mártires.
- 30 Juev Santos Claudio, Lupercio y Victorio ó Victórico, mrs., y san Alonso Rodríguez.
- 31 Vier San Quintín, mr., y la Conmemoración de la batalla del Salado.—Ayuno.



A.G. 55



Noviembre.

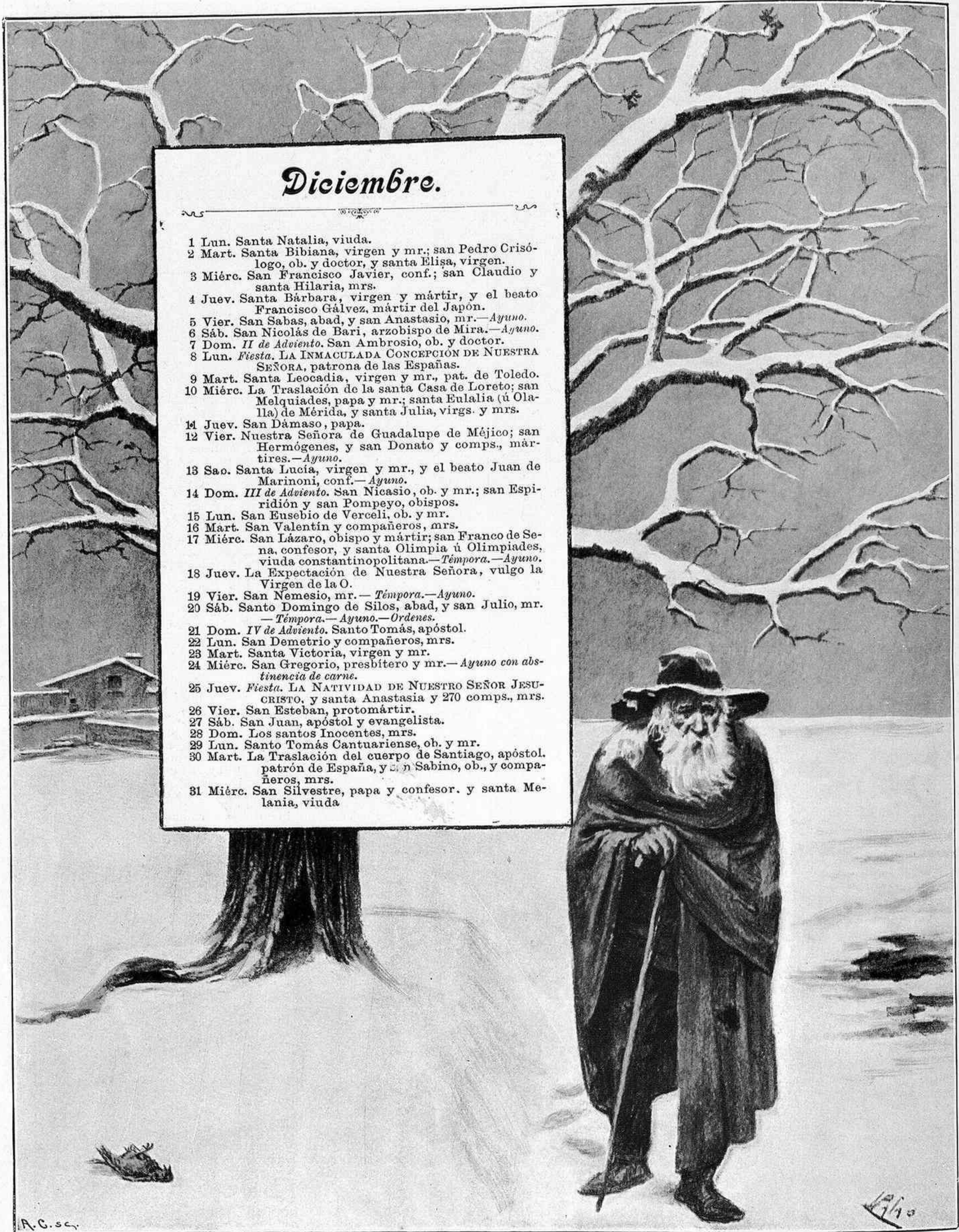
- 1 Sáb. *Miada*. LA FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS.
- 2 Dom. Santa Eustaquia, virgen y mr.
- 3 Lun. La Conmemoración de los Mielos Difuntos, los innumerables mártires de Zaragoza, y san Ermengol, ob.
- 4 Mart. San Carlos Borromeo, arzobispo; san Vidal, y san Agrícola, mrs.
- 5 Miérc. San Zacarías, profeta, y santa Isabel, padres de san Juan Bautista.
- 6 Juev. San Severo, ob. y mr., y san Leonardo, conf.
- 7 Vier. San Florencio, ob., y san Ernesto, abad.
- 8 Sáb. Los santos Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, hermanos, mrs.
- 9 Dom. El Patrocinio de Nuestra Señora; la Dedicación de la Basílica del Salvador (San Juan de Letrán), en Roma, y san Teodoro, mr.
- 10 Lun. San Andrés Avelino, y los santos mártires Trifón, Respicio y Ninfa, virgen.
- 11 Mart. San Martín, ob., y san Mena, mr.
- 12 Miérc. San Martín, papa y mr.; san Diego de Alcalá, y san Millán, presbítero.
- 13 Juev. San Eugenio III, arzobispo de Toledo; san Estanislao de Kostka, y san Homobono, conf.
- 14 Vier. San Serapio, mr., y Stos. Lorenzo y Rufo, obs.
- 15 Sáb. San Leopoldo, conf.
- 16 Dom. San Eugenio I, arz. de Toledo; san Rufino y compañeros, mrs., y santa Inés de Asís, virgen.
- 17 Lun. San Gregorio Taumaturgo, ob.; san Acisclo y santa Victoria, mrs., y santa Gertrudis la Magna, virgen.
- 18 Mart. La Dedicación de las Basílicas de san Pedro y san Pablo, en Roma; Stos. Máximo y Román.
- 19 Miérc. Santa Isabel, princesa de Hungría, y san Ponciano, papa.
- 20 Juev. San Félix de Valois, fund. de la Orden de la Santísima Trinidad.
- 21 Vier. La Presentación de Nuestra Señora; san Rufo y san Esteban, mrs.
- 22 Sáb. Santa Cecilia, virgen y mr.
- 23 Dom. San Clemente, papa, y Sta. Felicitas, viuda, mrs.
- 24 Lun. San Juan de la Cruz; san Crisogono, mr.; santas Flora y María, vírgenes y mrs. de Córdoba.
- 25 Mart. Santa Catalina, virgen y mr.
- 26 Miérc. Los Desposorios de Nuestra Señora, y san Pedro Alejandrino, ob. y mr.
- 27 Juev. Santos Facundo y Primitivo, hermanos, mrs.
- 28 Vier. San Gregorio III, papa.
- 29 Sáb. San Saturnino, ob. y mr. — *Ciérrense las velaciones.*
- 30 Dom. *I de Adviento*. San Andrés, apóstol.

J. Sorolla INVIERNO.



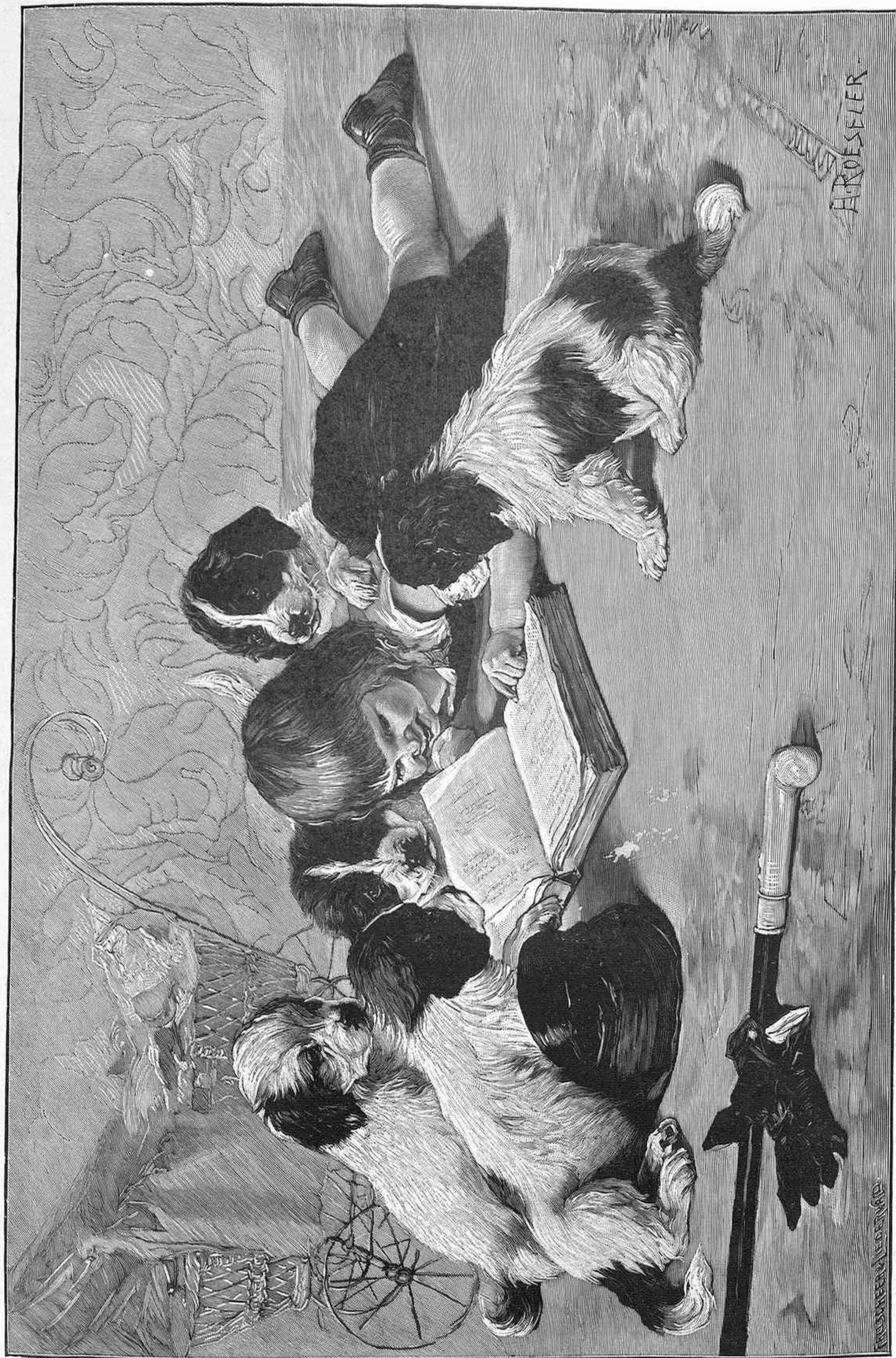
Diciembre.

- 1 Lun. Santa Natalia, viuda.
- 2 Mart. Santa Bibiana, virgen y mr.; san Pedro Crisólogo, ob. y doctor, y santa Elisa, virgen.
- 3 Miérc. San Francisco Javier, conf.; san Claudio y santa Hilaria, mrs.
- 4 Juev. Santa Bárbara, virgen y mártir, y el beato Francisco Gálvez, mártir del Japón.
- 5 Vier. San Sabas, abad, y san Anastasio, mr.—*Ayuno.*
- 6 Sáb. San Nicolás de Bari, arzobispo de Mira.—*Ayuno.*
- 7 Dom. *II de Adviento.* San Ambrosio, ob. y doctor.
- 8 Lun. *Fiesta.* LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE NUESTRA SEÑORA, patrona de las Españas.
- 9 Mart. Santa Leocadia, virgen y mr., pat. de Toledo.
- 10 Miérc. La Traslación de la santa Casa de Loreto; san Melquiades, papa y mr.; santa Eulalia (ú Olla) de Mérida, y santa Julia, virgs. y mrs.
- 11 Juev. San Dámaso, papa.
- 12 Vier. Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico; san Hermógenes, y san Donato y comps., mártires.—*Ayuno.*
- 13 Sao. Santa Lucía, virgen y mr., y el beato Juan de Marinoni, conf.—*Ayuno.*
- 14 Dom. *III de Adviento.* San Nicasio, ob. y mr.; san Espiridión y san Pompeyo, obispos.
- 15 Lun. San Eusebio de Verceli, ob. y mr.
- 16 Mart. San Valentín y compañeros, mrs.
- 17 Miérc. San Lázaro, obispo y mártir; san Franco de Sena, confesor, y santa Olimpia ú Olimpiades, viuda constantinopolitana.—*Témpora.*—*Ayuno.*
- 18 Juev. La Expectación de Nuestra Señora, vulgo la Virgen de la O.
- 19 Vier. San Nemesio, mr.—*Témpora.*—*Ayuno.*
- 20 Sáb. Santo Domingo de Silos, abad, y san Julio, mr.—*Témpora.*—*Ayuno.*—*Órdenes.*
- 21 Dom. *IV de Adviento.* Santo Tomás, apóstol.
- 22 Lun. San Demetrio y compañeros, mrs.
- 23 Mart. Santa Victoria, virgen y mr.
- 24 Miérc. San Gregorio, presbítero y mr.—*Ayuno con abstinenencia de carne.*
- 25 Juev. *Fiesta.* LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, y santa Anastasia y 270 comps., mrs.
- 26 Vier. San Esteban, protomártir.
- 27 Sáb. San Juan, apóstol y evangelista.
- 28 Dom. Los santos Inocentes, mrs.
- 29 Lun. Santo Tomás Cantuariense, ob. y mr.
- 30 Mart. La Traslación del cuerpo de Santiago, apóstol, patrón de España, y san Sabino, ob., y compañeros, mrs.
- 31 Miérc. San Silvestre, papa y confesor, y santa Melania, viuda



A.C. sc.

1910



BUENOS AMIGOS.

Cuadro de H. Roeseler.





El
Capitán Sin miedo.

(CUENTO VIEJO.)

*Á Latorre, Pierrad, Llorente,
Ciria, Cañedo....., donde se hallen.*

Pasé un invierno en la noble ciudad de Alcalá de Henares ejerciendo la pacífica profesión de archivero-bibliotecario. Con toda franqueza debo declarar que ni los interesantes papeles de Estado y Gracia y Justicia, ni los curiosísimos procesos contra *ilusos é iludentes, iluminados y relapsos*, juzgados por las Inquisiciones de Toledo y de Valencia, me importaban gran cosa. Por las setenta y dos salas del grandioso palacio de Cisneros, que ocupa el Archivo general, corría, á más



R. G. S. C.



de un vientecillo capaz de apagar todas las hogueras de la Inquisición, un verdadero huracán de aburrimiento concentrado, que sólo

podía pasar inadvertido para los pocos seres que de vez en cuando acudían allí á sumergirse en el limbo ceniciento de la erudición histórica; rarísimos bimanos, cuyo estudio no ha emprendido aún en serio ningún naturalista.

Para resarcirme del aburrimiento acumulado en todo el día, sólo contaba con una tertulia verdaderamente deliciosa, formada por los oficiales de dos regimientos de caballería destacados en Alcalá, según costumbre.

Eran casi todos hijos de familias aristocráticas, mozos alegres y despreocupados, retoños modernos del clásico tipo del militar español, bravo, generoso, imprevisor, duro para resistirlo todo. Muchos de ellos se han dejado los huesos allá, en la manigua traicionera. De éstos he sabido que perecieron sin perder, no ya la *interior satisfacción* prevenida por la Ordenanza, pero ni tampoco la juvenil alegría que

les daba tanto ó más carácter que el uniforme.

Solíamos reunirnos á comer en cierto fondín que ya no existe, donde, como luego me ha suce-



dido en otras partes, comíamos bastante mal, pero nos reíamos mucho. Sobre las ocho y media iban llegando los que no estaban de servicio, cubiertos de polvo desde las espuelas al pincho del casco. Los barbados representaban con mucha propiedad la estatua del Comendador; los imberbes parecían el coro de señoras de cualquier zarzuela en que haya formación, banda de trompetas ó cosa tal. Mientras llegaba la ocasión de verse envueltos en nubes de gloria, aquellos nobles oficiales se daban por contentos con rebozarse en polvo un día sí y otro también, ya en el campo de maniobras, ya en la carretera de Madrid á Guadalajara.

Aparte otros temas que, entre hombres solos, suelen ocupar lo más de la conversación, hablábase mucho allí de calaveradas, fechorías y disparates, atribuidos con mayor ó menor autenticidad, y por lo general con las más graciosas hipérbolas, á tal ó cual compañero de arma. Repetíanse, entre carcajadas fáciles y gustosas, historias y anécdotas de cuarto de banderas, de vivaque ó de alojamiento, algunas de ellas más antiguas que el regimiento inmemorial del Rey, otras conservadas por la tradición desde los tiempos heroicos de los tercios de Flandes.

Una noche se habló de cierto personaje fantástico ó legendario en el arma de caballería, y á quien es costumbre achacar cuantas barrabasadas, arrojos y guapezas se le antojan al narrador: del ignorado y famosísimo *Capitán Sin miedo*, cuyas hazañas se sabe de coro todo el que ciñe sable y calza espuelas, aun cuando á nadie le sea posible precisar cuándo vivió y en qué cuerpo sirvió aquel oficial.

Se habían referido ya las más sabidas aventuras del personaje, tan bravo como forzado, y de tan magnánimo corazón como destornillada cabeza. Se había contado cómo una noche, en Sevilla, algo mosqueado por el cuchicheo que debajo de su balcón traían dos novios en una reja, bajó á la calle, y avisando de antemano lo que iba á hacer, separó dos barrotes de la reja, metió entre ellos la cabeza del alelado novio y volvió á enderezar los barrotes, dejando preso al amante é invitándole cortésmente á que prosiguiese la amarretada plática. Otro narró la fúnebre aventura en que el *Capitán Sin miedo*, en una noche tenebrosa, gateando por los balcones, entró hasta la sala donde se hallaba de cuerpo presente el cadáver de cierta vieja segoviana, muerta en opinión de bruja ó poco menos, sacó el cuerpo muerto del ataúd, se

tendió en éste con botas y espuelas, y tuvo la santa paciencia de aguardar allí, sin pestañear ni hacer ruido, hasta que un estornudo involuntario hizo acudir á los sobrinos de la difunta, que cerca velaban, y que, al ver la inusitada transformación del cuerpo muerto, huyeron despavoridos, creyendo que efectivamente la tía era de lo más fino de Barahona ó de Zugarramurdi. Quién recordó la hazaña del *Capitán Sin miedo*, en Málaga, haciendo frente á trinitarios y goleteros enredados en ferocísima pedrea, y obligando á salir de estampía, como conejos asustados, á los habitantes de los dos barrios rivales: quién mencionó las proezas de *Sin miedo* en la penúltima campaña de Cuba, y entre ellas la memorable apuesta que hizo, y ganó, encontrándose la oficialidad de su columna sin tabaco, de atravesar el campo insurrecto, sin disfrazarse ni quitarse las insignias, y pedirle una panocha de brevas de regalo al propio Antonio Maceo en persona. Contáronse después los lances amorosos del legendario capitán, y todos le reputamos como el verdadero y auténtico *Burlador*, de Tirso, ó el terrible *Infamador*, de Juan de la Cueva, no ya como el moderno *Don Juan*, de los poetas románticos, que al fin y al cabo se muere de amor, hecho unas mieles.

Habiase agotado ya el repertorio de anécdotas, cuando el comandante Gamarra, hombre avinagrado, cetrino, cejijunto, que de ordinario se sorbía toda la conversación sin decir esta boca es mía, tomó la palabra y nos dijo éstas, que nos dejaron absortos:

—Pues el verdadero *Capitán Sin miedo*, que se llamaba Fulano de Tal (y dijo un nombre que me callo), le conocí yo como les conozco á ustedes, y diré más: diré que le he visto hace poco.

Veinticinco mil interrogantes puestos en fila no expresarían lo que expresaron nuestras caras en aquel momento.

El comandante nos vió decididos á acogotarle allí mismo si no nos contaba todo cuanto supiera, y refunfuñando entre dientes contó con las menos palabras posibles lo que no acertó á reproducir como él lo dijo, con aquel tono lúgubre, cansado, con aquella voz de remordimiento.

—Le conocí en la campaña del Norte; llevaba algunas heridas, pero podía tenerse á caballo. Como era valiente de verdad, no provocaba á nadie; pero un día se trabó de palabras con un tinentito de lanceros, de aquellos sietemesinos de la Revolución, muchacho adinerado, que jugaba

fuerte, se rizaba todos los días el bigotito y, según pensábamos varios, debía de haber sido seminarista. Motivos hubo para batirse; pero *Sin miedo* lo evitó. «En campaña—dijo—no debe uno arriesgar la vida por una cuestión puramente personal; hoy ó mañana podemos hacer falta los dos. Cuando haya paz nos romperemos el alma.» El tenientito se engrió con esto y comenzó á hacerle la rueda á *Sin miedo*; al cabo fueron amigos, mejor dicho, lo fué noblemente nuestro capitán, y el otro de una manera solapada y traidora.

Una noche como ésta nos hallábamos en un cafeticho de Vergara relatando las proezas de *Sin miedo*, quien, al comenzar el relato, se marchó, para no desmentirnos ni parecer jactancioso. El tenientito apostó cien duros á que le daba un susto á *Sin miedo*. Nadie tenía semejante cantidad en aquellos tiempos, lo mismo que nos sucede ahora; pero yo, como conocía bien al capitán, acepté la apuesta, previniéndole al tenientito que nos jugaríamos los cien duros ó nos los gastaríamos en convidar á los compañeros, porque yo estaba seguro de ganárselos.

Cuando volvió *Sin miedo*, le dijo el tenientito sencillamente:—«Mi capitán, le voy á dar á usted un susto, y va á ser por la noche.

»—Está bien—dijo *Sin miedo* con gravedad,—pero ya sabe usted á lo que se expone si quiere jugar conmigo.»

Aquella misma noche, cuando *Sin miedo* estaba en el primer sueño, despertóle extraño y desapacible rumor de cadenas y unos muy lastimeros quejidos. De repente, de los cuatro ángulos de la habitación en que dormía surgieron unas luces azuladas, y del marco de un espejo se destacó la figura de un fantasma que por cara traía una calavera y venía envuelto en unas sábanas, y avanzando hacia el lecho gimió con voz temerosa:—«¡Capitán *Sin miedo*, vas á morir! ¡Capitán *Sin miedo*, prepárate! ¡Capitán *Sin miedo*, llegó tu última hora!»

El capitán, que tenía el sueño muy pesado, tardó en hacerse cargo, pero al fin, según iba

acercándosele el fantasma, recobró el sentido, y pensando:—¡Vaya unas bromitas estúpidas que se trae el seminarista!—dijo con mucha calma:—«¡Señor teniente, ya le dije á usted que conmigo no se juega! ¡Márchese de aquí, ó vive Dios!...» Y al mismo tiempo echaba mano al revólver que tenía sobre la mesilla. Mientras tanto el fantasma agitaba los brazos y echaba chispas por los ojos de la calavera, repitiendo:—«¡Capitán *Sin miedo*, vas á morir! ¡Ya estás temblando, Capitán *Sin miedo*!—¡Eso no, rayos! gritó fuera de sí el capitán. Defiéndase usted ó.....»

Uno tras otro, á quema ropa, disparó los seis tiros del revólver contra la aparición, y una tras otra fué el fantasma recogiendo las balas en el aire con su mano de esqueleto, y echándolas á sus pies frías, botando al caer en el pavimento de madera.

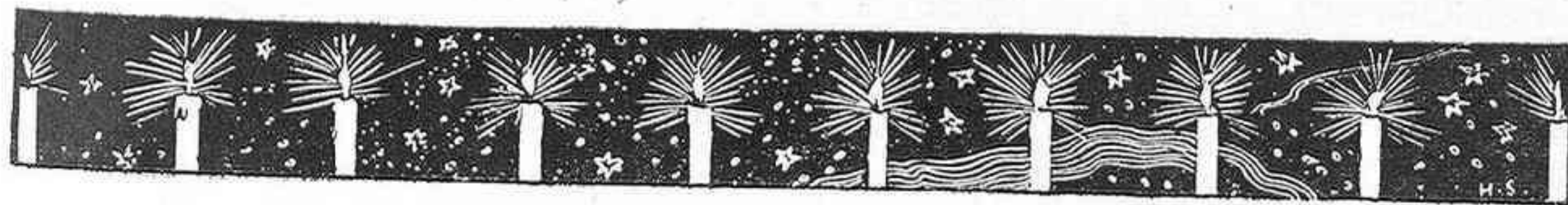
El *Capitán Sin miedo* miró fijamente al fantasma, queriendo comérsele con los ojos; intentó incorporarse, pero sólo pudo alzar el rostro amoratado, por habersele subido toda la sangre á la cabeza y caer otra vez sobre la almohada con una congestión horrorosa.

Descubrióse el teniente, llamó al capitán, le sacudió con fuerza..... ¡nada! Salió como loco á buscarme, acudimos varios amigos, llamamos al médico, le sacó al capitán no sé cuántas libras de sangre. Todo fué inútil. El infeliz, al sentir miedo, por primera vez en su vida, perdió la razón. Y no faltó nada para que también la perdiese el tenientito, que por unos cuantos duros había logrado poner unas cápsulas sin bala en el revólver de *Sin miedo*, y arreglar en la habitación donde éste se alojaba el ridículo aparato fantástico-teatral que he dicho.

—¿Y dice usted que ha vuelto á ver al capitán?

—Sí, le he visto recientemente en el manicomio de San Baudilio de Llobregat. Estuvo algunos años en el de Carabanchel; pero fué menester sacarle de allí, porque, en cuanto oía silbar las balas en el campamento de al lado, se volvía furioso y había que ponerle la camisa de fuerza.

F. NAVARRO Y LEDESMA.





CUENTO DE AMOR.

Cuadro de Fould.



¡Como era en un principio!

APÓLOGO CHINO. (*)

I.

En el lejano Oriente,
Donde el sol es más puro y más fulgente;
Donde los campos son bellos jardines
Sombreados por el verde sicomoro
Y aromados por iris y jazmines;
Donde la torre de marfil y oro
Se levanta cual flecha brilladora
En la pagoda que al Vimana escuda,
Un viejo bonzo que en Confucio adora
Así me dijo, saludando á Buda:

—Grande es, señor, la alfombra de los mares;
Grande es, señor, el manto de los cielos
Que bordan los radiosos luminaires;
Grandes son en la vida los pesares,
Y son grandes, muy grandes, los anhelos
Del que ambicioso en su ambición se empeña
Y ambicionando sin cesar se agita;
Mas la humana ambición siempre es pequeña
Y la bondad de Buda es infinita!

Y si de esta verdad clara y notoria—
Que resplandece como sol de gloria
En yelmo de caudillo victorioso—
Se atreven á dudar, oigan la historia
Escrita por Ghan-Chu-Do, el ambicioso.

II.

Era Ghan-Chu-Do pobre, mas tan pobre
Que nunca tuvo hogar, lecho, ni abrigo,
Ni moneda de cobre,
Ni tierna esposa, ni sincero amigo,

Ni amor de madre, ni consejo sabio,
Ni dulce paz, ni venturosa calma,
Ni la plegaria que perfuma el labio,
Ni la radiante fe que llena el alma.

Año tras año machacando piedra,
Rendido y triste, polvoriento y sucio,
Trabaja sin descanso y nunca medra
Blasfemando de Buda y de Confucio.
Y lamentando ser picapedrero,
Al maldecir su suerte negra y ruda,
—¡Quién fuera mandarín!—dijo el obrero—
Y al punto mandarín fué el jornalero
Por la suprema voluntad de Buda.

III.

¡Se acabaron las penas de Ghan-Chu-Do!
Ya se viste con túnico de grana,
Ya no es esclavo del trabajo rudo,
Ya come la sabrosa salangana,
Ya tiene palanquín y lecho propio,
Ya de brillante *yámen* es el dueño,
Y ya en muelle diván, fumando el opio,
Se entrega en brazos de tranquilo sueño.

Y así el hombre vivió; mas una tarde,
Rendido por el sol que ciega y arde,
Vuelve Ghan-Chu-Do á blasfemar, y suda,
Y maldice del astro y de su llama,
Y reniega de Buda,
Y —¡Quisiera ser sol!— al fin exclama;
Y Buda, compasivo y sonriente,
Mirando al mandarín siempre ambicioso,
—¡Tú serás sol!—le dice bondadoso,
Y el mandarín se torna en sol luciente.



(*) Este apólogo se ha narrado muchas veces en prosa; pero nunca, que sepamos, en verso.



IV.

¡Qué hermosura es ser sol, padre del día!
 Dorar al mundo, acariciar las flores,
 Llevar á todas partes la alegría,
 Despertar á los pájaros cantores,
 Desgarrar los cendales de la bruma,
 Llegar del universo á los confines,
 Tornasolar la nacarada espuma
 Y..... hacer sudar á regios mandarines!

Y Ghan-Chu-Do fué sol, y una mañana,
 Al despertar entre celajes grana,
 Blanca nube veló la luz gigante
 Del astro-rey de cabellera rubia;
 Y quiso ser y fué nube flotante,
 Pero la nube se deshizo en lluvia
 Que, al engrosar la catarata loca,
 En las olas del mar su tumba halla;
 Y el que un tiempo fué sol, ahora batalla
 Chocando sin cesar contra la roca.

V.

Al fin, cansada de la lid sañuda,
 Con ser roca gigante el agua sueña;
 Y siempre bueno y complaciente Buda
 Transforma el agua en encumbrada peña.
 Pero á la peña audaz ascendió el hombre,
 Blandió el martillo cual terrible yugo,
 Y la roca sintió dolor sin nombre:
 —¡Víctima no he de ser! ¡Hazme verdugo! —
 Clamó la peña en tono lastimero;—
 Accedió Buda á la demanda loca,
 Y al deshacerse la gigante roca
 Ghan-Chu-Do volvió á ser..... ¡picapedrero!

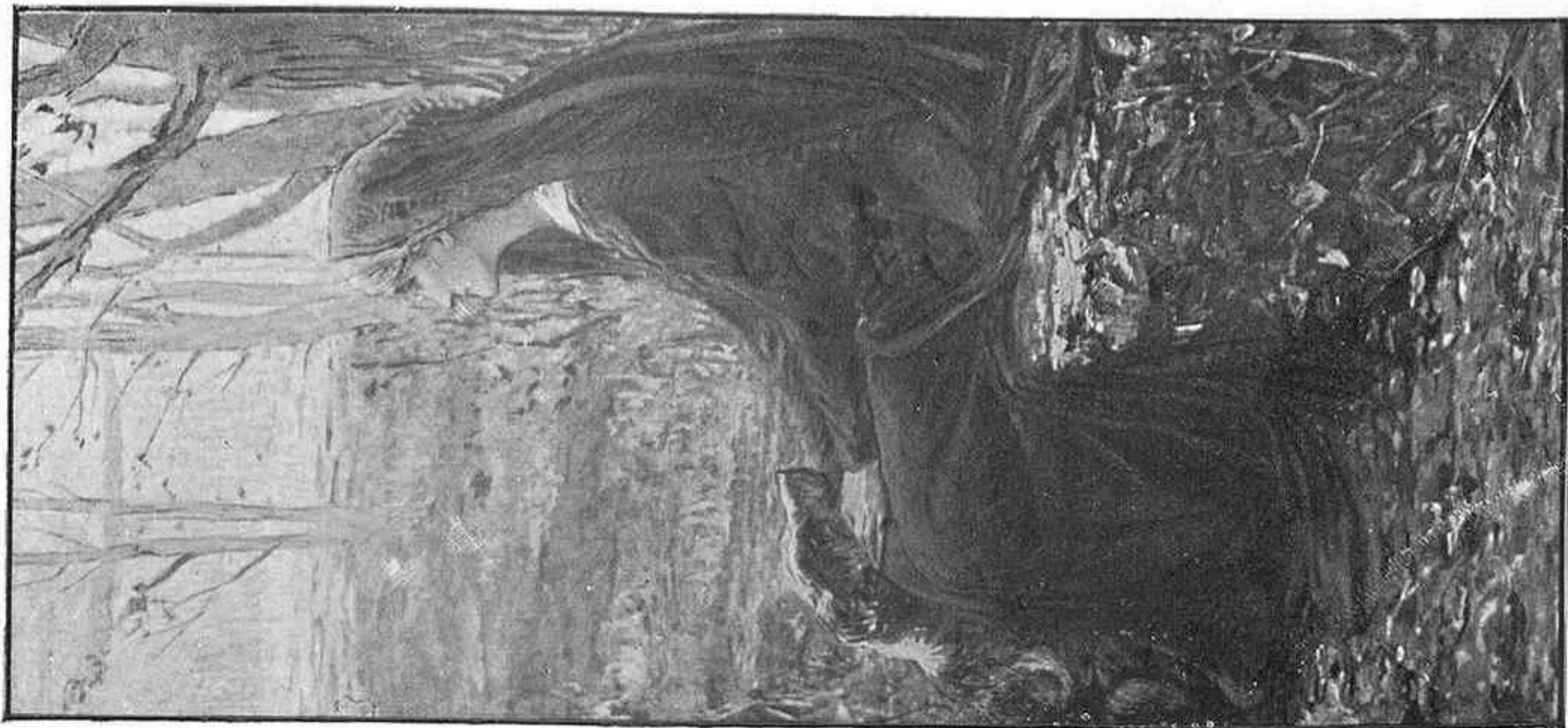
.....
 Al rayar en Oriente el nuevo día,
 Picando piedra, polvoriento y sucio,
 Un hombre renegaba de Confucio
 Y el sol desde su trono..... sonreía!

M. R. BLANCO-BELMONTE.

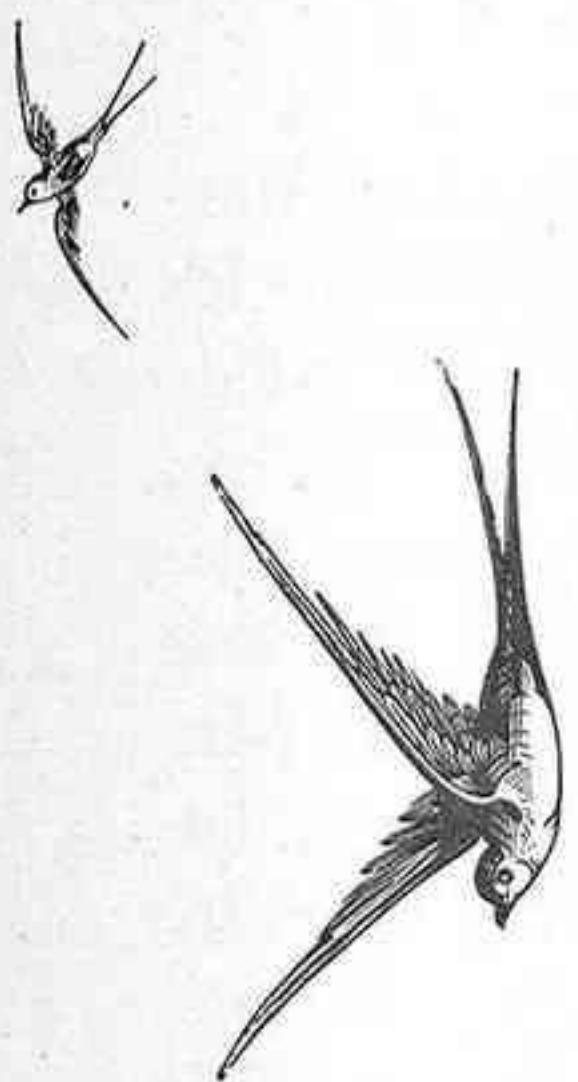
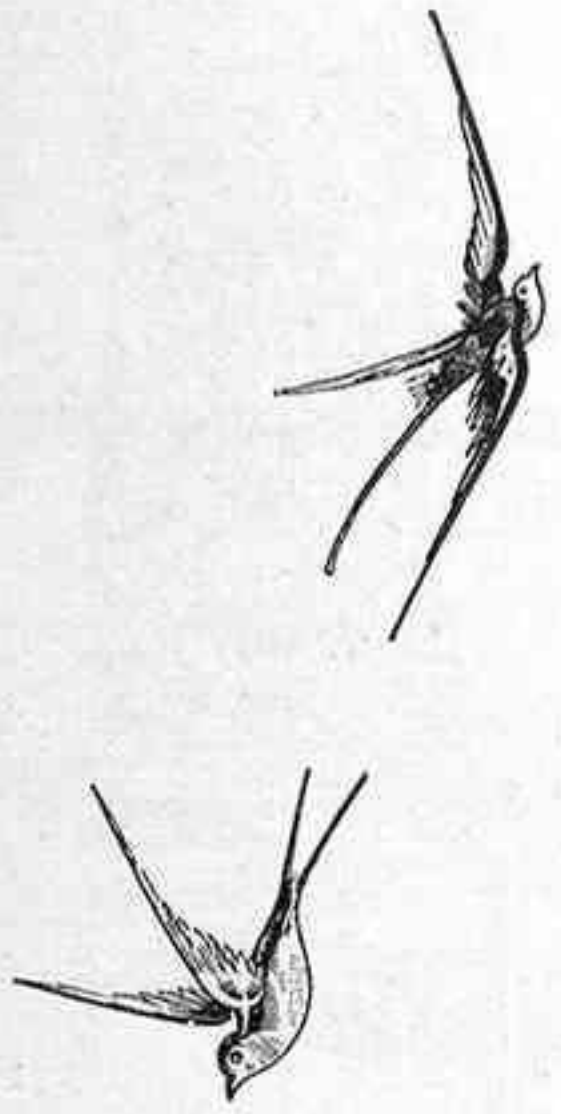


¿USTEDES GUSTAN?

Cuadro de Enrique Bource.



TRES EDADES.
Cuadro de G. Lavergne.





SOL. Durante la segunda mitad de 1900 y primera de 1901 el disco del astro del día ha permanecido casi completamente exento de manchas, deduciéndose de la disminución progresiva de superficie total ocupada por las que han ido apareciendo desde el último máximo que el mínimo de actividad solar, en su manifestación más visible, ha ocurrido entre los meses de Julio y Noviembre, faltando tan sólo, para precisarlo exactamente, estudiar el carácter que revista el aumento, igualmente progresivo, que se ha iniciado ya, á juzgar por la magnífica y complicada mancha que se descubre en la fecha en que estas líneas se escriben (26 de Mayo de 1901).

Dada la excepcional importancia que en el actual momento histórico entraña el estudio del incomparable globo, no será inoportuno llamar sobre ello la atención de los aficionados á la ciencia de Urania, ya numerosos en España, á fin de que aprovechen toda ocasión de observar el astro asiduamente, anotando, y dibujando si es posible, las particularidades más sobresalientes que ofrezcan las manchas que sin duda han de aparecer en el transcurso del año, bastando para este objeto emplear un antejo de mediana fuerza, de 75 milímetros de abertura por lo menos, pues con instrumentos más pequeños sería difícil obtener resultados de verdadera utilidad. Hay que renunciar á la observación, aun con cielo despejado, cuando las imágenes son oscilantes, fenómeno llamado *centelleo*, muy frecuente en nuestras comarcas de Levante cuando soplan vientos del O. y del NO.

Aconséjase para este género de observaciones colocar á distancia conveniente del ocular una

pantalla blanca, sobre la cual se definen las manchas con toda claridad, pudiendo así apreciarse su forma general y la conexión que guardan entre sí; mas para examinar su estructura y percibir bien los más pequeños detalles es preferible recurrir á la visión inmediata, interponiendo entre el ocular y el ojo un vidrio obscuro de intensidad adecuada al aumento empleado. Con el prisma llamado de Herschel, que refleja sobre un plano de vidrio, amortiguándola, la luz procedente del objetivo, resulta la observación muy cómoda, y se tiene la ventaja de que la imagen inversa en el sentido de arriba abajo se cambie en directa, evitándose además el riesgo de que el intenso calor que acompaña á aquella luz hienda el vidrio obscuro, como en otro caso acontece con frecuencia. Siempre es conveniente suspender el trabajo cada diez ó doce minutos, y dejar transcurrir algunos, durante los cuales debe desviarse el antejo de la dirección del Sol, á fin de que no se calienten demasiado el interior del tubo y los vidrios del ocular.

MERCURIO. Será visible hacia el O., después del ocaso del Sol, en la proximidad de los siguientes días: 2 de Febrero, 28 de Mayo, 24 de Septiembre, y durante la aurora, 17 de Marzo, 15 de Julio y 4 de Noviembre. En nuestras latitudes, las mejores observaciones podrán hacerse entre el 26 y 30 de Mayo, en cuya época se pondrá cerca de hora y media después que el Sol, hacia el NO. del horizonte, y medirá su diámetro aparente 8". Para la América del Sur, las circunstancias más favorables se presentarán el 17 de Marzo.

El problema de la rotación de Mercurio ha dado origen en estos últimos tiempos á interesantes controversias, sin haber encontrado todavía satisfactoria solución, como la tiene el de Venus, por lo difícil que resulta su visibilidad á causa de su mayor proximidad al Sol. Según el sabio astrónomo español Sr. Comas Solá, que ha examinado el planeta detenidamente con su ecuatorial de 22 centímetros de abertura, el aspecto de este astro, prescindiendo de las fases, ofrece mucha semejanza con el de Marte, inclinándose á pensar que su rotación es rápida ó comparable á la de la Tierra.

VENUS. De mediados de Febrero á fines de Julio será estrella de la mañana, llegando á su mayor separación angular del Sol el 25 de Abril, y á su máximo brillo el 17 de Marzo, distando á la sazón de la Tierra 58 millones de kilómetros y midiendo su diámetro aparente 42".

MARTE. Desde primeros de Octubre á fin de año aparecerá en la constelación de Leo, encontrándose el 20 de aquel mes al Norte y á la distancia de un grado de *Régulo* ó estrella principal de dicho asterisco. El 24 de Diciembre se hallará en cuadratura con el Sol, midiendo entonces su diámetro aparente $8'' \frac{1}{2}$, ángulo demasiado pequeño para anteojos inferiores á 24 centímetros; de suerte que las observaciones sólo serán realmente útiles empleando grandes instrumentos, y quedarán, por lo tanto, reservadas para los observatorios de primer orden.

JÚPITER. De Julio á Diciembre brillará en la constelación de Capricornio, deslizándose al Norte y á corta distancia de la estrella θ , de cuarta magnitud; estará en oposición con el Sol el 5 de Agosto, en cuya época subtenderá un ángulo de 48", y á la hora de su paso por el meridiano de Madrid será su altura sobre el horizonte de $31^{\circ} 40'$; por manera que su permanencia sobre este plano será de pocas horas. Así y todo, podrán ser útiles las observaciones efectuadas en la proximidad del meridiano; y como un buen anteojo de 95 milímetros es suficiente para estudiar el aspecto del planeta, se ofrece aquí ancho campo á los aficionados que quieran seguir las profundas modificaciones que de un año á otro experimentan las dos fajas ecuatoriales, y aun las contiguas, de ambos hemisferios.

Los eclipses de los satélites y los pasos de sus sombras sobre el disco del planeta van expuestos á continuación, designándose aquellos cuerpos con

números romanos, como de costumbre, y refiriéndose al meridiano de Madrid las horas de los fenómenos, contadas de cero á veinticuatro. En anteojos inversos las sombras corren de Oeste á Este, y se proyectarán sensiblemente á lo largo del ecuador, ó sea á proximidad de las dos bandas principales.

ECLIPSES DE LOS SATÉLITES.

Julio	4	I á	10 ^h	22 ^m	22 ^s	inmersión.
»	10	IV á	11	59	25	emersión.
»	21	II á	10	37	41	inmersión.
»	27	I á	10	34	35	in.
Agosto	3	I á	12	29	18	in.
»	8	II á	7	55	56	emersión.
»	12	I á	11	8	44	em.
»	15	II á	10	31	36	em.
»	21	I á	7	32	24	em.
»	28	I á	9	27	25	em.
Septiembre	4	I á	11	22	30	em.
»	9	II á	7	38	27	em.
»	16	II á	10	15	15	em.
»	17	III á	8	41	15	em.
»	20	I á	9	41	40	em.
»	29	I á	6	5	50	em.
Octubre	2	IV á	6	49	24	em.
»	6	I á	8	1	9	em.
»	11	II á	7	25	36	em.
»	13	I á	9	56	29	em.
»	29	I á	8	16	0	em.
»	30	III á	5	16	7	inmersión.
»	»	» á	8	49	6	emersión.
Noviembre	12	II á	7	16	58	em.
»	»	I á	6	35	27	em.
Diciembre	5	III á	4	54	56	em.

PASOS DE LAS SOMBRAS.

Julio	18	III á	10 ^h	31 ^m	salida.	
»	19	I á	11	19	entrada.	
				13	39	sal.
»	25	III á	10	49	ent.	
				14	31	sal.
»	28	I á	10	2	sal.	

Agosto	4	I á	9	36	entrada.
				11	57 salida.
»	»	IV á	11	12	ent.
»	13	I á	8	20	sal.
»	20	I á	7	31	ent.
				10	14 sal.
»	21	IV á	10	16	sal.
»	27	I á	9	49	ent.
				12	9 sal.
»	30	III á	6	52	ent.
				10	35 sal.
»	31	II á	7	58	ent.
				10	54 sal.
Septiembre	5	I á	8	33	sal.
»	6	III á	10	52	sal.
»	12	I á	8	8	ent.
				10	28 sal.
»	19	I á	10	3	ent.
»	21	I á	6	52	sal.
»	28	I á	6	27	ent.
Octubre	5	III á	6	41	sal.
»	»	I á	10	43	sal.
»	12	III á	7	0	ent.
»	»	I á	10	18	ent.
»	14	I á	7	7	sal.
»	21	I á	6	43	ent.
				9	3 sal.
»	27	IV á	6	15	ent.
»	28	I á	8	39	ent.
Noviembre	6	I á	5	3	ent.
				7	24 sal.
»	13	IV á	5	25	sal.
»	»	I á	6	59	ent.
»	17	III á	6	51	sal.
»	22	I á	5	44	sal.
»	24	III á	7	9	ent.
»	29	I á	7	40	sal.
Diciembre	6	I á	7	16	sal.

SATURNO. Durante la segunda mitad del año se mostrará en el extremo oriental de la constelación de Sagitario, en el vértice del ángulo recto, situado hacia el Norte de un triángulo rec-

tángulo, cuya hipotenusa es la recta que une las estrellas π y ω de la aludida constelación. Se hallará en oposición el 18 de Julio, en cuyo día pasará por el meridiano de Madrid á una altura sobre el horizonte de $28^{\circ} 18'$.

En Agosto se presentará el eje menor del anillo en su mayor amplitud, y el aspecto general del planeta y su apéndice diferirá poco del representado en el ALMANAQUE del año anterior, pues la única diferencia consistirá en que ahora el globo saturnal sobresaldrá ligeramente del contorno anular exterior.

El astrónomo americano Sée ha examinado recientemente el planeta con su magnífico instrumento del Observatorio Naval de Washington, resultando de sus observaciones que el diámetro externo del anillo mide, en kilómetros, 278.768, el interno 179.501, el ecuatorial de Saturno 120.682, el polar 108.457 y la densidad media del planeta es de 0,68 con relación al agua. El diámetro del más importante de sus satélites, Titán, mide 3.368 kilómetros, número casi igual al del diámetro de la Luna, ó sea 3.481.

URANO Y NEPTUNO. De Mayo á Septiembre aparecerá el primero de estos planetas en el extremo Sur de la constelación de Ofiuco, al Norte y muy cerca de la estrella θ , de tercera magnitud, hallándose en oposición con el Sol el 11 de Junio. Como su diámetro aparente apenas excederá á la sazón de $4''$, ya se comprende que la observación de su disco ha de reclamar un antejo de bastante alcance.

De Enero á Abril se verá Neptuno al Oeste de las dos estrellas μ y η del Cochero, á doble distancia próximamente de la distancia que las separa; y en Diciembre, entre ambas, contiguo á la segunda.

ECLIPSES DE SOL Y LUNA. Habrá tres eclipses de Sol, invisibles en España, y dos de Luna totales, uno de los cuales ocurrirá el 22 de Abril, y las fases más notables serán para Madrid:

Medio del eclipse.	6 ^h 42 ^m , 9
Fin de la totalidad.	7 20, 5
Salida de la sombra.	8 30, 5
» de la penumbra.	9 41, 7

JOSÉ J. LANDERER.





DOS HADAS.

I.

Gallarda, bella, gentil,
Dulce cual beso de niño,
Cándida como el armiño,
Nevada como el marfil,
Pura cual rosa de Abril
Y cual rosa perfumada,
Reina sobre el mundo un Hada
Que entre tules y arrebol
Tiene por palacio el Sol,
Por sonrisa..... la alborada!

Su acento es himno que brota
Cuando se despierta el ave;
Su luz es fulgor süave
Que sobre la tierra flota;
Su canción es tierna nota
Del amor santo y fecundo,
De ese amor noble y profundo
Que, cual blanda melodía,
Rima el Hada: el nuevo día,
¡El cielo que besa al mundo!



II.

Gentil, arrogante, bella,
Triste como acerbo llanto,
Tiene la sombra por manto
Y es pálida cual la estrella;
Es un Hada que destella
Haciendo brotar beleños;

Herida en firmes empeños
Vierte por sangre arrebol;
Es la enemiga del Sol,
Es la reina de los sueños!

Nostálgica, misteriosa,
Va cruzando por la vida,
Sin vencer ni ser vencida
En su lucha silenciosa;

Es humilde religiosa
Que bajo el sayal encierra
Paz para la humana guerra;
Es flor que cierra su broche;
Es el silencio, es la Noche
Velando sobre la tierra!

RAFAEL DE CÓRDOBA.





DOS ARTISTAS.

LA galería de cristales, el estudio, como decía con cierto énfasis D. Fermín, juez jubilado y pintor infatigable, estaba orientada al Mediodía, sobre un minúsculo jardín que, cuidado por el viejo, premiaba sus afanes con abundante provisión de flores, sus modelos diariamente renovados.

El buen señor llamaba á aquello su isla desierta: el planeta acababa para él en las tapias del jardín; tan dichoso en su aislamiento, tan desinteresado de cuanto afana y conmueve al mundo, que sus agitaciones le causaban el asombro y risa que produce un baile visto de lejos, sin que alcance á oírse el ritmo de la orquesta.

En aquel retiro, sin familia, sin relaciones, su afición absorbente consistía en pintar á todas horas: tablas ó cartones, lienzo ó porcelana le incitaban por igual: lo mismo disfrazaba con barnices y colores de tibur japonés un tosco puchero, que decoraba un mueble ó pintaba un banco.

Todo florecía en torno de él: las lunas de los espejos aparecían cubiertas de rosas y claveles, entre cuyos pétalos se perseguían mariposas gigantescas, y en el frío mármol de la chimenea brotaban inverosímiles floraciones. Su pincel tenía horror al vacío, á lo incoloro y desnudo, y volaba incansable, con presuroso aleteo, sembrando imágenes delicadas sobre la muerta superficie de las cosas.

La especialidad de D. Fermín eran las flores: gozaba primero al agruparlas con arte en viviente cuadro, después en apasionada lucha por arrancar á aquella realidad luminosa y bella el secreto de su fresca galanura, de su gracia ondulante, de sus matices incopiabiles.

El año pasado, aquel Robinsón tuvo de Junio

á Octubre un compañero, estudiante en vacaciones, poeta de diez y ocho años, otro enamorado como él del Arte, encanto de la vida.

Vivía en la vecindad, y le acompañaba todas las tardes, congeniando como suelen la senectud y la adolescencia, aquélla por gustar la frescura y serenidad de la alborada en la existencia que empieza; ésta pidiendo á los recuerdos del pasado el secreto del porvenir.

Se bastaban: el mozo era el crítico cuyo fácil aplauso alentaba al pintor, quien oía á su vez con religioso silencio, pero sin dejar de pintar, tiradas de versos sonoros.

En los intermedios repasaban todas las revistas ilustradas de la semana, criticando con bastante acrimonia versos y páginas de color: los horizontes del Arte se les aparecían nebulosos, y deploraban el cúmulo de aptitudes artísticas que se agostan faltas de riego de la protección inteligente.

Porque huelga el decir que ambos eran artistas por el amor al arte. El poeta colaboraba gratis en varios periódicos de provincias, y el pintor, después de cubrir, aprovechando rincones, las paredes de su casa con obras de su pincel, y contribuir con larga mano á todas las rifas benéficas, no sabía dónde poner tanta cosa.

Pero ambos alentaban un deseo vivísimo, exento de toda idea de lucro: el de ver cotizados sus productos y recibir la sonante muestra de aceptación, única sincera entre los vanos aplausos que prodigan la amistad y la cortesía.

Por tratar de conseguirlo, el anciano había puesto á la venta meses atrás, en la tienda donde se surtía de marcos y colores, dos tablitas sin fir-



UNA NIÑA PERDIDA

Cuadro de M. Méida.



ma de autor. En veinticinco pesetas las justipreció, convencido al principio de que, en tan ínfima suma valoradas, el público se disputaría sus obras; pero iba perdiendo ilusiones al correr el tiempo, sobre todo desde que vió con amarga sorpresa que el público prefería los cromos á sus cuadros.

El poeta había remitido por consejo del anciano sus mejores versos, los únicos que lograron cautivar al pintor hasta hacerle interrumpir su trabajo para mejor oírlos, á una revista de la corte, y en su doble expectativa, comenzaban siempre su conversación pidiéndose noticias que no tenían trazas de llegar nunca.

Antes llegaría el fin de las vacaciones, pues mediaba Septiembre, y el viejo, más endurecido contra el desengaño, veía con duelo que con las primeras hojas caería también marchita la flor lozana de aquella esperanza juvenil.

Y condolido del creciente desaliento del mancebo, ideó una estratagema para disiparlo.

Recordó que tenía amigos en la Redacción de la Revista: ¡nada más fácil que valerse de ellos para ser incógnito Mecenaz de su amigo!.....

Y en la mañana de aquel día, el poeta recibió un alegrón inmenso, uno de esos halagos de la fortuna que hacen al abatido crecerse animoso hasta tocar las nubes con la frente. La Revista publicaba su poesía, que le pareció en letras de molde nueva y embellecida, y para colmo de dichas acompañaba al número una letra de veinticinco pesetas, precio de sus versos.

—¡Veinticinco pesetas! ¡Ya su firma era oro! ¡Ya su nombre pasaba del montón anónimo de los llamados, al grupo cotizante de los elegidos!.....

Su primer impulso fué correr á dar la fausta nueva á D. Fermín. Luego pensó que su ventura podía recordar al pintor que sus cuadros aguarda-

ban, llenándose de polvo, al inteligente que había de comprenderlos..... y pagarlos.

Su alma generosa se contristó al pensar que su felicidad no era compartida.

De pronto se le ocurrió una idea, que le hizo lanzarse á la calle apresurado y gozoso.

Cobradas las veinticinco pesetas, se encaminó á la tienda en cuyo escaparate iban quedando cada vez más arrinconadas las tablitas de D. Fermín. ¡Él sería el inteligente!.....

¡Bien representó su papel! Las contempló, fingiendo asombro, y preguntó su precio entre exclamaciones de admiración..... ¿Cómo? ¿Solamente veinticinco pesetas? ¡Era de balde!..... ¿Quién era el notable artista?....., etc., etc.

Cuando á la tarde, á la hora acostumbrada, el pintor salió á su encuentro, un resplandor en los ojos y una aureola de felicidad en el semblante de su anciano amigo le recompensaron por su buena idea.

—Acabo de pasar por la tienda, y no están las tablas. ¿Hay novedades?

—¡Están vendidas!— exclamó D. Fermín con modestia triunfante. — Un joven inteligentísimo las ha adquirido esta mañana con grandes elogios. ¡No todos han de ser compradores de cromos!..... ¿Y usted?

—¡Publicada, D. Fermín!..... Publicada, y ¡pagada!.....

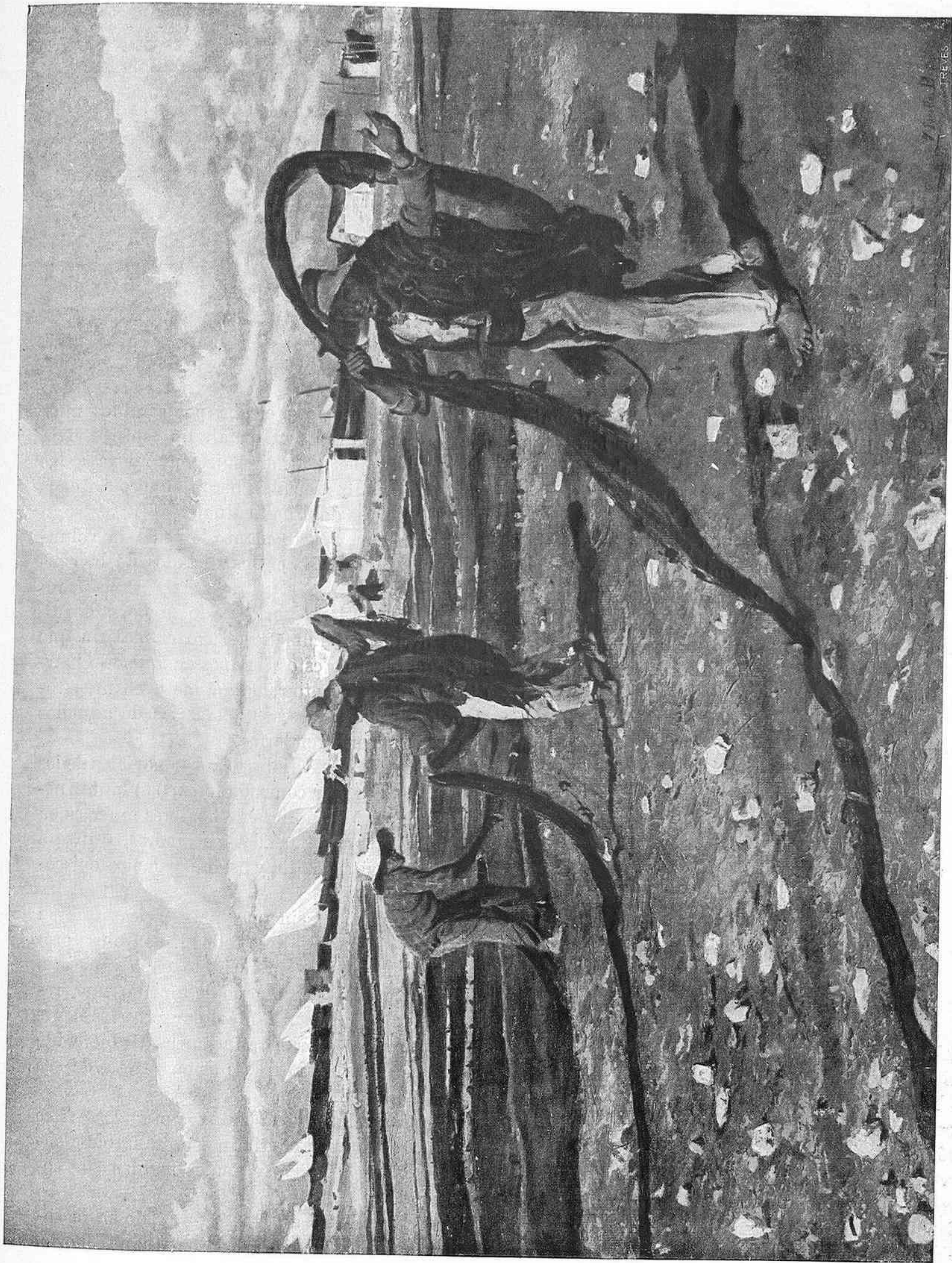
—¡Bien, magnífico! Ahora ¡adelante!.....

Celebraron con alegre gaudium las primeras sonrisas del éxito, y convinieron de común acuerdo en que los horizontes del Arte no eran tan negros como anguraban los pesimistas.

Después se pusieron á trabajar como de costumbre; pero los versos sonoros tenían alas de llama, y las flores pintadas entrecabrían sus corolas, aspirando la suave caricia de una aura primaveral.

JUAN ARZADUN.

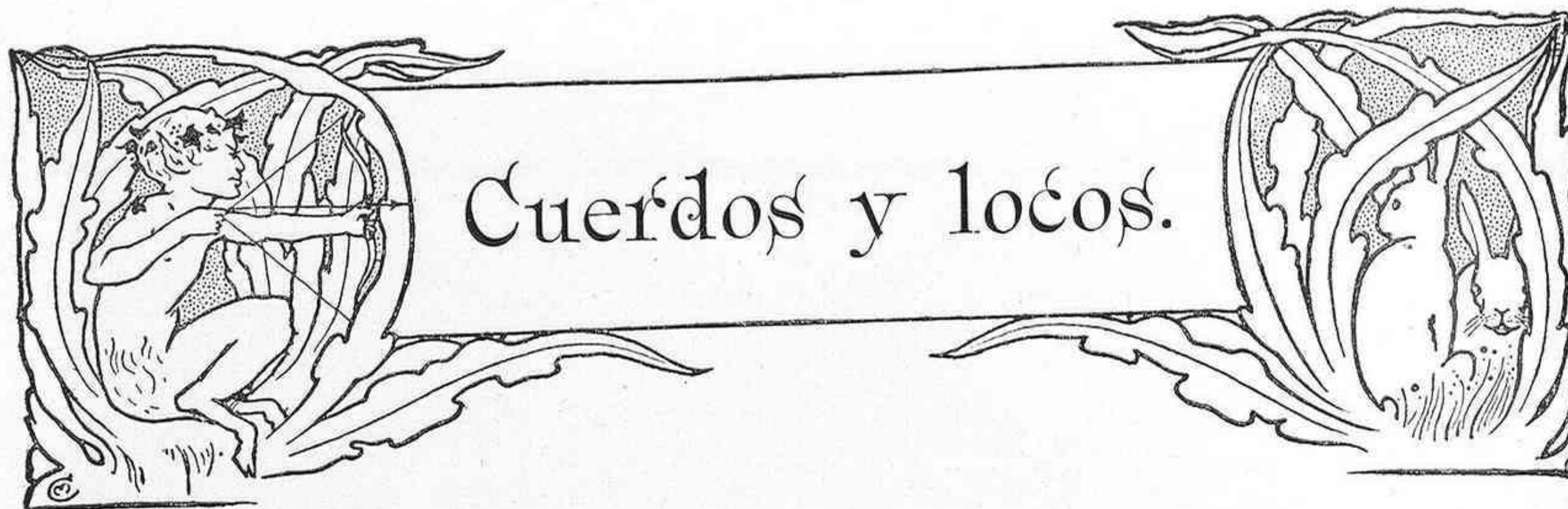




RECOGIENDO LAS REDES.

Cuadro de Joaquín Sorolla.





VÍCTOR había pasado un año en el manicomio. ¿Por qué? El afirmaba, como todos los locos, que estaba recluso sin razón. Ciertamente: estaba allí porque carecía de razón: era un demente verdadero y peligroso. Pero nunca fué un loco natural: fué un loco social. La Naturaleza crea la deformidad mental como crea la deformidad física, y ambas son y serán siempre deformidades absolutas con arreglo al arquetipo del ser humano. Mas en la sociedad no ocurre lo mismo. En sociedad no se tiene la razón dentro del cerebro: se concede ó se niega desde afuera por los demás prójimos. Y el hombre que no va por el carril usado, ó va contra la corriente universal, es reputado por loco ó tonto, así sea más cuerdo ó más sabio que los siete sabios de Grecia.

Y de igual suerte el gusto público define á su antojo y por su patrón convenido la perfección corporal.

No hay mujeres hermosas, sino bien parecidas, ni son feas otras que las que parecen tales á los hombres. La nariz aplastada ó los labios carnosos de una hotentota son hermosura para un hotentote, y deformidad aborrecible para un europeo, el cual á su vez se encanta con la nariz afilada y los labios finos donde el africano ve una fealdad despreciable.

Y aguantadas por el lector esas reflexiones acerca de lo circunstancial del aparato antropométrico que se usa para la figura física y mental, pasemos á decir que Víctor fué un loco—ó lo pareció—porque fué un salvaje de espíritu. El desdichado no se acomodaba al molde común en que se da forma á la masa humana.

Tenía su juicio cabal; pero su juicio indepen-

diente y voluntarioso erraba por caminos muy apartados de la gran vía social. Su espíritu vivía en completa libertad y sin sujeción, no ya á las trabas y fórmulas sociales, pero tampoco á frenos ni sentimientos de ningún linaje.

Ejecutaba en el acto cuanto le pedía la voluntad, nunca limitada por los dictados de la conciencia.

Y su vida, á lo Tenorio y á lo Mejía, sin respetos divinos ni humanos, tuvo el mal fin que había de tener en estos tiempos en que la Guardia civil daría pronto remate á las aventuras románticas y caballerescas truhanerías de aquellos dos facinerosos legendarios.

No es ya empresa llana el robar novicias de los conventos, asesinar comendadores, suplantar novios, hacer listas públicas de hombres muertos en desafío y mujeres burladas en amores, unirse á bandoleros en cuadrilla y asaltar palacios episcopales.

Nuestro Víctor, sin más pragmáticas que su voluntad y pensando que todo el monte era orégano, había incidido y reincidido en hazañas semejantes en maldad, aunque de tamaño más reducido que aquéllas. Y fué á dar prosaicamente en un Juzgado de primera instancia. Hubiera ido derecho á un presidio si la misma rareza de sus delitos no le valiera en el trance.

Pudiera decirse que aquello era el *anacronismo* del crimen, como si el criminal no se hubiese enterado de que vivía entre gentes regidas por códigos.

Si en la sociedad antigua, sobre todo en la sociedad de los congéneres de Don Juan Tenorio, existió la teoría de los delincuentes irresponsables

por ser caballeros de alta alcurnia, en la ciencia moderna existe otra teoría de los delincuentes irresponsables, por ser locos.

El abogado defensor se amparó de esta nueva bula de indulto jurídico y salvó el cuerpo de toda pena afflictiva á costa de perder su alma, perdida y condenada á demencia temporal. Muchos testigos, unos de buena fe, otros por ayudarle, declararon en su favor, y entre testigos, médicos forenses, fiscales y jueces, abrieron la puerta del manicomio á un hombre sano de juicio, aunque enfermo gravemente de conciencia.

Aislado entre las cuatro paredes del manicomio, Víctor sanó de su locura. No debió, ciertamente, su curación á los sabios doctores que lo asistían, ni al régimen del Establecimiento, ni al riguroso plan terapéutico, así moral como físico, que se aplicó. Le curó únicamente la soledad. Allí no había mujeres que incendiaran las pasiones, ni hombres que provocaran las iras, ni tesoros que estimulasen las codicias, ni grandezas que avivaran las ambiciones; ninguno, en fin, de esos apertitos que mueven al corazón humano y le impulsan á satisfacerlos por buen ó mal camino. Y Víctor apareció como hombre enteramente cuerdo y sosegado en la soledad, porque mucha parte de los extravíos de la razón y de los pecados de la conciencia tienen su cómplice fuera de nosotros mismos. El salvaje no deja ver su salvajismo sino en medio de personas civilizadas.

Así es que el pobre loco procedía en todo con juicio, razonaba con lucidez, hablaba con reposo, y ni en su estado fisiológico ni psicológico se advertía señal ó trastorno que mereciese la pena á que se condenó. Después de largas observaciones y consultas, los médicos declararon que era crueldad notoria y contra conciencia mantener recluso por loco á un cuerdo. La ciencia, por no desairar á la justicia, afirmó que si existió alguna vez aquella locura fué circunstancial y pasajera. Y hubo que ponerlo en la calle con patente de sanidad. Algo valió á Víctor aquella escuela de tormentos padecidos, pues, castigado con la lección, aprendió á vencer su carácter selvático. No lo domó, sin embargo, lo suficiente para renunciar al mal sentimiento de venganza. Y quiso tomarla del tribunal que á tales desventuras le llevó. Pero su venganza no fué ya brutal. En otros días se hubiera ido en derechura á sus jueces para abofetearlos en la cara. Ahora prefirió abofetearlos en el alma.

Con el arte y maña de hombre escarmentado que había adquirido, y con el mucho dinero de hombre rico, porque lo era, logró poner á cada uno de los jurados en trance y resbaladero iguales á aquellos por donde él se despeñó.

Á un jurado, mozo enamorado y lascivo, le echó el anzuelo de una mujer hermosa y de corazón blando.

El severo juez perdió el seso por ella. La mujer, gran pecadora, preparada al efecto por Víctor, accedía á las pretensiones del enamorado á condición de irse con él á lugar lejano donde nadie pudiera verlos y ellos pudieran gozar á sus anchas de su amor. Ciego por el deseo, el pretendiente intentó todos los medios, aun los escandalosos. Pero no hubo manera de rebajar la condición.

— Si es tan verdadero, si es tan irresistible como me dices tu amor, ¿por qué te niegas á complacerme, cuando á la vez te complaces á ti mismo con la ocasión que te brindo? ¿Qué puedes apetecer más si no que sean para nosotros solos todas las horas de toda la vida?

— Yo me iría contigo para siempre y al fin del mundo. Pero soy casado, tengo familia y por ella temo las consecuencias del escándalo.

— ¿Conque no es virtud ni honradez lo que te contiene?

— Sólo me contiene lo que te digo: ese miedo.

— Pues entonces eres tan perverso y tan loco como un reo que yo conozco y al que tú condenaste por tener más valentía que tú. Aquél también sintió una pasión irresistible, y no la resistió. Huyó con su adorada y le condenasteis por delito de rapto.

— Era un loco indudable.

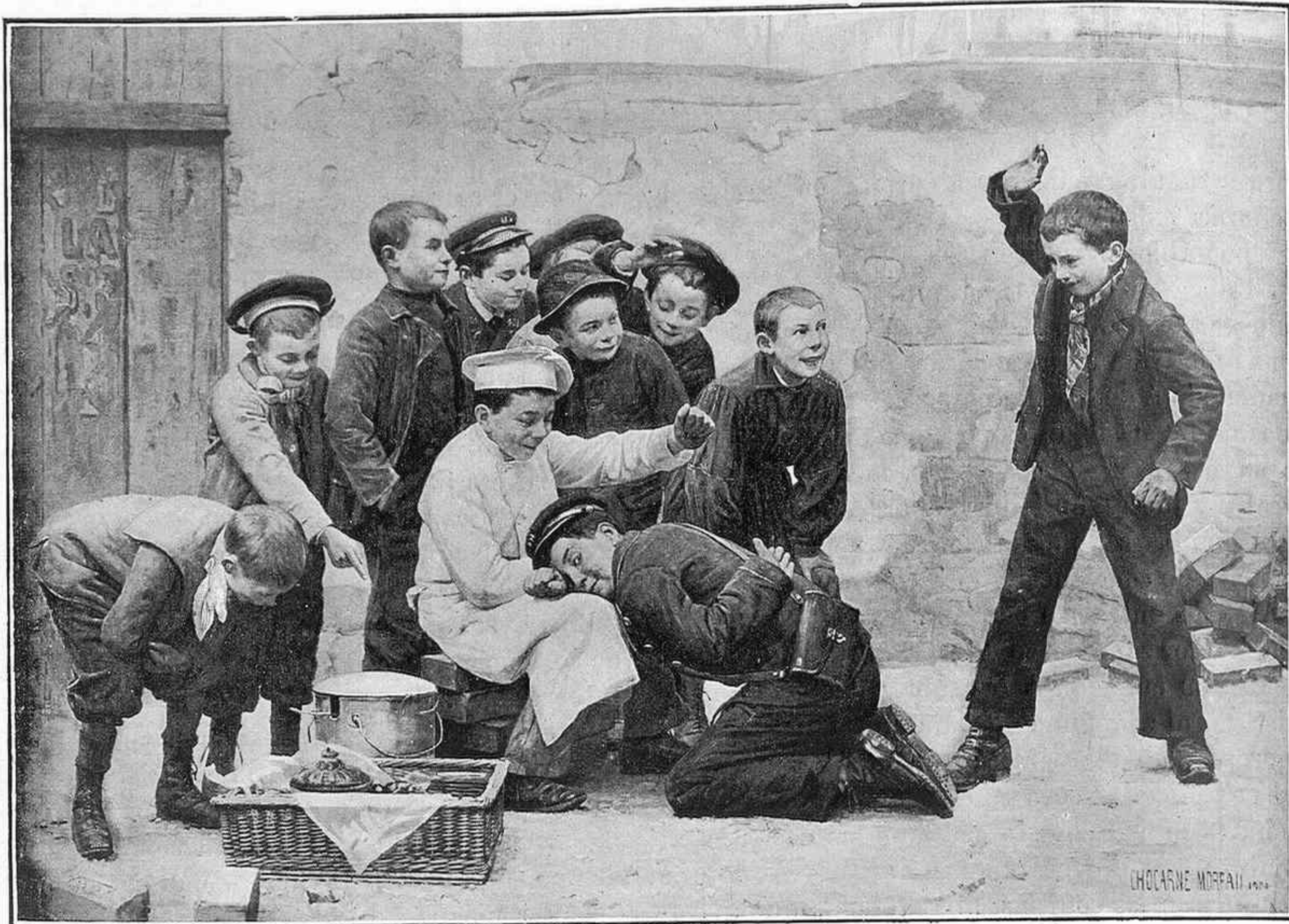
— Pues tú llevas también un loco en el cuerpo, y lo dejarías salir por tu voluntad para alborotar las calles. El miedo es tu loquero.

Otro jurado cayó en el cebo de la codicia. Tentóle con la posesión de un tesoro oculto, fácil de alcanzar. El caso ofrecía un solo riesgo: el de que el dueño que lo tenía enterrado se enterase y acusara por ladrón al captador de cosas no abandonadas ni perdidas.

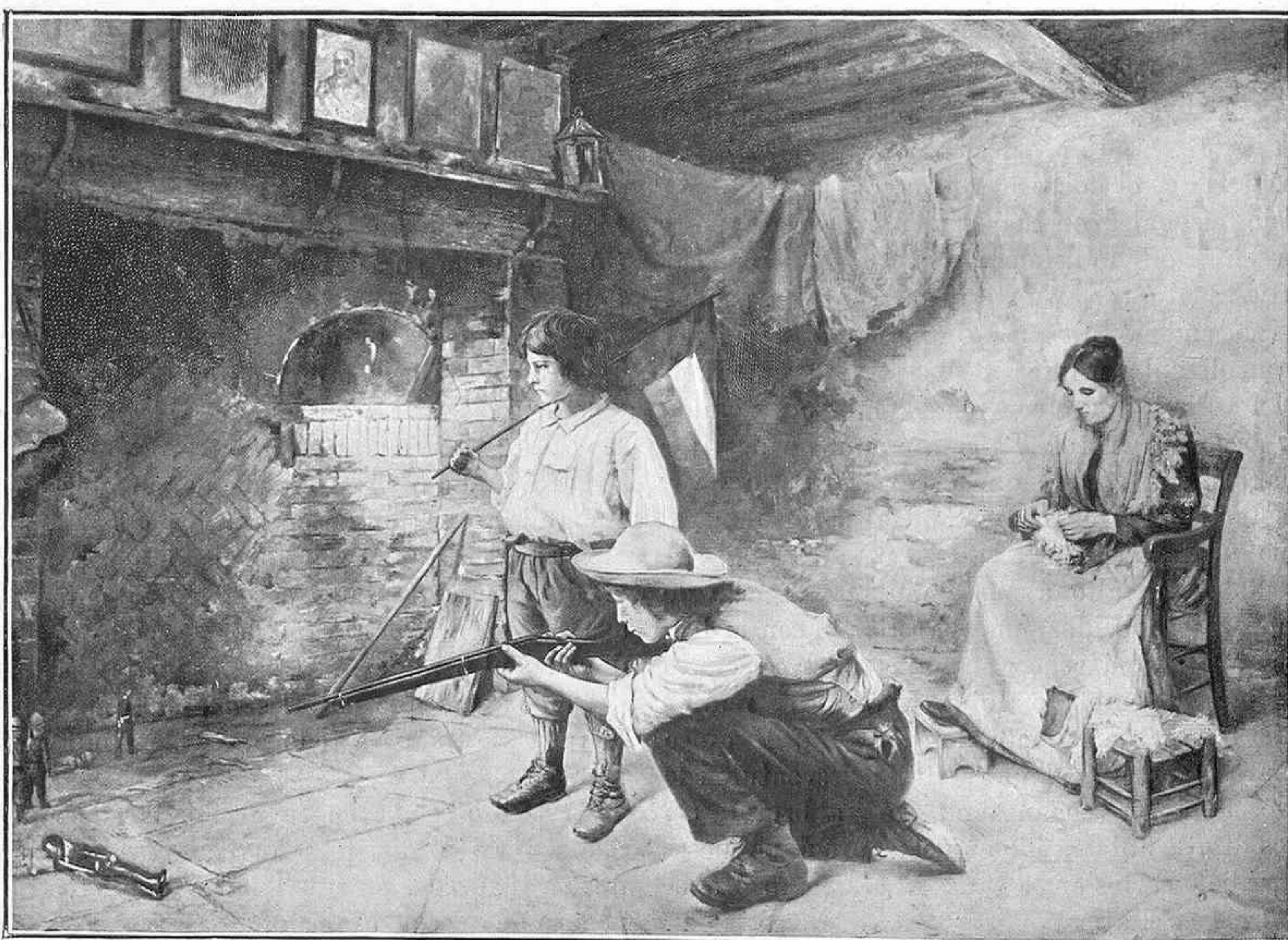
Pero, á trueque del riesgo dudoso, ofrecía la fortuna segura para todo una vida abundante y regalada.

El tesoro estaba en lugar donde el codicioso podía verlo y aun tocarlo: como que Víctor lo puso allí adrede, de igual modo que se pone el pedazo de queso en la ratonera.





ADIVINA QUIÉN TE DIÓ.
Cuadro de Chocarne Moreau.



EN EL TRANSVAAL.—LA GUERRA PEQUEÑA.
Cuadro de Plument.

El hombre pasaba largas horas rondando el paraje, y miraba y remiraba las monedas de oro reluciente, dando mil vueltas al magín para ver de tomarlo y calcular lo que pudiera sobrevenirle si lo tomaba.

Y, entretanto, el pobrete andaba bebiendo los vientos para vivir entre apuros y escaseces.

— Pero, hombre — le dijo Víctor, — ¿por qué llevas todavía ese traje deslucido y esas trazas de pordiosero decente? ¿No eres ya rico? ¿Para qué te sirve tu tesoro?

— Para nada, porque no lo he tomado.

— ¿Y por qué?

— No por falta de ganas, sino por lo que las gentes dirán y los tribunales harán de mí si soy descubierto. Sería una locura.

— ¿Conque no es honradez ni virtud lo que te contiene? Pues eres tan loco por dentro como aquel procesado á quien condenaste porque, impulsado por los instintos brutales, no resistió al deseo de poseer una cosa que se le negaba. Y no valía más de unas cuantas pesetas.

Víctor fué poniendo sucesivamente ante esos

espejos á los juzgadores inflexibles que le llevaron al manicomio.

Y todos, colocados en el trance, quedaban, si no confesos, convictos de delito mental. Todos oían una voz interior que les llamaba á la maldad, cuando la maldad les aprovechaba. Y no iban á ella por puro miedo á los juicios sociales.

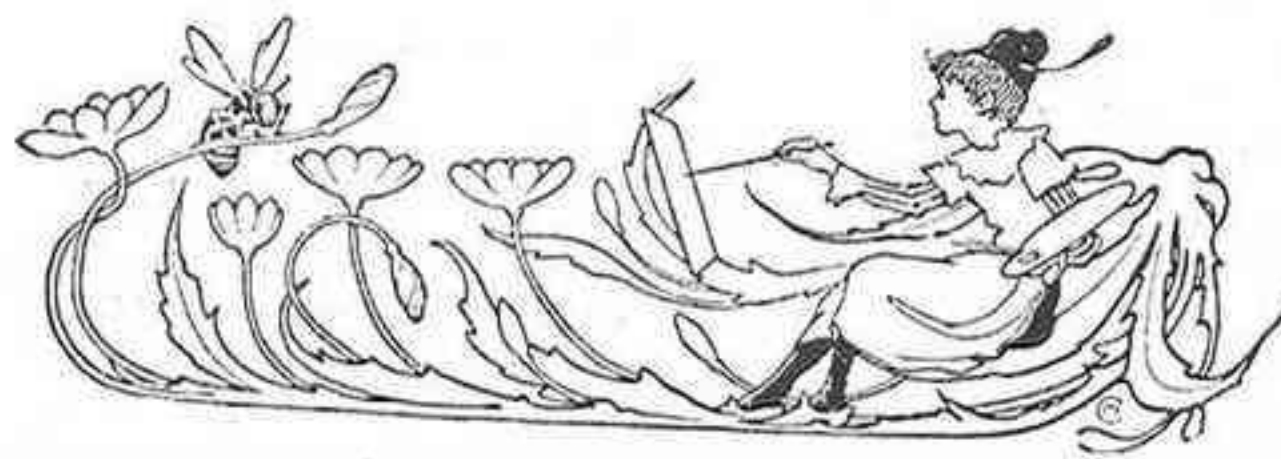
Unos se sujetaban por el temor de Dios: eran religiosos sinceros. Otros por temor á la opinión: tenían honor. Estos temían perjudicar á sus familias: eran afectuosos. Aquéllos por temor al castigo: eran simplemente cobardes.

Pero, en el fondo, éstos y aquéllos, unos y otros hombres son locos, atados ó desatados, reclusos ó sueltos, declarados ó incógnitos.

Los declarados no tienen ese loquero que se llama sociedad, y hablan y obran como les dicta el loco que llevan dentro. Los que se llaman cuerdos lo parecen porque llevan encima esa camisa de fuerza que reprime los instintos y desmanes del loco interior.

Importa no quitársela: es la defensa de la Humanidad.

EUGENIO SELLÉS.



SOLEDAD DEL ALMA.

Nunca, oh Señor, como en la edad presente,
De su grandeza material ufana,
El desamparo y soledad que siente
Ha sentido tal vez la raza humana.

Ni un símbolo ante el cual caer de hinojos,
Ni un sostén para el alma dolorida,
Ni una creencia á que volver los ojos,
Ni un ideal por el que dar la vida;

Aislados por un sórdido egoísmo
Los hombres en cenáculos diversos,
Cual piedras que descuaja el cataclismo,
Y pulveriza en átomos dispersos;

Sin una religión ni una doctrina
En las que comulgar por un instante,
De humana fe y autoridad divina
La desolada negación triunfante,

Esta generación cuya alma hiela,
Señor, el desaliento solitario,
Muerto y pendiente de la cruz, te vela
Cual tu Madre en la noche del Calvario,

Y traspasada de terror siniestro,
Al rezar su oración de cada día,
Temerosa balbuce: «Padre nuestro.....
¿Estarás en los cielos todavía?»

EMILIO FERRARI.





¡VIVA MI TIERRA!

Entre montones de sal
Fué mi cuna San Fernando;
Anda y busca por el mundo
Marinero más salao.

De la gran Gades hermana,
Y hermana la más querida;
Á ella eternamente unida
Sobre la Isla gaditana;

Su ventura reflejando
En el puro azul del cielo,
Se alza sobre verde suelo
La ciudad de San Fernando.

Ciudad feliz, generosa,
De campiña pintoresca,
Sol radiante, brisa fresca,
Y en donde no hay gente sosa.

Y ¿cómo haberla podría
En el Edén terrenal
Depósito de la sal
De la madre Andalucía?

Con fama justa de gloria,
Por más de un hecho brillante,
Que ella fué, puede arrogante
Consignar la patria historia,

Tierra que inicua invasión
Rechazó hasta en sus esteros (1),
Tragándose granaderos
Del primer Napoleón.

La que, fiel siempre á sus reyes
Y firme en honroso puesto,
Hizo de un teatro modesto
Templo augusto de las leyes,

Y con heroica lealtad,
Al fragor de la pelea,
En patriótica asamblea
Dió el grito de «libertad».

Su arsenal, donde tremola
El nacional estandarte,
Cuna ha sido y baluarte
De la Marina española.

Alza entre alegres casitas,
Sobre verde promontorio,
El mejor observatorio...
De las muchachas bonitas,

Y, confiesan sin trabajo
Los que observan las estrellas,
Que arriba las hay muy bellas...
Pero mejores abajo.

Tierra que suelen llamar
De las bocas... ¡como pocas!...
¿En qué tierra se ven bocas
Que convenzan sin hablar?

Albergue de querubines
Para *tangos* y *jipios*,
Sus caños parecen ríos
Y sus huertas son jardines.

No te olvido, San Fernando,
Y aunque muy lejos de ti,
Tan vivo siempre está en mi
Tu recuerdo palpitando,

Que hasta en sueños mis visiones
Son tus alegres despescas (2),
Y el pregón de... ¡*Bocas frescas!*
¡*Langostinos!* ¡*Camarones!*

Madrid, 1901.

JAVIER DE BURGOS.

(1) Son los esteros caños ó brazos que salen de un río participando de las crecientes y menguantes del mar. En aquel terreno fangoso, por el cual sólo pueden correr sin exposición los salineros, se hundieron, pereciendo ahogados muchos soldados franceses.

(2) Despescas es el nombre de la fiesta típica con que los dueños de las salinas obsequian á sus amigos y forasteros, extrayéndose con redes, y en enorme cantidad, el exquisito y bien cebado pez llamado *mijol* (vulgarmente *liza*), que se cria en los esteros.



LECCIÓN DE DOCTRINA.
Cuadro de Muenier.



COSAS DE HOMBRE



CUANDO el tío *Pizarroso* llegó á su casa, las sombras empezaban á invadir el á modo de embudo formado por los montes, en cuyo fondo blanqueaba el edificio, al borde de una cañada llena de piedras enormes y espesos macizos de adelfas.

—Pos di tú que te has dormío en un cajorro— exclamó la tía *Tomasa* al ver llegar al legítimo dueño de su orondísima persona.

—Pos no me he dormío, ni tan siquier he estao á dormivela.

—Pos entonces habrás estao de picos pardos en algún abrevaero del monte.

—¡No ha sío malo el abrevaero!

—Pos entonces, ¿aónde te has metío, alma condená?

—Pos en ninguna parte: una miaja que me entretuve en la encrucijá del *Tomillo* con *Juan el Rumboso* y *Toñico el Pastañeta*, y..... ¡arza pa entro, *Pimentona*, arza pa entro!

Y esto lo dijo asestando una cariñosa palmada en una de las poderosas ancas á la mula, á la cual había quitado el aparejo mientras hablaba.

La cabalgadura, á la cariñosa insinuación, tomó lentamente el camino de la cuadra, mientras el *Pizarroso* sentábase sobre un capacho, junto á su hermano el *Totovías*, un viejo enjuto y grave que entreteníase en hacer tomizas para los usos domésticos, mientras el porquero, un rapaz greñudo y andrajoso, contemplaba con famélica expresión desde la puerta la gran olla que hervía sobre las enormes trébedes de hierro en la chimenea.

—Y ¿qué es lo que dicen el *Rumboso* y el *Pastañeta*? ¿Tantas cosas teníais que contaros, que si

se entretienen ostedes una miaja más volvéis tóos á vuestras casas con barbas corrias?

—Y dale, mujer, dale, no seas asina; si me he entretenío ha sío por decirle al *Rumboso* con toas las veritas de mi alma y con tó mi metal de voz: «¡Ole con ole por los hombres machos con toas las de la ley!» ¡Vaya si es una prenda el viejo! ¡Y con un corazón más grande que una cantera!

—Y eso ¿poiqué? ¿Te ha regalao alguna vestiura pa el *Corpus*?

—No, señora, que lo que ha jechito vale más que tó eso; el *Rumboso* ha puesto esta tarde su bandera en lo más artico del monte.

—No es una noveá en él; ¡ése es de los que siempre se la han traío!—exclamó con voz gutural el *Totovías*; pero, á la fin y á la postre, dinos ya lo que ha jecho, que la olla mos espera gruñe que te gruñe.

—Pos ha jecho lo que sus voy á contar. Figúrense ostedes que la Rosalía, la del cortijo de la *Embocaura*, que es un pasmo de bonita y que tié un cuerpo que es una parma.....

—¡Una parma! Un parmito, ¡más ropa que carne!—dijo con tono desdeñoso la tía Tomasa.

—¡Eso ya sus lo dirá el *Pastañeta* cuando se case con ella!

—¡Pos no estás tú mu atrasao de noticias! Rosalía ya no se casa con el *Pastañeta*, poiqué se le ha cruzao en el camino ese que dices tú que es una prenda.

—A eso voy, mujer, á eso voy; es mu verdá que el *Rumboso* se le cruzó en el camino, y que, como el hombre tié más fanegas de tierra que mosotros abejas en los panales, al padre de la Rosalía, que es un agonioso, la avaricia se le puso de pie, y cogió á su hija y le dijo que como gorriviera á mirar á Toñico les iban á caer cataratas en los ojos á dambos, y que era menester que se pegara manque fuera con liria una sonrisica en los labios pa cuando hablara con el viejo; y la muchacha no entendió de chiquitas, y cuando se le puso á tiro el *Rumboso* se le echó á llorar, y le dijo que lo que quería jacer con ella era una picardía; que ella no podía peinarse ni despeinarse en el mundo más que pa su Toño; y tan y mientras ella le decía esto al señor Juan, el otro andaba diciéndole á grito pelao á tó el que lo quería oír que no había de parar hasta sembrarle al viejo una almaciga de plomo en el corazón, ó el jierro de su cuchillo en la mismísima boca del estómago.

—Y eso era lo que se merecía por dir á meter la pata en unos güenos quereles, valiéndose de que el padre de Rosalía es un «tó pa mí» de cuerpo entero y Toño es un probetico desmamparao.

—Tú no estás bién enterá, Tomasa; en estas cosas sa menester ajondar pa verles el fondo. Cuando el hombre se prendó de Rosalía, cuasi naide estaba enterao de esos quereles, poique se querían de contrabando, y lo que pasó fué que el *Rumboso*, que jacía ya cinco años que no veía á la muchacha, se la topó una tarde en el pueblo, y al hombre se le reverdecio la sangre, y el hombre está más solo que una esparraguera, y la zagala es güena y es bonita, y el hombre no sabía ná de sus amoríos, y cuando el hombre se enteró ya él le había hablao al de la *Embocaura*, y ya el *Pastañeta* andaba de atajo en atajo aconsejándole que se pusiera bien con Dios y que jiciera testamento.

—¿Pero es que no vas á acabar nunca? ¡No ves que se va á pegar la olla!

—Ya arremato. Pos bien, esta tarde, miajita antes de que yo llegara, el *Rumboso*, que iba pa el lagarillo del *Zegrí* montao en su *Ceniciento*, que es un jaco que vale un millón, al dir á dar la vuelta al olivar del *Tardío*, se topó manos á boca con el Toño, que estaba acechándolo entre las pitas de la linde.

Naturalmente, al echárselo á la cara, el señor Juan se comió la partía, poiqué estaba al cabo de la calle en lo tocante á las bocanás del otro; pero el hombre, que es prunte, se jizo el lila, y no hubiera chistao tan siquiera si el otro no se le hubiera atravesao en el camino, con la escopeta montá en la mano, diciéndole que se apeara pa hablar de la Rosalía.

Y miá tú lo que son las casolidades; en aquel mesmísimo momento desemboqué yo en la encrucijá, poique esto que yo sus he contao, esto lo sé yo por boca del *Rumboso*.

—Y no acabarás, y la olla gruñe que te gruñe.

—Ya acabo, jambrón, ya acabo. Pos bien, yo, al ver aquello, miré por si encontraba un boquete por donde colarme, pero el señor Juan, al verme llegar, me gritó riéndose:

—No te vayas, *Pizarroso*, no te vayas, que me conviene que veas la corria.

Y diciendo esto, saltó en tierra con la misma agiliá con que yo saltaba en mis moceáes, y en dispués de jecharle las riendas sobre las crines al



Ceniciento, le dijo á Toño al mesmo tiempo que se iba sobre él:

—Á ver si bajas ese juguete, chaval, poique si se te va el tiro y güelo la pólvora, no vas á volver á estornuar en toa tu vía.

—Coja osté la suya, nostramo, cójala osté, poique esta tarde me queo con osté, ú oste se quea conmigo.

Y esto se lo decía el *Pastañeta* reculando, jaciéndole la puntería, con la cara del color de la gayomba y con los ojos espaventáos.

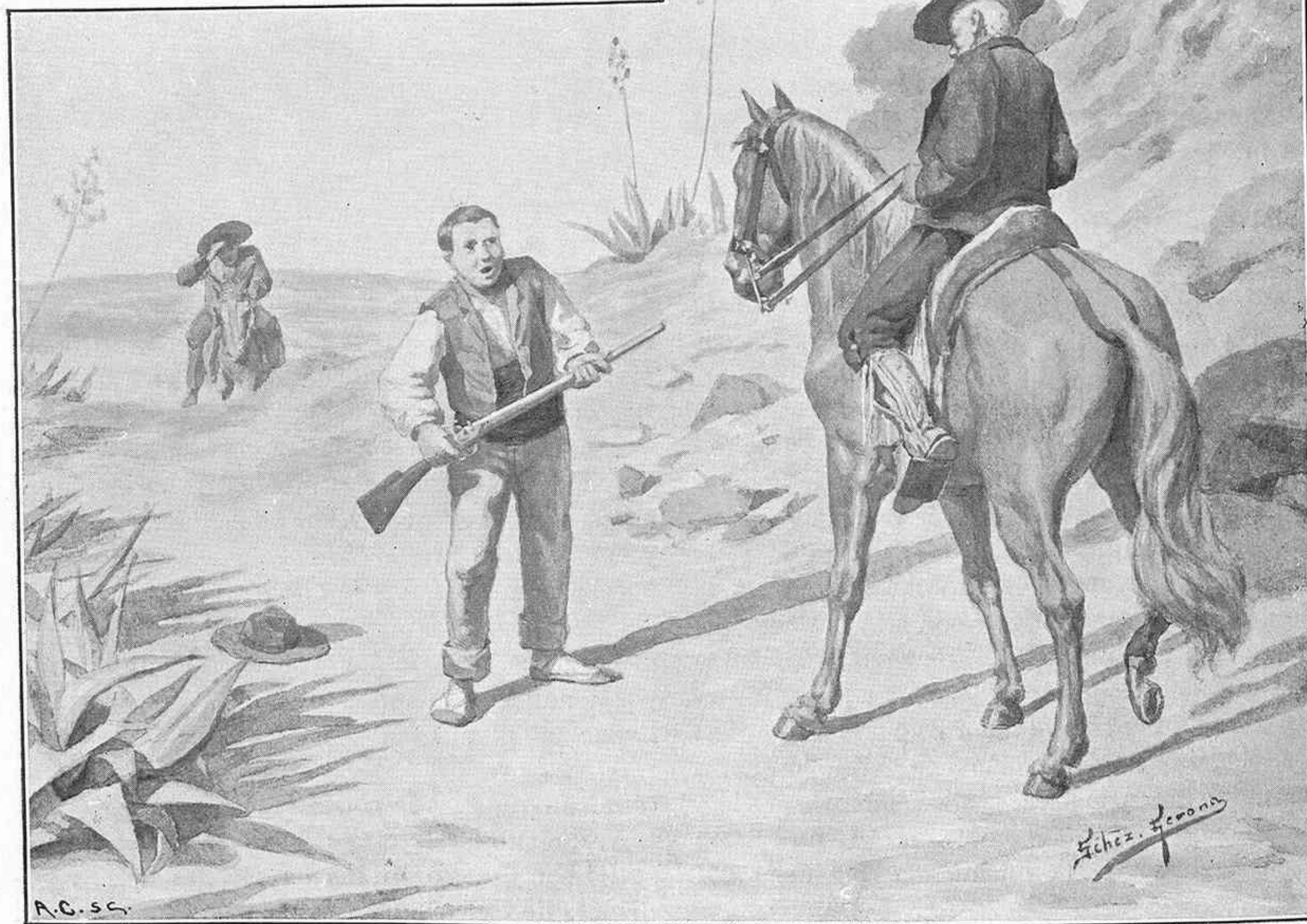
—¡Yo qué he de quearme contigo! Yo no mato volantones.

—No se acerque osté, y coja osté su escopeta; mire osté, nostramo, que hoy le jago yo á osté yesca el pecho.

Y entoavía no había arrematao de icirlo, cuando le dió gusto al deo, y ¡puún! vaya un berrío que dió la vizcaína!

—Y qué, ¿encarnó?

—Un plomo en un brazo na más, un plomo perdiguero; pero, camará, yo no he visto hombre más vivo ni más bravo que el *Rumboso*; entoavía no se había arrematao el estampío, cuando la escopeta de Toño y el cuchillo que éste había sacao estaban en la cuneta, y Toño en el suelo, sin poer



mover un remo: tan y mientras, el señor Juan le decía con acento enfurecido:

—Eso que tú has jecho no se jace; los hombres no pelean sino como manda Dios; ¿y si yo ahora te diera tu merecío?

—Démelo osté; máteme osté, nostramo; máteme osté, poique si hoy me ha faltao la puntería otro día me pué no faltar.

—Anda y alevántate, y vete, y otra vez no jeches tanta pólvora, poique con tanta pólvora no se le da un tiro á un cerro.

Y diciendo esto, él mesmito alevantó al Toño, y le volvió las espaldas, tan tranquilo como si detrás tuviera una pareja de la benemérita.

—¿Y el *Pastañeta*?

—Pos el *Pastañeta* se queó mirándolo y mirándome como atontao; endispués recogió la escopeta y el cuchillo, y de pronto, cuando ya el *Rumboso* iba á montar, tira las jerramientas y se va pa el viejo, y baja los ojos, y le dice como si de pronto se hubiera vuelto tartamúo:

—Nostramo, perdóneme osté; pero yo estoy loco, yo estoy desesperaíto; yo soy un probe, yo no tengo más calor en el mundo que mi Rosalía, y quitarme á mí mi Rosalía es sacarme el corazón del pecho, y es darme garrote vil, y es.....

Y al decir esto, se le llenaron los ojos de lágrimas como puños; y miren ostedes, á mí tamién

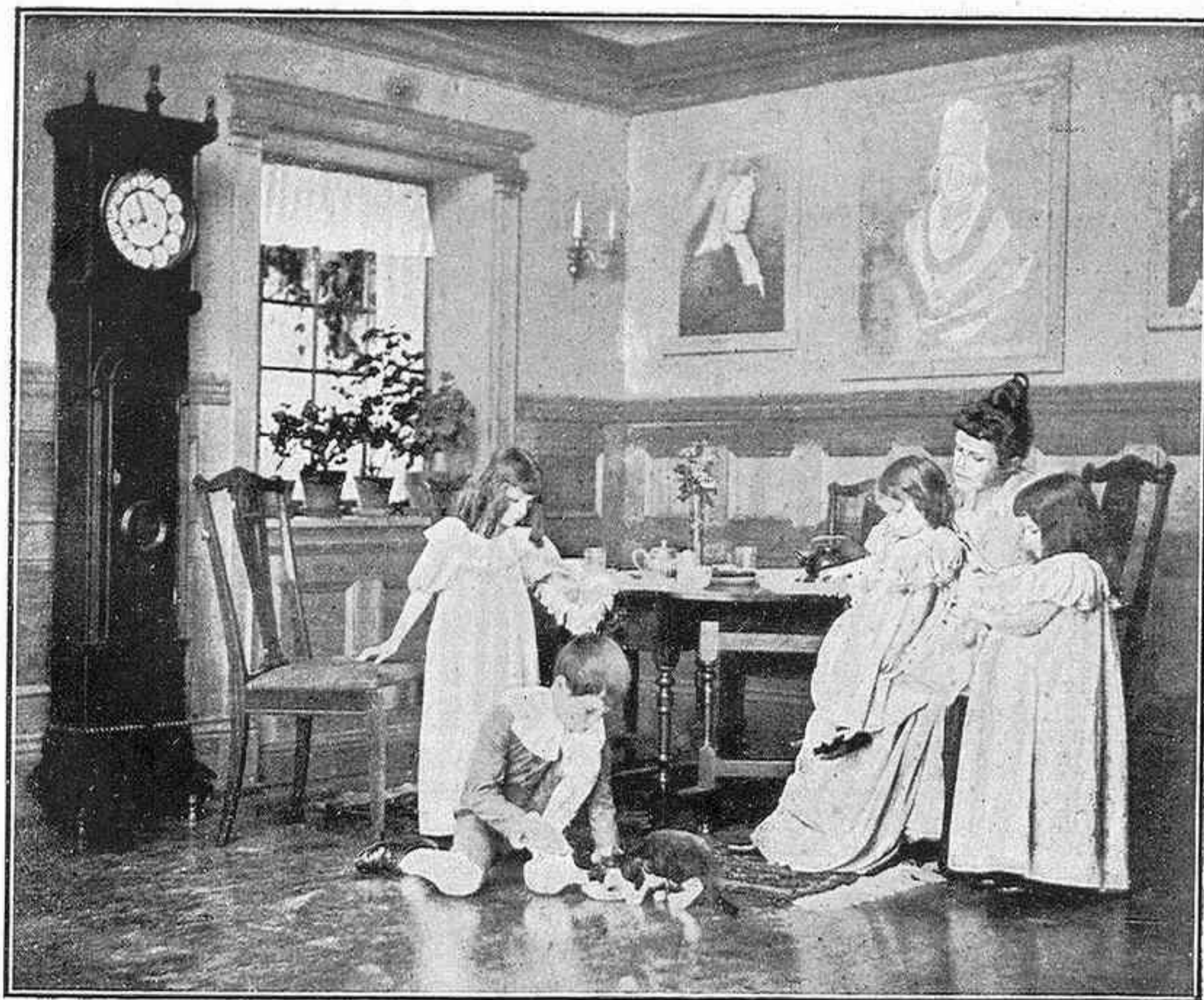
se me mojaron las parpagueras, poiqué la verdá es que aquello lo dijo el mozo de un móo..... Ya ven ostedes cómo lo diría, que el *Rumboso* le tendió la mano y le dijo:

—Peazo de bruto que eres, ¿poiqué no has hablao asín antes? ¿No comprendes tú que desde el punto y hora en que tú quisiste que me fuera á rumbo de valentía yo no podía dirme, y que necesitaba antes de dirme probarte á ti y á tó er mundo que me iba poiqué me daba la gana, poiqué yo no le hago á naide estorsiones y además que yo no estoy tan loco que quiera casarme con una jembra prendá de otro hombre? ¿Tú no comprendías eso, peazo de bruto que eres, tú no lo comprendías?

Y ná, que se dieron las manos, y yo me he venío tó el camino diciendo: «Ole con ole por los hombres machos con toas las de la ley», y lo he venío diciendo con tó el metal de mi voz y con toas las veritas de mi alma.

Y momentos después humeaba el sabroso contenido de la olla en el enorme barreño donde la hubo de volcar la tía Tomasa, y sentábanse todos alrededor de la reducida mesa, á la oscilante luz de un enorme candil suspendido del alero de la chimenea, donde entre ramos de verde romero brillaban, como si fuesen de oro, las grandes calderas y los limpísimos peroles.

ARTURO REYES.



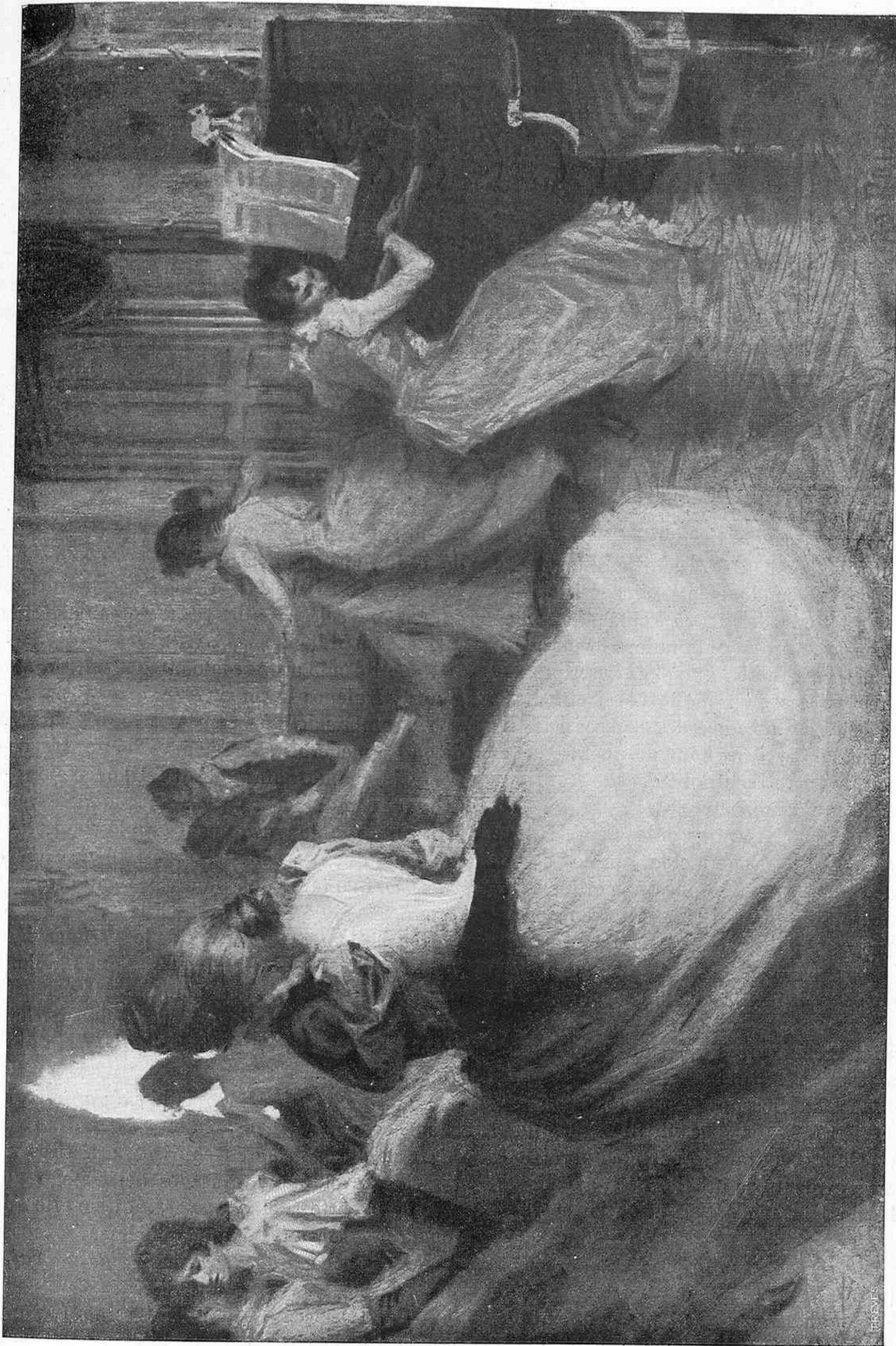
EL ALMUERZO DEL GATO.

Cuadro de Eickemeger.



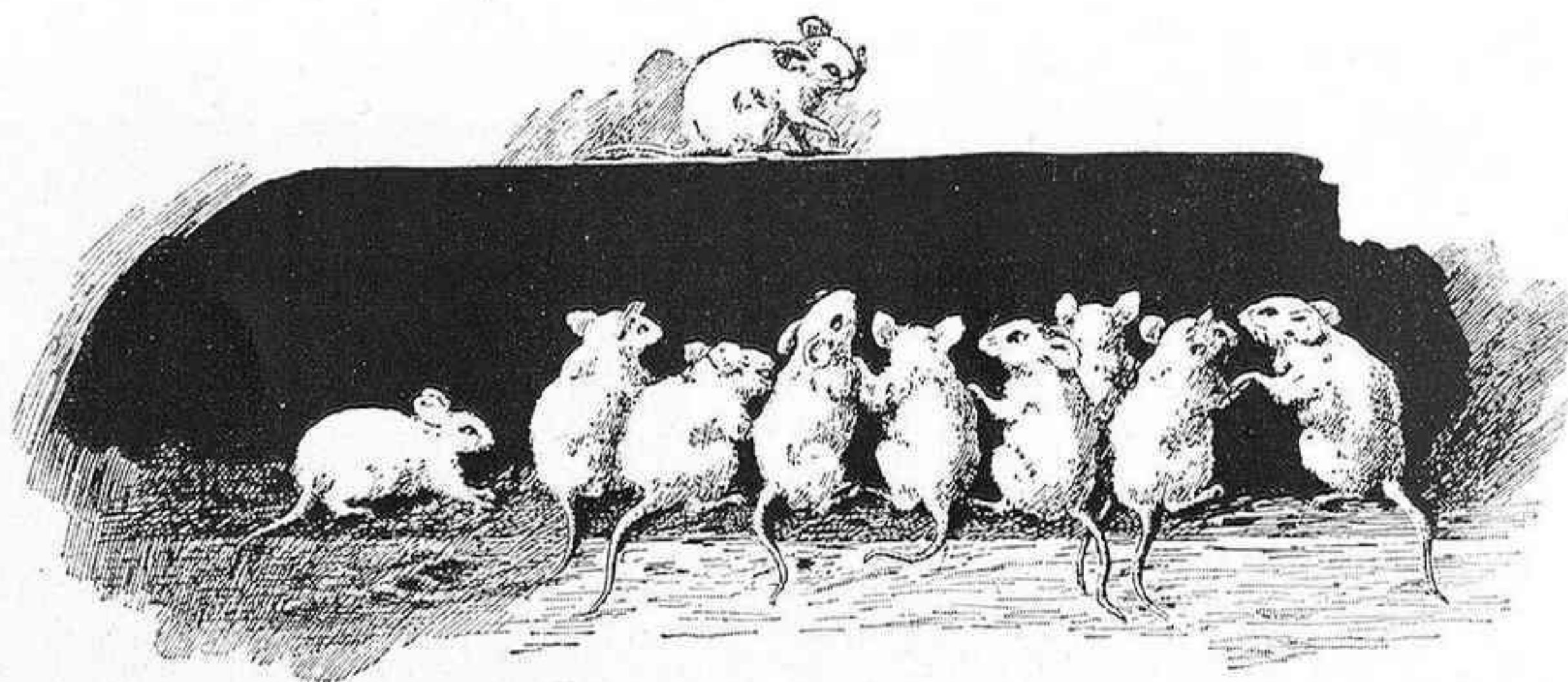


PARA MAMÁ.
Cuadro de Morgan.



ENTRE AMIGAS.
Cuadro de R. Javier Prinnet.





CAZA MENOR.

Clarín en sus *Paliques*, Valbuena en sus *Ripios*, han hecho muy meritoria obra persiguiendo gazapos en los matorrales literarios. Otros escritores de autoridad se han dedicado también á este divertido pero infecundo deporte cinegético. Porque, á pesar de todo, los *gazapos* siguen reproduciéndose con asombrosa y aterradora fecundidad.

Años atrás preguntaba «yo el infrascripto»—á propósito de tales despropósitos—si el idioma castellano estaría llamado á desaparecer de la literatura española, y á la hora de ahora—como solían decir los hablistas del Ateneo—continúo preguntando lo mismo.

Los mayores dislates, que antes aparecían de vez en cuando en letras de molde, son hoy el pan nuestro de cada día, y digo nuestro, porque á este *Mecu* lo matamos todos. Si los escritores más castizos y más escrupulosos no se paran en barras lingüísticas, ¿qué hemos de hacer los que apenas nos llamamos Pedro en la república federal de las letras?

Así van tomando carta de naturaleza, *nacionalizándose* (ésta es la palabra *modernistísima*), los galicismos, los anglicismos y todos los *ismos*.

De ser cierto, según dice un filólogo, que el acudir á palabras extrañas al lenguaje patrio es una muestra evidente de inferioridad, aviados estamos. Hemos llegado á caer hasta en el *andorrismo*.

Teníamos ya aceptado y consagrado por el uso—por el mal uso—aquello de los *prestigios*, y de los *públicos*, y de las *pléyades*, pese á que ni pléyade, ni prestigio, ni público pueden, hablando en castellano *histórico*, pluralizarse. Bien es verdad

que, en cambio, nos propusimos decir *efeméride* por *efemérides*, lo dijimos y en paz.

Pues otro plural que comienza «á llevarse» salió á luz la otra noche en un periódico de los grandes. «En la discusión del Mensaje—decía el «apreciable colega»—los Sres. Fulano, Mengano y Zutano han lucido *sus elocuencias*.»

Y escribiendo así es como otros Zutanos, Menganos y Fulanos lucen *sus gramáticas*.

Ya comprendo que todo esto es *banal*, según dicen los modernistas traducidos del francés, ó sin traducir, cuando quieren decir fútil ó frívolo. Pero tal es el cúmulo de *banalidades* que va cayendo sobre nuestra lengua, que ya no la conocería ni el Berceo que la parió—sin que esto nos lleve al *purismo*, que también es un *ismo* como otro cualquiera.

Nos hallamos en el consabido *período álgido* tan acreditado y que tanto gusto sigue dando. El otro día, que marcó el termómetro 41° á la sombra, se descolgó un cronista diciendo que había llegado el verano á su *período álgido*, ó sea al frío glacial.

Lo mismo ocurre en eso de la *vida animal*, que se suele entender al revés.

¡Á cuántos personajes políticos, artísticos y literarios he oído que, cansados del tráfigo y ajetreo de la corte (del *surmenage*, dicen ellos á la moderna), se van al campo á aislarse, á reposar, á comer y beber y dormir, á hacer *vida animal*, en una palabra!

Y donde hacen *vida animal* es aquí, y no lo tomen á mala parte, que no lo digo en otro sentido que el recto y estricto de la frase. *Vida ani-*



mal es precisamente vida de relación, y vida *vegetal* vida de nutrición.

El conspicuo es en la corte
animal,
y si en el campo reposa,
vegetal.

—¿Qué vida?

—Aquí vegetando.

Esto se oye en cualquier aldea de Castilla, que es donde aún se conserva un poco el castellano, reducido el pobre á la modesta condición de dialecto.

La puntuación ortográfica ha sufrido una verdadera revolución.

En letras como puños leí días pasados:

«SAGASTA ¿DIMITE?»

Y Sagasta debió contestar:

—¿Quién?

Con invertir los términos de la pregunta se nota claramente lo disparatado en este nuevo modo de colocar los puntos interrogantes fuera de quicio.

«¿Dimite? Sagasta.»

Preguntemos, al uso:

«¿Tiene sentido común? esto.»

Ni más ni menos que lo otro.

Lo del *protocolo*.

Á lo mejor ocurre en la feria de Majalagranza una *cuestión de protocolo*.

¿Es que el notario de la villa se ha equivocado en el registro de alguna escritura?

¿Es que los majalagranceses han sido encargados por el Kaiser de archivar los documentos diplomáticos referentes á los sucesos de China?

No, señor. Se trata de si ha de figurar en la procesión el teniente de la Guardia civil antes ó después que el comandante de la Guardia municipal.

En lo cual ahora no tiene nada que ver la etiqueta ó el ceremonial: es el *protocolo*.

¡Oh, *le protocole!*

Claro. Sucede que el castellano es un idioma «corto» y necesitamos de otros para entendernos, digo para no podernos entender. Faltos de palabras apropiadas, decimos *meeting* en vez de reunión; *krach* en vez de quiebra ó bancarrota; *soirée* en lugar de velada; *interview* en sustitución de entrevista, etc., etc. Y ya escribimos «fonéticamente» *mitin* é *interviú*, al propio tiempo que seguimos escribiendo *czar*, y aun *tsar*, eso que la palabra está castellanizada tiempo hace por la Academia, que dice *zar* en sus Diccionarios.

No contemos lo que se aprende en el léxico de los *restaurateurs*, por mal nombre castellano fondistas.

Hay ex ministro que pide una chuleta á la *borderalesa*, que es como en los originales de cocina se escribe bordelesa. Hay eximio literato que ha confundido el *chateaubriant*, filete de buey, con *Chateaubriand*, el autor de *El genio del cristianismo*.

Hoy día, un español en España, sin intérprete, está perdido. No hay quien se entere.

Tengo un periódico delante, en el que comienzo á leer una noticia que dice:

«Un distinguido *sportsman*, que es un eminente *watman* é invencible *recordman*.....»

Me desvanezco.

Y recuerdo lo del *Lavi* en París, que, extraviado y hambriento, á todos los transeuntes les preguntaba por un sitio donde comer.

—*Comprend pas*— obtenía por única respuesta el celeberrimo torero.

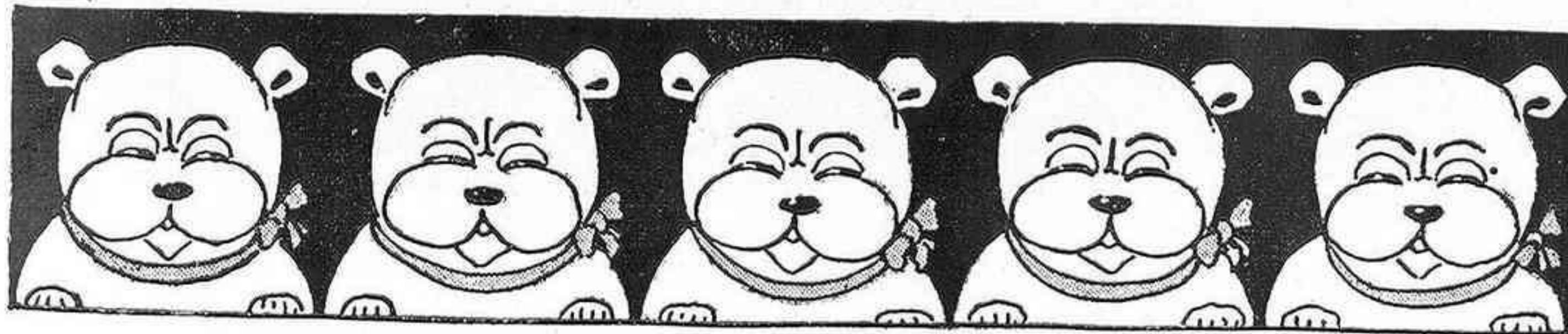
En esto vió venir á un caballero embozado en su capa (los españoles llevaban entonces la capita á París), y lleno de alegría al encontrarse con un compatriota que le sacase del apuro, acercóse á él y le espetó la siguiente andanada:

—¿Chana su men de osté, compae, onde se jama por aquí, que terelo una carpanta de merar en buten?

—*Comprend pas*— replicó el español.

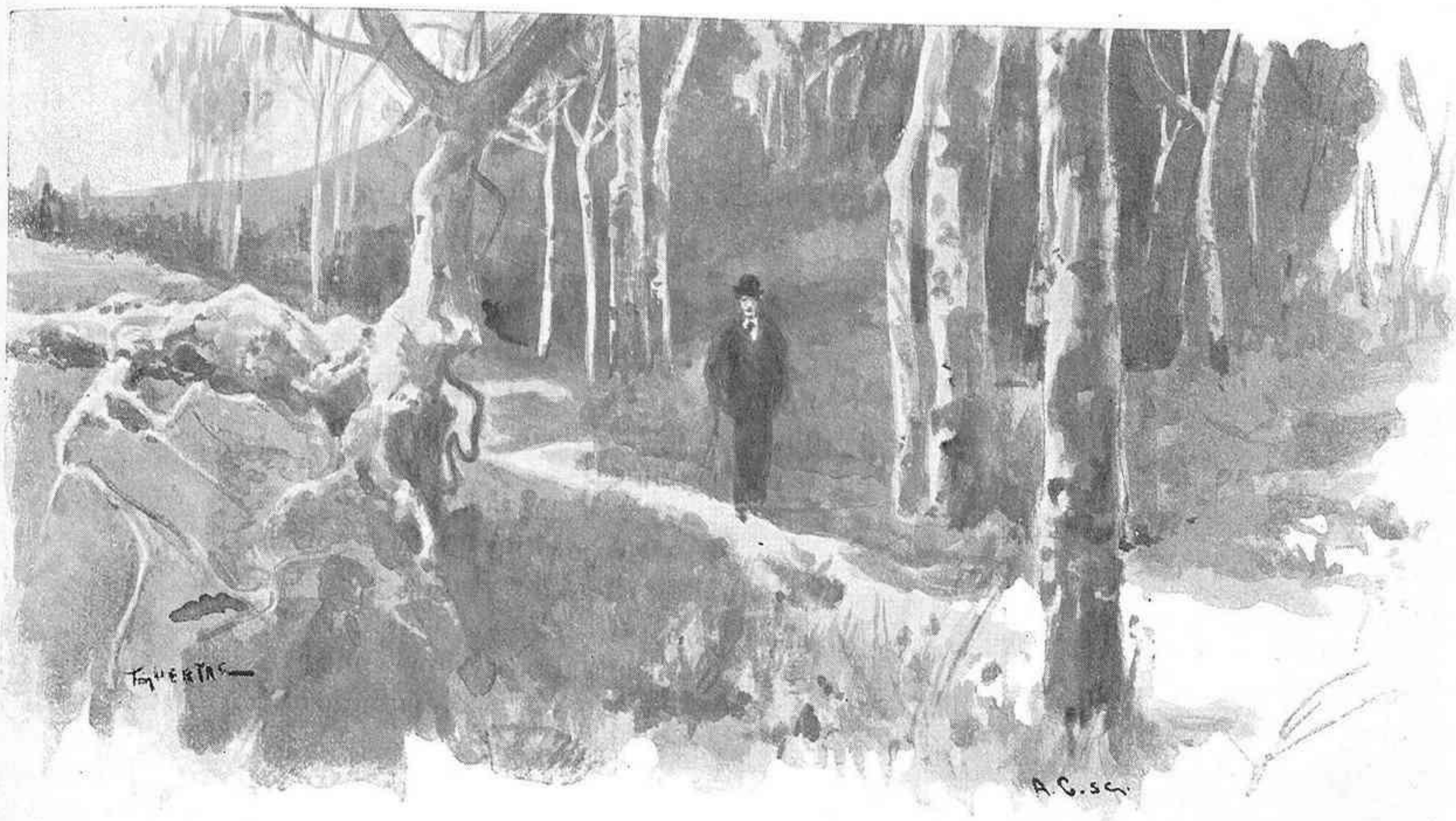
Y siguió su camino.

JOSÉ DE LASERNA.





NO SE PASA.
Cuadro de Grollerón.



EL GRAN AHASVERUS.

ACABABA de leer el desconsolador libro de Schopenhauer *Parerga y Paralipomena*; las amargas conclusiones del filósofo alemán habían llegado á mi espíritu como rayos de luz—perdonad la antítesis—negros y fríos.

Una somnolencia vaga invadió todo mi sér.

En el quimérico ensueño que siguió al innarrable sopor, me vi humilde peregrino extraviado en un bosque frondoso, poblado de árboles milenarios que en la altura entretejían su ramaje; por los intersticios de la hojarasca filtrábase la luz solar, que daba al interior de la bóveda una claridad verdosa, y se recortaba en el suelo como caprichoso encaje.

Ni un rumor, ni un canto, ni un susurro vibraba en el ambiente: todo sumido en silencio solemne: el bosque parecía una tumba.

Caminaba yo al azar por un sendero angosto, flanqueado por troncos seculares; á su conclusión abríase una plazoleta. En su centro se alzaba enhiesto un pedrusco como de unos tres metros de alto, y que un arqueólogo calificaría de *menhir* auténtico.

Despierta mi curiosidad por tan inesperado ha-

llazgo, acerquéme al prehistórico monumento, y hube de quedar doblemente sorprendido al ver que en una de sus caras aparecía una inscripción latina: era indudable que sobre aquel menhir, siglos más tarde, alguien había esculpido la leyenda.

Borrosos los caracteres de su escritura, á duras penas pude reconstituirla en la siguiente forma:

AHASVERUS.

*En esta piedra, menos duradera que su vida,
da testimonio de su eterno viaje por el mundo.*

¡Caminante, compadécete de él!

Va en pos de lo que jamás ha de encontrar: LA FELICIDAD.

AÑO.....

La fecha, ilegible.

Confieso que la lectura de la inscripción me dejó estupefacto.

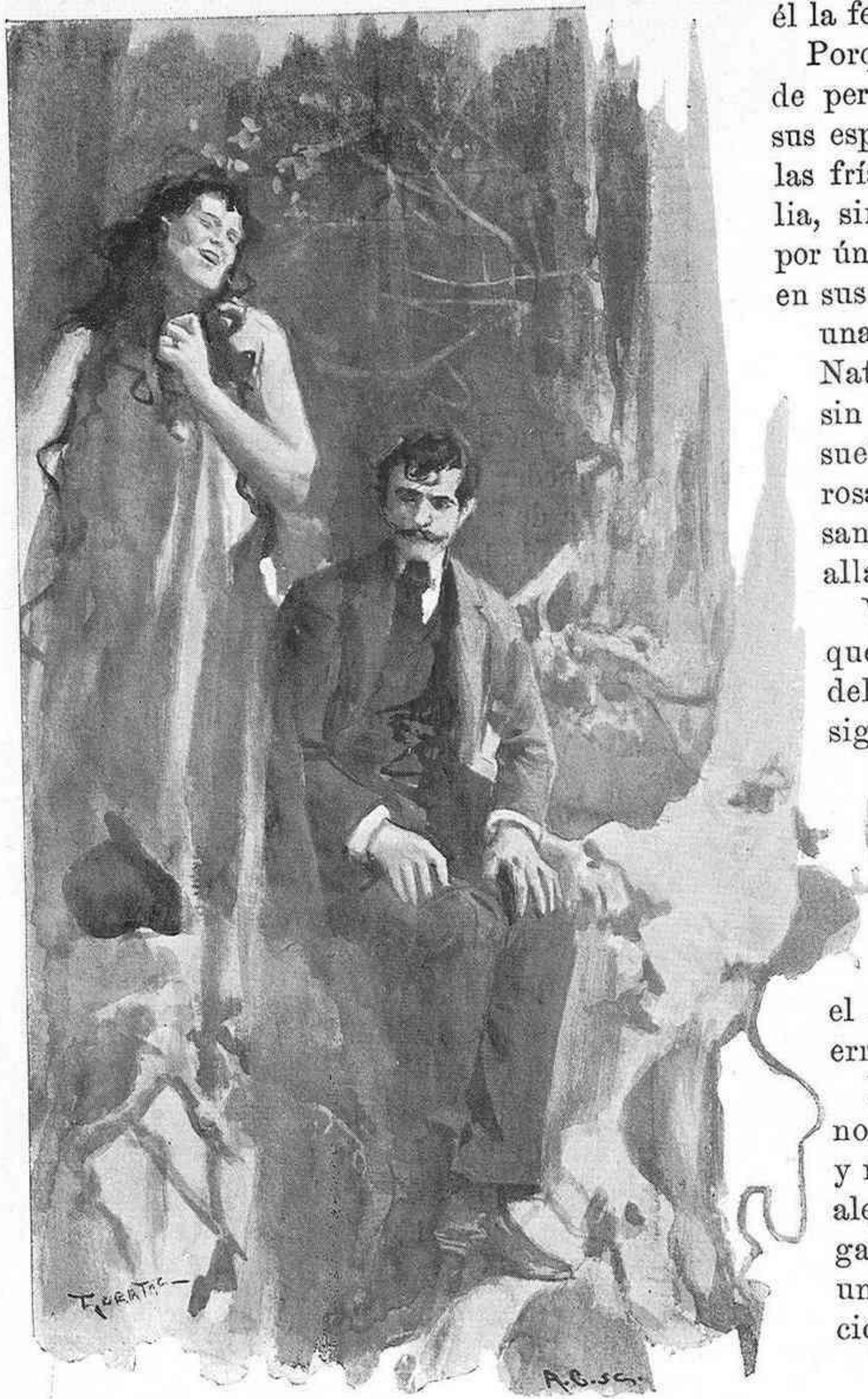
¡Ahasverus!.....

Su nombre me traía á la memoria la leyenda, forjada en los primeros siglos del cristianismo, acerca del zapatero hierosolimitano, del *Judío errante*, castigado por la Divinidad á recorrer la tierra sin detenerse en parte alguna hasta la consumación de los siglos.



¿Sería el Ahasverus del menhir el popular y legendario que denunció á Herodes el nacimiento del Mesías, negándose treinta y tantos años más tarde á que el Divino Mártir entrara á descansar en su tienda cuando, acongojado y sudoroso por el peso de la cruz, iba camino del Calvario?

¿Sería el mismo Ahasverus?..... ¿El que por su corazón seco y duro se ve desde aquel día empujado por una fuerza sobrenatural á cumplir el mandato divino, recorriendo todos los ámbitos terrestres, sin sosegar en ninguno, sin que en su rostro sombrío se dibuje una sonrisa, sin poder hablar otra lengua que la judaica, sin disponer de más caudal para sus necesidades que cinco sueldos, ni uno más ni uno menos, cuya reducida su-



ma, al ser gastada, vuelve á encontrarse completa en el fondo de su bolsa miserable?

Testimonios irrecusables, al parecer, de personas de gran crédito en los pasados tiempos, confirman la existencia del eterno caminante, y nos le pintan seco, con luengas barbas, con cara de supremo aburrimento, andrajoso, apoyándose en un fuerte cayado, deslizándose triste y azorado por las más apartadas selvas y caminos, recorriéndolos solo, como mendigo execrable sobre el que pesa la maldición del cielo.

¿Y por qué ha de ser un mito la existencia de este hombre, el más infortunado que ha nacido de madre, el que siempre verá la salida y la puesta de sol, sin que jamás pueda hallar en el intervalo de uno á otro crepúsculo el descanso eterno, para él la felicidad suprema?.....

Porque habéis de considerar el cansancio suyo de peregrinar, siglo tras siglo, recibiendo sobre sus espaldas los ardorosos rayos solares del estío, las frías nieves del invierno, sin hogar, sin familia, sin poder comunicarse con nadie, llevando por único compañero su propio remordimiento, y en sus ojos el abrumador cansancio de haber visto una y mil veces los mismos espectáculos de la Naturaleza, para él desprovistos de encantos, sin nada que le atraiga, ni le retenga, ni le consuele; sin una voz amiga, sin una mano generosa, sin una esperanza, repercutiendo incessantemente en sus oídos el aterrador: «¡Más allá!»

Viajero ruin y maldito, gusarapo humano que rueda silencioso y obscuro por la corteza del planeta un día y otro día, un siglo y otro siglo, una eternidad y otra eternidad, en castigo á su cruel desamor hacia el Justo.

¡No! Dios, en su infinita bondad, no ha podido decretar tan bárbaro tormento.

Todo esto es una fantasía popular.

Esto decía yo contemplando el menhir cada vez con mayor curiosidad, porque si el Ahasverus de la inscripción no era el Judío errante, ¿quién podría ser?.....

Dí tormento á mi memoria, recordé cuantos nombres conocía de príncipes, guerreros, sabios y mártires, é intrigado en descifrar el enigma, alejéme unos cuantos pasos del monumento megalítico, y sentándome en el derruido tronco de un árbol, quedéme extático en su contemplación.

Y así hubiera pasado, Dios sabe el tiempo, á

no sentir que en mi hombro se posaba una mano tan blanca que parecía formada de copos de nieve.

Volvíme azorado, y mi estupefacción fué inenarrable al ver ante mí á una hermosísima joven, cuyo rostro de azucena irradiaba extraña claridad: amplia túnica azul se ceñía á su cuerpo.

Con voz acariciadora me dijo:

—En el escaso archivo de tus recuerdos no encontrarás lo que buscas.

—¿Cómo adivinas mi pensamiento?.....

—¿No ves que soy una hada, y para éstas nada hay oculto?.....

Dijo en són de dulce reproche, y sentándose en el mismo tronco del árbol en donde yo estaba, y mirándome fijamente con sus ojos de esmeralda, continuó:

—El Ahasverus á que se refiere ese monumento que tanto te preocupa, no es el que tú te imaginas, ni tiene ninguna relación con el de la leyenda cristiana, aunque, fuerza es confesarlo, en el fondo se parezcan.

Ni tú ni mortal alguno conoce su existencia,

porque este Ahasverus también es un sér legendario: fué un filósofo, floreció en la antigüedad más remota; ya ves si sería remota, que los mortales se creían felices con sólo disfrutar de un rayo de sol, porque en aquel entonces sus almas simplicísimas se acercaban á todas las venturas, gozándolas intensamente, sin que les amargase la dulzura de vivir, la duda que bien pronto llegó á envenenar todos los goces posibles en la tierra.

Este Ahasverus, como te digo, fué el primer filósofo que tuvo la humanidad, el primer hombre que se sintió mordido por el recelo de que la verdadera dicha no era la que tan pródigamente saboreaban sus conciudadanos.

Y ante el pueblo reunido, declamó en contra de las humanas felicidades, negando que éstas pudieran existir en realidad.

Aquel hombre sembró la cizaña entre la mies y acibaró el pan de ventura que gustaba el prójimo.

Desde aquel entonces ningún mortal es dichoso en absoluto, porque aunque pone todos los medios



para serlo, sus ansias inacabables, sus recelos y sus pasiones le alejan del ideal soñado.

La Divinidad castigó al gran perturbador á vivir siempre, por los siglos de los siglos, buscando lo que tan vilmente había calumniado, y que era el más preciado dón de la existencia: la felicidad pura y absoluta, y por lo tanto la mayor alegría.

Y día por día, el gran Ahasverus recorre, como su homónimo, la tierra, y en los mármoles de los palacios, en los troncos de las cabañas y en las piedras que halla en las encrucijadas de los caminos, en los claros de los bosques y en lo alto de las montañas, en todos los sitios esculpe esas frases, que son lamento, súplica, triste convicción de la inutilidad de sus esfuerzos; también es Judío errante que viaja solo, mísero y azorado, que soporta el duro anatema, que busca la felicidad, y padeciendo de continuo extraños espejismos, cree que la encuentra, y cuando confía en su posesión, que podrá descansar, que el término de su tormentoso viaje es llegado, que disfrutará absoluto bienestar, la felicidad huye de él como mariposa que se burla de la persecución de los muchachos. Y

vuelve y torna en su busca, y prosigue su camino receloso y angustiado, con el pecho rebosante de cruel desilusión; en torno suyo, las flores se truecan en ortigas que le punzan y desazonan. Y cada día más tristón y malhumorado, más descreído y rabioso, hace constar por donde pasa su loca peregrinación, su impotencia para hallar la felicidad. ¿Sabes ya quién es Ahasverus?.....

Y el acento de la hada tenía no sé qué de irónico.

—Sí, sí—afirmé anonadado.—¿Sé quién es!.....

Pero no se llama Ahasverus.

—¿Pues cómo se llama?.....—me preguntó burlesonamente la hada.

—¡Humanidad!

Con aire de triunfo alcé mi vista para ver en las esmeraldas de sus ojos el efecto que mi aseveración le causaba; pero la mujer de las manos de nieve había desaparecido, y yo me encontraba sentado en el diván de mi despacho.

A mis pies, caído, veíase el libro de Schopenhauer.

ALEJANDRO LARRUBIERA.



I.

¡Qué sequita está la tierra,
Falta de agua y de rocío;
Qué seco mi corazón
Al faltarle tu cariño!

II.

Nunca me podrás querer,
Que es tu corazón muy chico
Para un cariño tan grande
Como el que yo necesito.



III.

¡Qué trabajo me costó
El aprender á olvidar,
Cuando á quererte aprendí
Con tanta facilidad!

IV.

¡Quién dijera á ese arbolillo
Que me vió llorar por ti,
Que á su sombra me tendría
Para verme tan feliz!

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.





MAMÁÍTA.
Cuadro de Luis Nono.





NOCHE DE ESTRELLAS.

De los astros el fulgor
Copia el lago de turquesa.
La Musa, henchida de amor,
Mi pálida frente besa.

Amiga tan pura y fiel,
Con sonrisa enamorada,
Me brinda el cáliz de miel
De mi juventud pasada.

Y se anima y se colora
La edad en que yo bebía
Las lágrimas de la aurora
En la flor de la poesía;

Tiempo en que amé con locura
Á una niña dulce y buena:
¡Era una blanca hermosura
Hermana de la azucena!

Sobre el prado — que fingía
Mar de vistosos colores —
Á mi amada yo ofrecía
Rubios panales y flores.

Y recitábale bellos
Cantos de insignes poetas,
Y enlazaba á sus cabellos
Amapolas y violetas.

En estos gratos lugares
Que iluminó su mirada,
Y en que alzó tiernos cantares
Su labio, rosa mojada;

En esta misma espesura,
De la luna á los reflejos,
Me dió, lleno de dulzura,
Mi padre, sanos consejos:

Consejos que, en la esperanza
Y en la bondad inspirados,
Vierto aquí para enseñanza
De mis hijos adorados:

— Lucha contra la mentira,
Aunque su dardo te hiera:
Sé como el héroe que expira
Aclamando su bandera.

Tu nombre puede alcanzar
La bendición de la gente,
Si eres grande como el mar
Y humilde como la fuente.

Ama á la Naturaleza:
Sus delicias y esplendores,
Disipan toda tristeza
Y consuelan los dolores.

Odia al juego: la baraja
Suele, por arte infernal,
Cambiar en fiera navaja,
En revólver ó en puñal.

Dignas frases generosas
Vibren tus labios prudentes;
No aquellas más ponzoñosas
Que víboras y serpientes.

El gobernar es sufrir;
Dichas te dará el saber:
Más seguro es recurrir
Á la ciencia que al poder.

Á la amistad bien probada
Visítala cada día:
La senda no frecuentada
Maleza y espinos cría.

Los envidiosos podrán
Al bueno en la sombra hundir;
Pero las nubes se van,
Y el astro vuelve á lucir.

En el trabajo y sus hondas
Fatigas templa tu brío,
Como Aquiles en las ondas
Del maravilloso río.

Realiza un hecho brillante,
Practica una hermosa acción,
Y oirás un eco triunfante
Dentro de tu corazón.

En las horas angustiosas
Piensa en tu madre querida:
La cruz ornada de rosas
Es símbolo de la vida.

Sé con el pobre, indulgente;
Huye del amigo infiel,
Y venera toda frente
Coronada de laurel.—

¡Mi padre, el corazón noble
Que me educó de tal suerte,

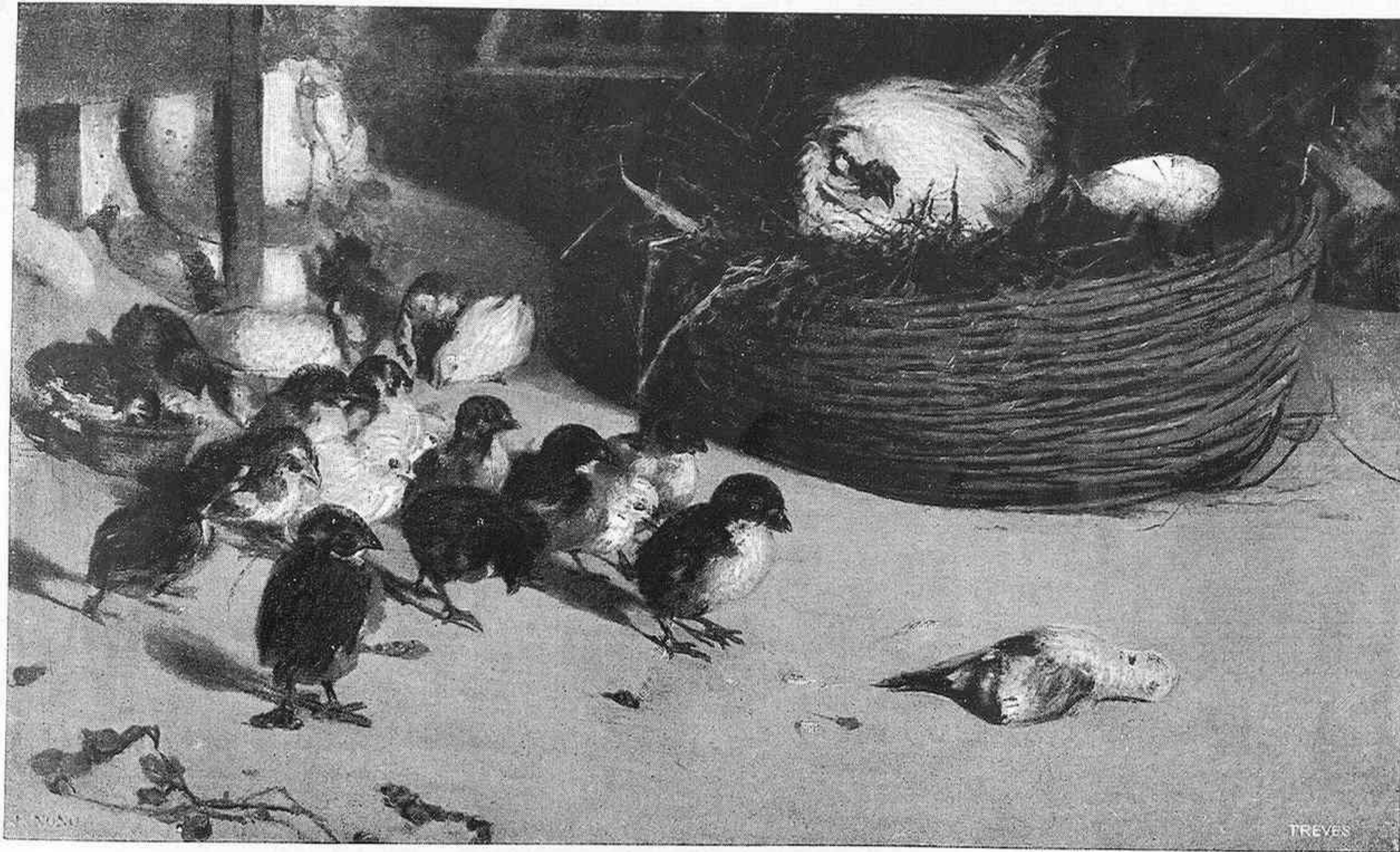
Cayó, como herido roble,
Al hachazo de la muerte!

¡Y aquella niña tan buena,
Más tarde mi tierna esposa,
Como tronchada azucena
Rodó á la insondable fosa!

Sus almas resplandecientes,
Destacándose en el coro
De las estrellas lucientes,
Miro al través de mi lloro...

Luego, envuelta en esplendor,
La Musa eleva su canto,
Y con maternal amor
Enjuga mi triste llanto.

MANUEL REINA.



LA MUERTE DEL POLLUELO.

Cuadro de Luis Nono.

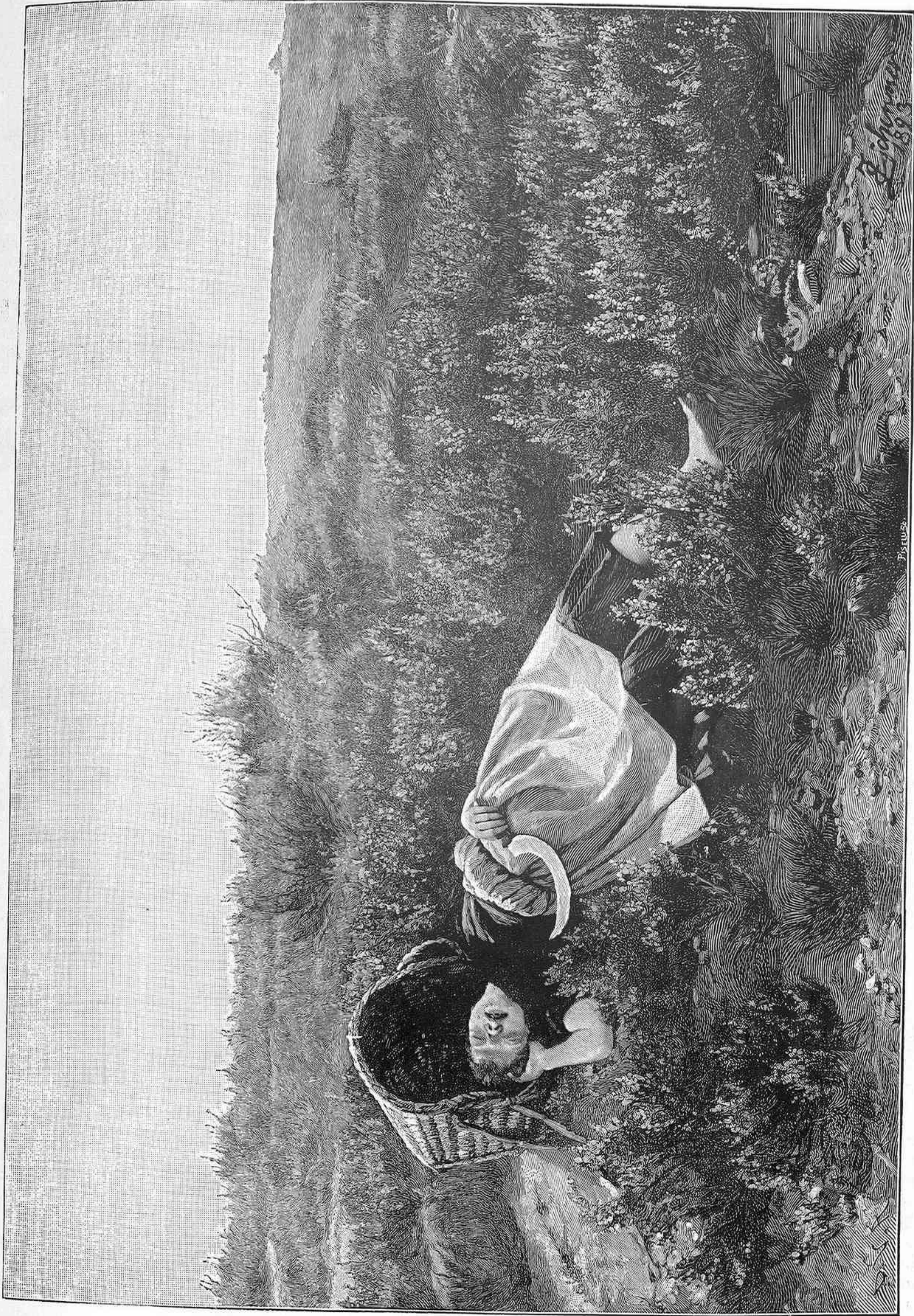




DÚO EXPRESIVO.

Cuadro de V. Schivert.





LA SIESTA.
Cuadro de Heider'schen.

ATENEO DE
BIBLIOTECA
MADRID



LA DANZA DEL MOSTO.

En el lagar donde se exprime el mosto,
 Bajo velo el pudor, y la figura
 Desnuda y recia como bronce antiguo,
 Un ágil mozo pisa diligente
 Noble montón de virginales uvas.
 Tosca sandalia de punzante esparto
 Ciñe su pie de músculos de acero,
 Hinchá su pecho la onda de la vida,
 Y su frente enguirnaldada una diadema
 De entretejidas pámpanas, que flotan

Á cada són del ritmo de su baile.
 Danza sobre pecosas *marbellies*
 Pulverizadas de rubí; de *largas*
 Parecidas al hueso de los dátiles;
 De *mollares* sabrosas; de *cabrieles*;
 De *doradillas* como el oro viejo;
 De *lairenes* ubérrimas y duras;
 De las dignas de un dios, *perojiménez*,
 Como gotas de arropo; de *parrales*
 No bien teñidas de matiz purpúreo,
 Y de *negras* que puras azulean.
 Fuerte del mozo la danzante estatua,
 Recibe por los claros de las hojas
 De enredadera azul, toques radiantes
 De vivo sol, que oscilan y se mueven
 Cual jaspeado espléndido de oro;

Y el chaparrón de luz que el cuerpo dora,
De un fantástico velo lo recubre,
Que brilla y tiembla sobre el bronce humano.
Del lagar trepidante sale el jugo
En grueso chorro que en el aire tiende
Su arco gentil, metiéndose en el cántaro,
Y en derredor revuelan las abejas,
Las moscas de brillante pedrería,
Los cínifes de luz y los insectos
De larguísima forma, á la que mueven
Dos pares rapidísimos de alas;
Todos buscan el dejo azucarado
Del lagar donde pisanse las uvas,
Y hartos ya los volátiles de mosto,
Se alejan describiendo en el ambiente
Una marcha indecisa de borracho.
El pisador, de miembros armoniosos
Y recio empuje, su incansable giro
Desarrolla con ágil movimiento;
Y al inundarse de sudor, rutila
En él la luz, y huele, entre la flama,
Su saludable cuerpo á pan caliente.
La proporción y gracia de sus líneas
La del Atleta vencedor supera,
También la del forzudo Apoxiomenos:
Sólo el Apolo del altar de Zeus,
Ó el torso audaz que cinceló Apolónio
En su hércules magnífico, logran
Igualar la suprema maestría
De la forma del rústico danzante;
¡Que pudiera su clásica escultura
Eclipsar la del mismo Doriforo
Del sabio y armonioso Policleto!
Á cada vuelta del ligero baile
Más crece el chorro del gustoso jugo,
Y no bien se desgranán los racimos
Bajo los pies del pisador valiente,
Nuevos capachos de distintas uvas
Van á vaciarse en el lagar no lleno.
Allí el *rómen* revuelve sus collares
Con los collares de las *lojas* gratas;
Las *casin* y soberbias *tetaburra*
Se entrelazan en noble competencia;
Hay desafíos de color y forma
Entre el bello matiz de las *jaqueles*

Y las *de rey*, de stirpe soberana;
Y se entablan torneos de hermosura
Entre las frescas *de cabrito* enormes
Y las gratas traslúcidas *jaenes*.
Jerarquías y clases, procedencias,
Y orígenes distintos, y blasones,
Todo lo pisa la brutal sandalia
De cuyo esparto corre el hilo dulce.
Los racimos se estrujan, los rosarios
De frutos diferentes, se desgranán;
Deshácese las túnicas de oro
Y de vario color; salpica el jugo
Los muros del lagar prieto y colmado;
Y parece que al paso de la danza
Brotó el raudal de la estallante vida,
Mientras Baco sonrío medio oculto
Detrás del tronco de lasciva parra.
De todo, de los árboles, del tallo
Fronroso de las cepas, de las flores,
Del cielo mismo, de la tierra toda,
Brotar parece una lujuria santa
Que es la savia inmortal de cuanto vive.
Gallinas y prismáticas palomas,
Junto al lagar, ansiosas picotean
La uva que salta de la pisa alegre;
Y cada vez que un fruto cruza el aire,
La bandada veloz se precipita
Con los picos tendidos y las alas
La baraja entreabriendo de sus plumas,
Que, á la luz esmaltadas de colores,
Son cópula feliz de la retina
Que con sus mil matices se desposa.
Un pavo real, sobre la tapia vieja
Que limita el lagar, abre orgulloso
El gigante abanico de su cola
Fondo poniendo al bailador errante;
Y entonces, sobre el velo de cien rosas
De la pantalla espléndida de plumas,
Como un vivo y gentil bajorrelieve
El hombre baila su forzudo ritmo.
La cola de mil ojos irisados
Puesta detrás del hércules que danza,
Parece los mil ojos de la vida
Que miran extasiados la belleza.....

SALVADOR RUEDA.





LOS DOSCIENTOS CABOS DE CUBA.

ENTRE los últimos repatriados llegó á Villamor el comandante Ronda, que había salido de Cádiz doce años antes, de sargento de cazadores, tras de otros cinco que sirvió en su batallón, desde que abandonó su aldea para servir al Rey.

Ginio Ronda, como le llamaban de chico en Villamor sus compañeros de escuela, dejó fama de atrevido y de despreocupado entre ellos, como diestro cazador de alimañas en el monte, de pájaros en el campo, de frutas en los huertos y de corazones entre las muchachas; como insurrecto contra el maestro, el cura y el alguacil, y como jefe, siempre victorioso, del bando de mozalbetes de su pueblo contra los de las aldeas inmediatas, á los que tenía á raya y amedrentaba á pedradas y á palos.

Cuando la quinta se lo llevó, respiraron satisfechos, desde los zorros y cernícalos de la sierra, hasta los mozos y mozas del llano.

Su carácter y su habilidad de instructor y de tirador le valieron muy pronto los galones de oro en el batallón. Marchó á Cuba, donde anduvo siempre de guerrilla y en la vanguardia, recorriendo la manigua y la trocha, y las orillas de los ríos, y los despoblados en compañía de unos cuantos bravos, y con la misma confianza y despreocupación que si estuviera en los montes de su aldea. Allí contempló absorto cómo la muerte lo aniquilaba todo, y cómo á todos perseguía menos á él. La vista de tanta miseria anubló su corazón y su espíritu; renegó de lo poco en que creía, y buscan-

do ansioso la disipación, la burla, el placer y la muerte, se metió á ojos cerrados en los mayores peligros y corrió las más horripilantes aventuras. Sólo de tarde en tarde, una pasajera llamarada de consuelo alumbraba á su alma. Ocurría esto cuando el correo le llevaba alguna carta de su madre, una viejecita de setenta años que le escribía como se escribe á un estudiante, contándole todo lo que ocurría en Villamor, donde nunca ocurrió nada, y rogándole que fuera hombre de bien y que volviera pronto. Ginio le contestaba cualquiera cosa y le mandaba siempre un abrazo y una libranza de 50 ó de 100 duros. Con el tiempo, las cartas de su madre aumentaron las negruras de su pecho: participábale que había muerto su padre, y más tarde su hermano, labrador en la casa, y más tarde sus hermanas, dejando un reguero de hijos. La pobre tía Ronda, como la denominaban en la aldea, se había quedado sola, al frente de todo, casi, casi rayando en los ochenta años. Para entonces, tanta bravura, empleada en innumerables temeridades, había elevado á Ginio al empleo de comandante, con más cruces que un calvario.

La guerra se acabó, y con ella las pocas ilusiones que á Ginio le quedaban en los senos más recónditos del alma. Pensó en arrancarse los galones y las estrellas y en olvidarse de que era español, y proyectó el internarse en la América del Sur y vivir con los indios más bravos, rompiendo de hecho con el mundo, con sus recuerdos y con el porvenir, reducido para él á morir como un perro salvaje en la soledad, sin esperanza alguna en el



FRUTAS Y LEGUMBRES

Cuadro de Luis Nono.



cielo ni en la tierra. Pero el recuerdo de su madre, de la viejecita de su casa, le asaltaba en sus horas de insomnio, y la veía sonriente, con los ojillos clavados en los suyos y con los brazos abiertos, llamándole con frases de sencilla ternura. El comandante Ronda, que no se había conmovido jamás, temblaba como un niño cuando allá, en medio de la soledad y silencio de la noche, sentía la voz de su madre; porque, en efecto, él juraba y perjuraba que la sentía.

Y se vino á España, y se entró en Villamor, y se abrazó á su madre, teniéndola oprimida contra su corazón y sentada sobre sus rodillas, como se tiene á un sér superior é idolatrado, horas y horas enteras, mientras que ella le regañaba con amargura porque había tardado tanto.

—Pero, en fin, gracias á Dios—dijo la anciana,—ya te tengo otra vez conmigo, hijo mío.

El comandante se echó á reír, y poniéndose después muy serio, repuso:

—¡Qué Dios ni qué cuerno! No hay Dios, madre, porque si lo hubiera no consentiría que ocurrieran las miserias que ocurren y que yo he visto; ¡no hay Dios, ni hay cielo, ni Virgen, ni religión, ni infierno, ni diablos, ni otro mundo, ni nada! Créalo usted, madre.

La tía Ronda se rió entonces con más estrépito que su hijo, y cogiéndole de las manos y mirándole fijamente cara á cara, exclamó:

—¡Qué pobre chiquito! Tú ahora, después de andar veinte años por el mundo, sabes mucho menos que cuando saliste de la escuela! ¡Qué gracioso! ¡qué gracioso! Que no hay Dios; pues ¿quién te ha devuelto á mi lado? Que no hay Virgen; pues ¿quién ha cuidado de ti y de mí en tanto tiempo?

—No chochee usted, madre—añadió Ginio,—yo reñí con Dios cuando creía que lo había, hace mucho tiempo, é hice todo lo contrario de lo que manda que no se haga, y desafié sus iras buscando la desgracia y la muerte, y nada me ocurrió; y volví á renegar mil veces de él al ver los horrores que tantos inocentes é infelices sufrían; y di rienda suelta á mi mala vida de guerrillero, y me convencí que no había semejante Dios, ni cosa parecida. De la Virgen, que adoran ustedes tanto las mujeres, no me acordé jamás.

—Déjame, criatura, ó comandante, ó lo que seas; déjame, mocososo—respondió la anciana,—que siga riéndome del poco pesquis que tienes, y oye. ¡Qué importa que tú no te hayas acordado de

Dios ni de su Madre, y que hayas sido más malo que Caín, si tenías un abogado que sin cesar les estaba pidiendo misericordia, salud y favor para ti!

—¿Quién era ese abogado?

—Yo; y ahora vas á ver la prueba. Ven conmigo.

La tía Ronda cogió por la mano á su hijo, se dirigió á la salita de la casa, sacó una llave del bolsillo y, entregándosela, le dijo:

—Abre el cajón de esta cómoda.

Ginio obedeció, y vió que el cajón estaba casi repleto de cabos de vela.

—Sácalos y cuéntalos—añadió la anciana.

El comandante, tomándolo á broma, fué poniendo en filas los cabos sobre la cómoda mientras los iba contando.

—Ciento cincuenta—dijo un tanto molestando con la operación;—y con estos que faltan para completar cuatro filas, habrá unos doscientos. ¿Y qué, madre?

—Pues nada, que como cada vela duraba seis días, son unos cuatro años lo que ha estado encendida la luz.

—¿En dónde?

—Ven conmigo—contestó su madre.

Y le llevó á una alcoba, donde, en la pared, había un crucifijo, y debajo de él un cuadro con la imagen de la Soledad, y delante un candelero viejo de bronce, con una vela apagada á medio gastar.

—Mientras tú no te acordabas de Dios ni del cielo, tu madre rezaba aquí, ante ese Cristo y ante esa Virgen, compañera de mi soledad, pidiéndoles de día y de noche que te conservaran sano y salvo, y te devolvieran á tu tierra y á tu madre. Las oraciones y súplicas de los buenos llegan al cielo, y son oídas y atendidas. Tu madre ha sido siempre buena y ha orado y ha pedido por ti, y te ha librado de todo mal. Tú desafiabas á Dios, y yo pedía misericordia para ti. Merecías haber muerto cien veces, y estás en tu casa sano y salvo. ¿Hay Dios ó no hay Dios, señor comandante? ¡Desgraciados los que andan por el mundo y no tienen quien pida por ellos! Siempre ha ardido la luz de la fe en esas velas puestas delante de mi altar de la alcoba. Gracias á ti, he alumbrado á Dios y á la Virgen durante cuatro años.

—¿Gracias á mí?—dijo Ronda sorprendido.

—Sí, gracias á ti—repuso su madre,—porque si tú no me hubieras mandado dinero, ¿con qué

hubiera yo podido comprar las velas, pobre de mí? Esos cabos son cabos de Cuba: cada cual sirve á su modo, y esos cabos han servido para alumbrar á Dios. ¿Comprendes ahora cómo había un ángel de la Guarda que velaba por ti, y que te ha salvado, á pesar de ser tan malo como tú dices que has sido?

El comandante no contestó una palabra. Se abrazó á su madre, y, por primera vez después de

veinte años, sintió, sin avergonzarse, que se le humedecían los ojos.

Pidió su retiro y se encerró en Villamor. Desde que murió su madre no dejó nunca de encender sobre su sepultura la vela amarilla del fúnebre recuerdo. Al recoger los cabos repetía:

—Para el cajón donde están los doscientos de Cuba, que me salvaron el cuerpo y me resucitaron el alma.

RICARDO BECERRO DE BENGUA.



LA DESPEDIDA.

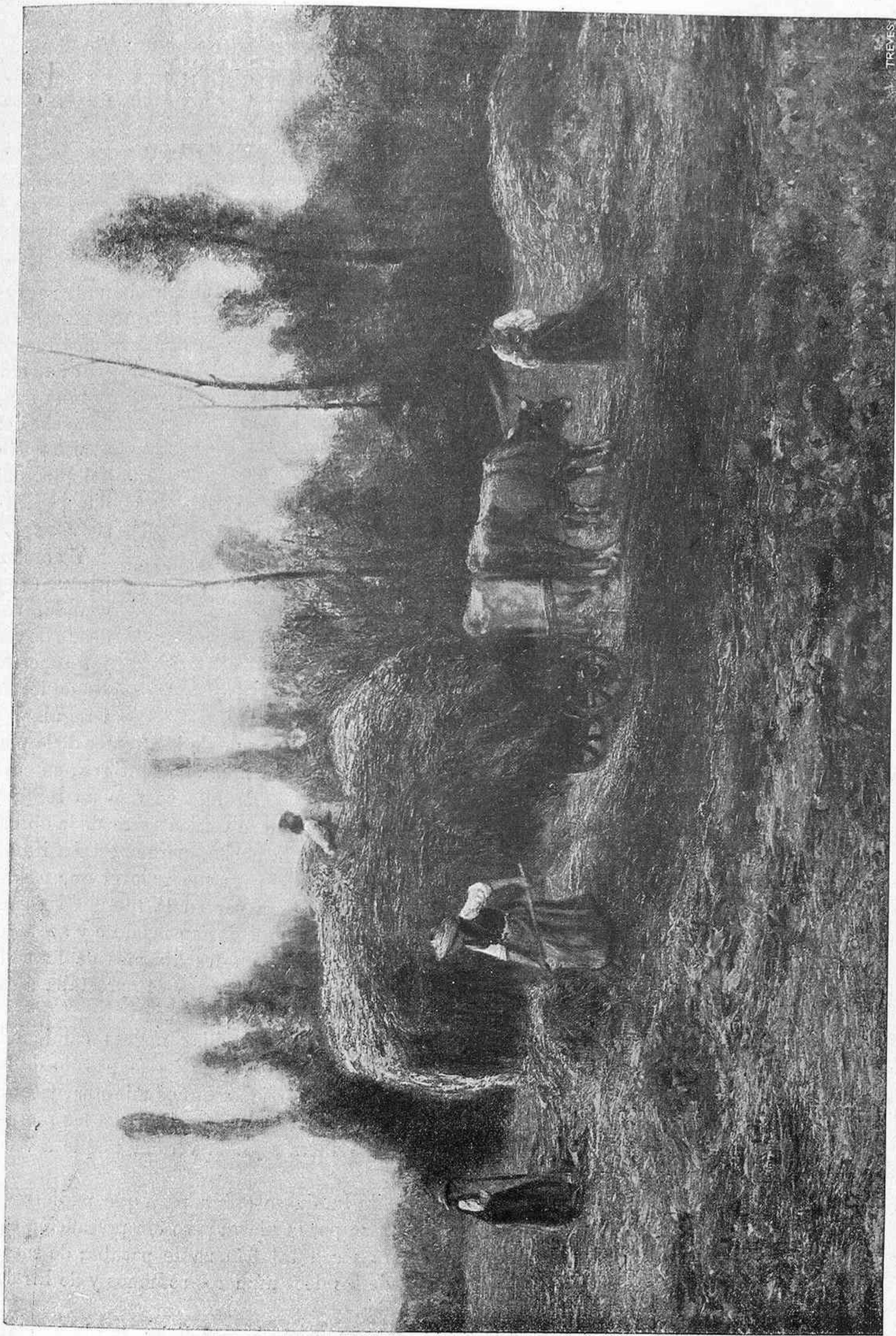
Cuadro de Alonso Pérez.





CASTELLANO VIEJO.

Cuadro de Joaquín Sorolla.



RECOLECCIÓN DE HENO.

Cuadro de Guillermo Ciardi.



UNA NOCHE MUY LARGA.

Cuento de fin de año

ERA una noche muy negra;
¿por qué fué muy larga? Ya
lo explicaremos luego.

Por el pronto, era
muy negra y muy fría.

La noche del
último día
del año, del
31 de Di-
ciembre.

Y era una
plaza muy
grande, ro-
deada de vie-
jos soporta-
les de forma
irregular; y

en uno de los frentes de la pla-
za, una torre antigua, en cuya
parte alta se veía un reloj; y
decimos que se veía, á pesar de la obscu-
ridad de la noche, porque estaba ilumi-
nado interiormente, para que todo el que pasase
por la plaza pudiera ver en la luminosa esfera
que antes de una hora darían las doce y acabaría
un año que rodaría en los abismos de la nada
para ser sustituido por otro año que se aprestaba á sa-
lir de los limbos de lo futuro.

Allí estaban las dos manecillas negras caminando
sobre el círculo de luz. El horario había pasado de las
once; el minuterio había recorrido algunos minutos, y cami-
naban ambas agujas desiguales como si fueran las piernas
del tiempo y el tiempo fuera cojo: la verdad es que á veces
el tiempo no anda bien.

Decíamos que estaba la luminosa esfera para que pudiera ver
la hora todo el que cruzase por la plaza; pero era precaución casi
inútil, porque á tal hora y con tal frío nadie pasaba; de suerte
que á la esfera de luz, de los doce números romanos y de las dos
agujas negras, nadie miraba.

No miraba la gente, porque, como hemos dicho, la plaza estaba
desierta; no miraban las estrellas, porque el cielo estaba entoldado;



y además las estrellas, para saber la hora, no necesitan mirar á ningún reloj: el mejor reloj son ellas mismas; reloj inmenso con esfera negra, pero esmaltada de azul; reloj que no se descompone ó que no nos parece á nosotros que se descompone, aunque también tiene sus irregularidades seculares; sobre todo, reloj al cual no hay que darle cuerda, porque se la dieron no se sabe cuándo, y se ignora hasta cuándo durará.

Decíamos, lo hemos repetido varias veces, que nadie podía ver el reloj; y al decir esto exageramos, porque todo el que escribe tiende á exagerar.

Por la plaza venían un niño y una niña de la última clase social, de los míseros, de los abandonados, de los que no tienen padre ni madre, ni hogar.

Aparecieron de pronto en el arroyo sin que ellos supieran de dónde venían, y el mejor día desaparecerán sin que sepa nadie adónde se fueron.

¿Eran hermanos? Nadie lo pudo averiguar.

¿Eran dos átomos de la miseria, que por misteriosa atracción un día se unieron jugueteando en un rayo de sol, y luego siguieron unidos en la nieve, en el frío y en el hambre?

Esto sí se sabe; quiero decir, se sabe que siempre iban unidos.

Y cruzaron la plaza sin mirar al reloj; también para ellos el reloj era inútil. Decididamente aquella noche el reloj no servía para nadie.

Y los chicos seguían cruzando la plaza y reían sin que se sepa á punto fijo por qué.

Una risa entre sombras es más alegre y más luminosa que la esfera iluminada de un reloj en lo alto de una torre.

Y hablando en voz baja, y riendo con notitas argentinas, se metieron bajo un soportal de los que estaban enfrente de la torre.

En el fondo había una puerta bastante grande y bastante profunda, con un escalón de entrada de aristas redondas, y cortado en sus extremos para dar paso á las ruedas de algún carruaje. Parecía algo así como una puerta cochera; pero el escalón podía servir de almohada, almohada de granito: cuando hay mucho sueño es muy blanda.

Sobre aquel escalón se sentó el chico, y le dijo á la chiquilla con voz cariñosa, pero de mando, que el sexo fuerte desde chiquito se impone al sexo débil:

— Conque vas á la tahona, y allí esperas hasta que den las doce, que yo aquí te aguardo.

— Bueno — dijo la chiquilla; — allá voy y volveré.

Y se agarró á un mechón de pelos del chiquillo, le dió un tirón y escapó corriendo y riendo por entre las columnas del soportal, saliendo y entrando varias veces, como si las fuera trenzando con risas y alegrías; después se perdió en las sombras de la plaza.

El chiquillo se quedó solo y casi aburrido.

Por hacer algo se puso á mirar al reloj, porque en la masa inmensa de sombra, aquel círculo brillante era muy propio para atraer las miradas, y más las miradas de un niño, ni más ni menos que el resplandor de una luz atrae á las mariposas.

Eran dos estrellitas azules y brillantes los ojos del niño, que miraban el luminoso reloj de la torre sin saber por qué ni para qué.

Y así pasó algún tiempo: las agujas negras del reloj continuaban caminando con su eterna cojera. Por eso la pata larga siempre va más aprisa que la corta.

Y en esto, otro personaje entró en la plaza.

Parecía tener figura humana; pero esto no es muy seguro, porque entre las sombras sus contornos eran borrosos.

Caminaba con lentitud, pero con perfecta regularidad; dijérase que llevaba el compás del reloj, y para ser semejante á él en todo, hasta parecía tener una pierna más larga que la otra.

Era muy viejo. Su barba era blanca y larga; pero en su frente y en sus ojos hubiera brillado á la luz del día una eterna juventud: viejo y joven al mismo tiempo. Un joven que casi todo él ha envejecido de pronto, ó un viejo que empieza á rejuvenecer.

Su traje no era fácil definirlo: era irregular, flotante y revuelto; acaso una manta, que le caía por las espaldas: á veces parecía que era un viejo con alas; alas enormes y mal plegadas, como si á cada instante fuera á romper á volar.

Los pies descalzos: el uno blanco, casi sonrosado; el otro de color plomizo. Aquel viejo lo mismo era capaz de caminar con el pie ligero y juvenil de la esperanza que con pies de plomo.

Ni era simpático, ni era repulsivo, ó mejor dicho, era las dos cosas al mismo tiempo.

Y al decir al mismo tiempo acaso hemos dicho una gran verdad, y hemos nombrado al personaje sin querer nombrarlo.

Lo único repugnante en él era su boca, en que se dibujaba una sonrisa desdeñosa de viejo ma-



rrullero y escéptico. Y, sobre todo, su dentadura: su dentadura era horrible; qué fuerte, qué poderosa; sus dientes eran dientes de fiera, capaces de devorar hombres y piedras. No reían sus labios; la risa, por extraño que parezca, estaba en sus dientes, que parecían decir:—Yo lo devoro todo, yo todo lo he devorado, y nunca me canso; á pesar de mis años, conservo la dentadura de siempre: he triturado mucho; muchos siglos, muchas razas, muchos seres; ni el mismo Sol se libra de mis dentelladas, y concluiré por tragármelo.

Este sér fantástico, que un poeta hubiera comparado *al tiempo*, y que quién sabe si era *el tiempo mismo*, que al terminar el año salía á dar un paseo, cruzó por la plaza, se metió bajo el soportal y se detuvo mirando al niño, que sobre el viejo escalón de piedra se había quedado dormido como en blandísimo colchón de plumas.

El niño durmiendo; el viejo de las fantásticas alas, de la frente juvenil y de las poderosas mandíbulas y dentadura de tigre mirándole; y en lo alto de la torre el reloj mirando á uno y á otro.

El más indiferente de los tres era el niño.

Ni le preocupaba, ni sentía la mirada del viejo.

Éste sí parecía interesarse por el niño, como el tiempo parece interesarse por algunos seres mientras no llega el momento en que los devora.

¿Qué expresaba el viejo en su mirada? Vaya usted á averiguarlo: podía ser mirada de cariño, podía ser mirada de apetito. ¡El tiempo, con ser tan uniforme, es tan variable!.... Hay tiempos alegres, hay tiempos tristes. Tiempos que repiquean como castañuelas ó como risotadas de niños; tiempos lúgubres y sombríos, como campana que toca á fuego ó que toca á muerto; tiempos indiferentes é insustanciales, que casi se confunden con la nada.

El caso es que el viejo, que si no era el tiempo era su propia imagen, se inclinó hacia el niño, le tocó en el hombro y le pidió que le dejase sentar á su lado.

Al niño qué más le daba. Se retiró un poco, y le dejó sitio: á un niño el tiempo no le molesta, ni piensa en él.

Al cabo de un rato le preguntó el viejo cuántos años tenía. El niño se encogió de hombros.

—Anda, anda, qué sé yo.

—¿Pero al menos sabrás lo que es un año?— continuó preguntando el viejo, tomando aspecto de examinador.

El niño, después de meditarlo, le contestó:

—Un año es desde hoy hasta otro año.

Sin notar que cometía una grave falta, puesto que incluía al definido en la definición; pero el viejo no se preciaba de aristotélico, y se dió por satisfecho.

—¿Y tú sabes—siguió diciendo—lo que son los segundos y los minutos y las horas? ¿Y tú sabes lo que son los días?

El chiquillo se echó á reír.

—Eso de los segundos y los minutos no lo sé bien; pero he oído hablar de ellos; deben ser unas cosas muy pequeñas. Cuando me pongo la mano en el pecho siento dentro un tic-tac, y ese mismo tic-tac he oído muchas veces en el pecho de la María, cuando corre. Pues eso debe ser lo que usted dice.

El viejo quiso averiguar quién era María, pero no lo pudo conseguir. La María era la María, y de ahí no le sacaba al chiquillo.

Pero ya sobre las horas dió explicaciones más claras.

Sabía cuál era la hora de despertar porque la claridad del día era su despertador; y cuál era la hora de almorzar porque un albañil le daba algún mendrugo sobrante; y cuál era la hora de ir á paseo con su compañera; y cuál era la hora de dormir, que era cuando ya no pasaba nadie á quien pedir limosna por la plaza. Todas estas horas estaban perfectamente determinadas. Y el viejo, ó sea el tiempo, porque ya es cosa resuelta que aquel viejo era el tiempo en persona, se dió por satisfecho con las explicaciones del niño.

Y así, hablando, hablando, pasó el tiempo, y el niño sintió sueño, y el tiempo le cogió en sus brazos y se empeñó en que durmiese; pero el chiquillo sentía mucho frío, y el tiempo no podía hacerle entrar en calor, por más que le echaba encima sus dos alas, como si fueran las dos puntas de un mantón.

La verdad es que *el tiempo* no podía abrigar á la criatura, porque aquella noche *el tiempo* era muy frío, *tiempo* de nieve y de viento.

—La verdad es que el lenguaje tiene caprichos singulares—pensaba el viejo;—me confunden á mí, que soy el tiempo legítimo, el de las duraciones, el de las dos puntas infinitas, el de lo pasado y lo futuro, dos alas inmensas, con un cuerpo inapreciable, que es el presente, á mí, el sér de esencia más noble y más pura, el de la eternidad, en suma; me confunden, repito, con el tiempo vulgar de las estaciones, con el frío, con el calor, con la

ventisca, con la lluvia, con los vendavales; ¿qué tengo yo que ver con todo eso, ni cuando he arrastrado mis alas por el lodo? Todo eso es el tiempo de los hombres, y yo soy el tiempo de Dios.

Mientras el viejo pensaba en cosas sublimes, el

paró, y, por lo tanto, se paró el reloj de la torre.

Todo en suspenso, todo inmóvil, todo durmiendo; hasta se pararon los astros, que se preguntaban unos á otros con asombro:—Pero si el tiempo no corre, ¿qué vamos á hacer nosotros?



niño se quedó dormido, y al viejo, en cuyo seno dormía la infancia, le entró sueño también.

Ello fué que el tiempo se quedó dormido con el niño en brazos.

Y sucedió una cosa extraña: que el tiempo se

La consecuencia natural fué que *aquella noche duró mucho más de lo que en buena ley cronológica debía durar*. Fué una noche muy larga, y el tiempo se detuvo mientras el viejo y el niño dormían.

Para las dichas y las alegrías gran fortuna, porque parecía que la noche no iba á concluir nunca. Para los dolores y las desdichas, desgracia enorme, porque no pasaban, y parecía que iban á ser eternas.

Y entretanto el niño durmiendo, y durmiendo el viejo, y las agujas del reloj de la torre inmóviles.

En esto vino una niña corriendo por la plaza, con un enorme pan bajo el brazo.

Era que aquella noche, un panadero misericordioso, que también los hay, antes de dar las doce repartía panes á los niños pobres para que al empezar el año nuevo lo empezasen estrenando con sus diente-cillos una hogaza recién salida del horno.

La chiquilla se metió en el soportal y empezó á buscar entre la sombra á su compañero; pero no lo encontraba, porque estaba entre los brazos del tiempo, cubierto por sus alas, y, á manera de blanco cortinaje, por los mechones nevados de la barba enorme que hasta la cintura le caía de ordinario al anciano.

De pronto le vió, ó le adivinó, y empezó á dar gritos para despertarle.

—¡Despierta, holgazán!

Y el viejo y el niño despertaron, y el tiempo echó á andar otra vez, y siguieron su curso los astros, y tomaron carrera dolores y alegrías, y el reloj de la torre dió las doce.

Había terminado un año.

El tiempo se puso en pie, y señalando hacia la esfera luminosa, le preguntó al niño:

—¿Tú sabes lo que es aquello?

Pero el niño no le atendía, que había hincado el diente en el pan redondo y sabroso.

—Pues aquello—siguió diciendo el viejo—es un reloj.

—Para mí no hay más reloj que éste—dijo el chico señalando á la hogaza;—*éste sí que da la hora.*

Y seguía comiendo.

María no quiso ser menos, y clavó sus diente-cillos, que eran como minutos de marfil, en la redonda y tostada esfera.

El tiempo contempló á los niños con cierto cariño, escondió como pudo bajo el labio sus dientes voraces, y se despidió de los chiquillos diciéndoles:

—Seguid por ahora, que ya volveré por vosotros dentro de algún tiempo.

—¿Quiere usted pan?—le dijo el chiquillo.

Y él, asomando los dientes como muestra de apetito, le dijo al alejarse:

—Yo, como soy tan viejo, necesito comer mucho más; con ese pan no tengo bastante: voy á comer mi ración.

Y se alejó por la plaza, mientras los chiquillos se sentaban en el escalón del portal y celebraban, entre mordiscos y risas, la entrada del año nuevo.

JOSÉ ECHEGARAY.

❧ El Escorial. ❧

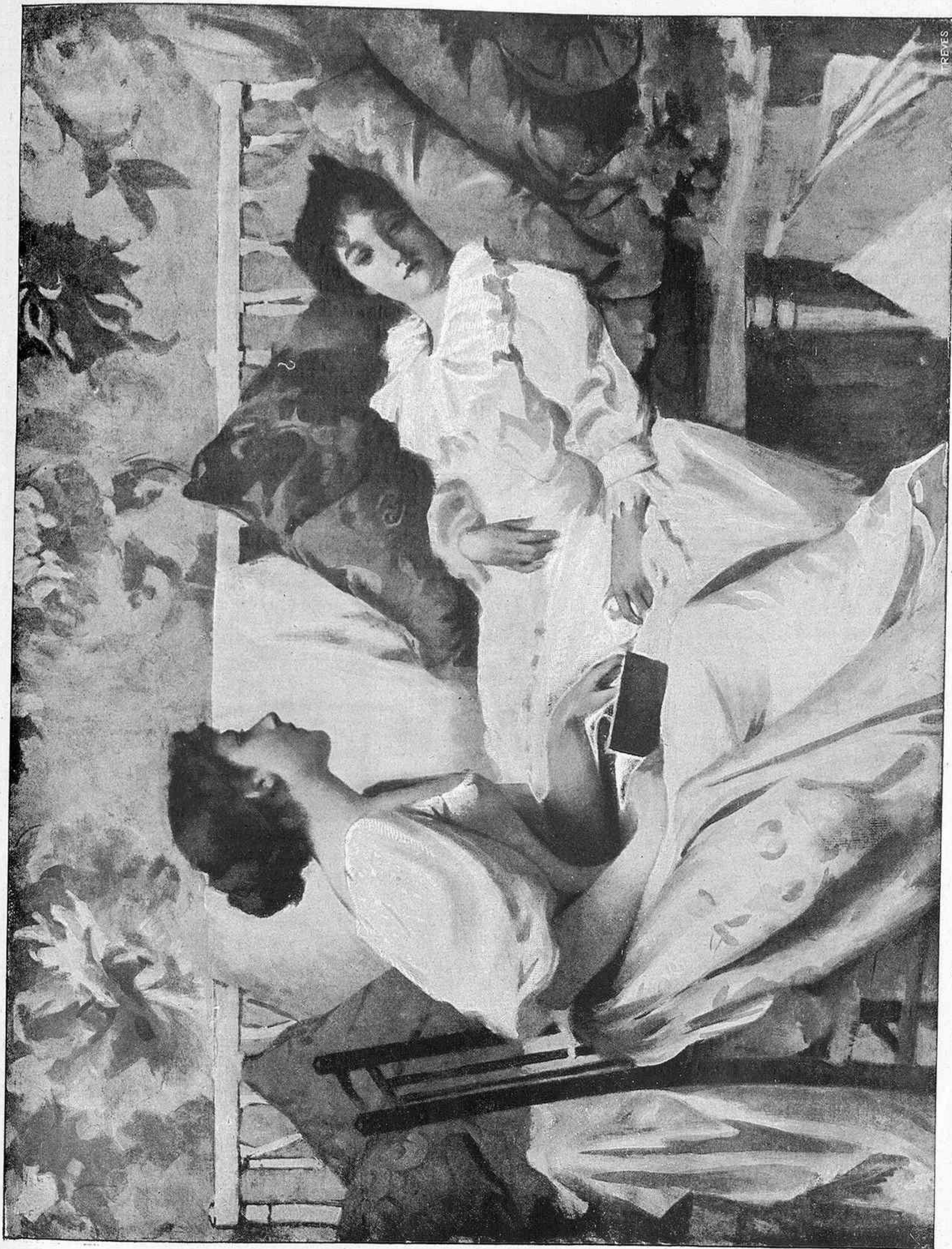
A.....

(ENVIÁNDOLE EL SONETO.)

Con la solemne calma del desierto,
Tan imponente elévase el coloso,
Que hasta el reloj con eco pavoroso
Al rey evoca en su sepulcro yerto.
La sombra augusta del monarca muerto
Deja en sus claustros su perfil medroso,
Y el corazón allí busca reposo
Como lo busca el náufrago en el puerto!

Tú, noble amigo, con serena calma
Te acoges á sus cúpulas benditas
Como el viajero á la benigna palma!
Y si á cantar el Escorial me invitas
Es que responde al temple de tu alma
El templo donde rezas y meditas!!!

ANTONIO GRILO.



CONVALECIENTE.

Cuadro de Melton.





GEOGRAFÍA.

Que todos los oficios son aburridos
Dice un amigo mío que está en Correos,
Y que los que parecen más divertidos,
Para el que los ejerce resultan feos.

Por lo cual juzga el pobre la más impía
De todas las humanas penalidades
La suya; la de estarse de noche y día
Viendo nombres de pueblos y de ciudades.

Pues dice que se graban de tal manera
Los nombres de los pueblos de toda Europa,
Que al año de servicios, por vez primera,
En la *sopa de letras* los vió en la sopa!

Y desde aquel entonces jura y perjura
Que cuando coge un libro de ciencias ó artes,
No logra distraerse con su lectura,
Porque saltan los pueblos por todas partes.

Y para convencerme de que era cierto
Lo que yo reputaba monomanía,
Abrió al azar un libro, y en él abierto
Vi un romance morisco que así decía:

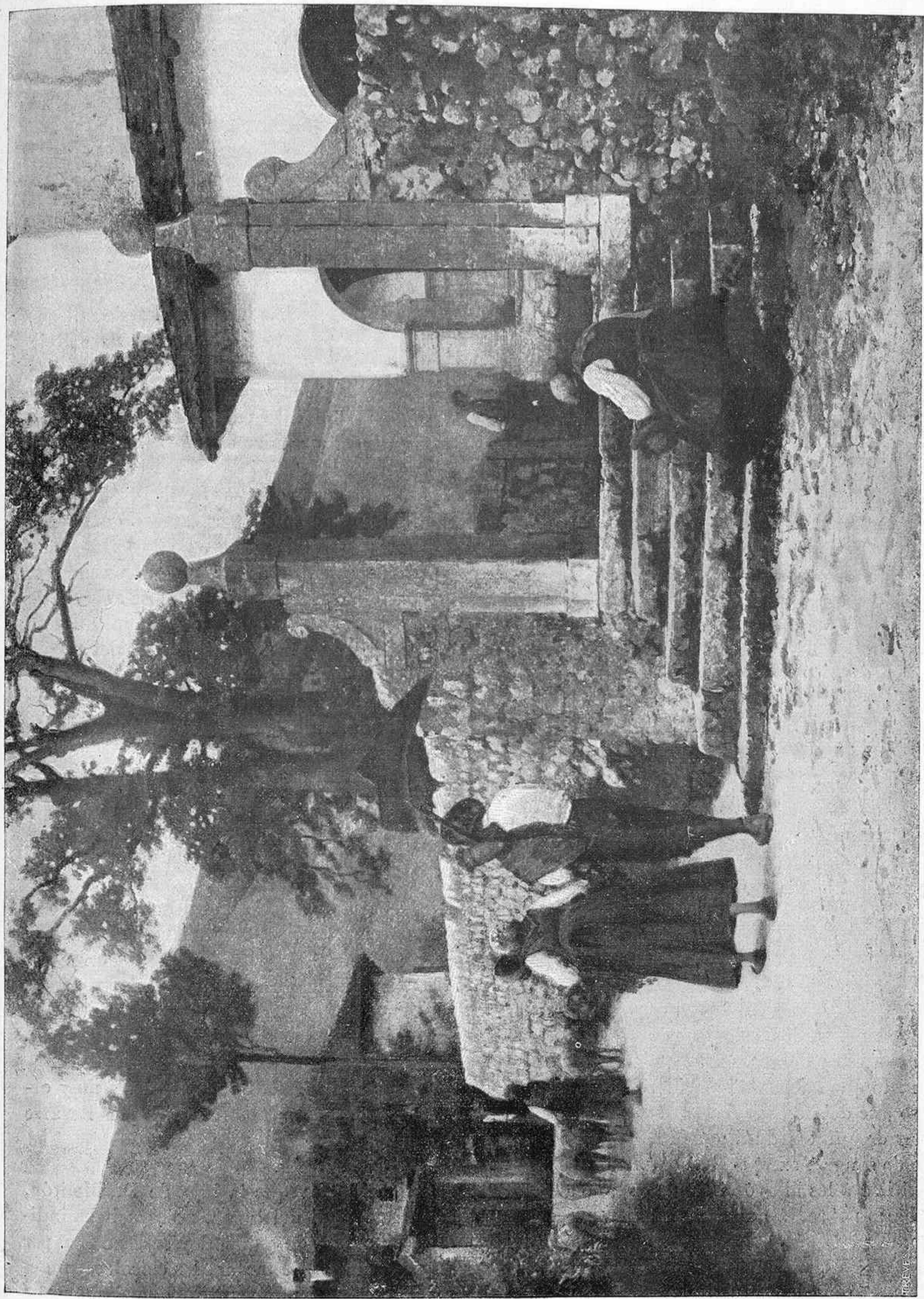
«Al declinar de una tarde
Hermosa de primavera,
Todo el cielo resplandores
Y toda flores la tierra;
En el alto minarete
Del tocador de la Reina
Contempla la hermosa Zara
Desde la **TORRE LA VEGA**.
Está Boabdil á su lado,
Y está mirando con pena
Que el sol que su **CARA BAÑA**
Ilumina su tristeza.
Y mostrando la campiña,
Por si logra distraerla,
—Mira—la dice,—mi Zara,
MIRA FLORES por doquiera;
Mira cómo el sol poniente
Baña de rojo la sierra;
Mira que con esas tintas
De **GRANA DA** gozo verla.
Contempla cómo el sonoro
Dauro el resplandor refleja,
Que en sangre va el **RÍO TINTO**
Con la luz que reverbera;
Busca al Genil, que entre flores
Por la campiña serpea,
Para unir **ENTRAMBAS AGUAS**

Al pie de la blanca sierra.
Y al ver que la hermosa Zara
Ni sonrío ni contesta,
Dícela: ¡Oh **TU DE LA** corte
Y del alma reina mía!
¿Qué causa tienen los celos
Que por mi mal te atormentan?
No es posible que **LA HAYA**
Contra mi amante firmeza.
Mira que te ruego, y mira
Que quien no quiere **NO RUEGA**;
Cierra, cierra, Zara mía,
El pecho **A VILES** sospechas,
No me niegues tu sonrisa,
Que no hallarás en la tierra
Seres que por ella vivan
Ni que el **ALMA DÉN** por ella.
Imagen son de mi alma
Esas flores con que juegas:
Que con tus labios **LAS ROZAS**
Y **LAS MATAS** si las besas.

Desecha vanos temores,
Que como yo no hay quien tenga
Á **GALA PAGAR** tributo
Á tu beldad con ternezas.—
Al ver al Rey tan cautivo,
Abrió los brazos la Reina;
Que **PARA CUELLOS** amantes
Son las mejores cadenas,
Y mirando el Rey adónde
Están las cristianas siervas,
Á una dice: **ANDA LUCÍA**,
Y dí que al punto Allí venga.
No hay poeta más famoso
Para las kásidas tiernas,
Y aseguran que cantándolas
Vale lo que en **ORO PESA**.
Y por eso quiero y mando
Que **ALI CANTE** en mi presencia,
Á ver si mi **ZARA GOZA**
Escuchando sus endechas.»

.....
.....
Y aun cuando el tal romance nos aburría,
Porque no hay quien lo lea que no se aburra,
Hasta el final llegamos..... y todavía
Nos quedaba la firma de..... **MIGUEL TURRA!**

CARLOS LUIS DE CUENCA.

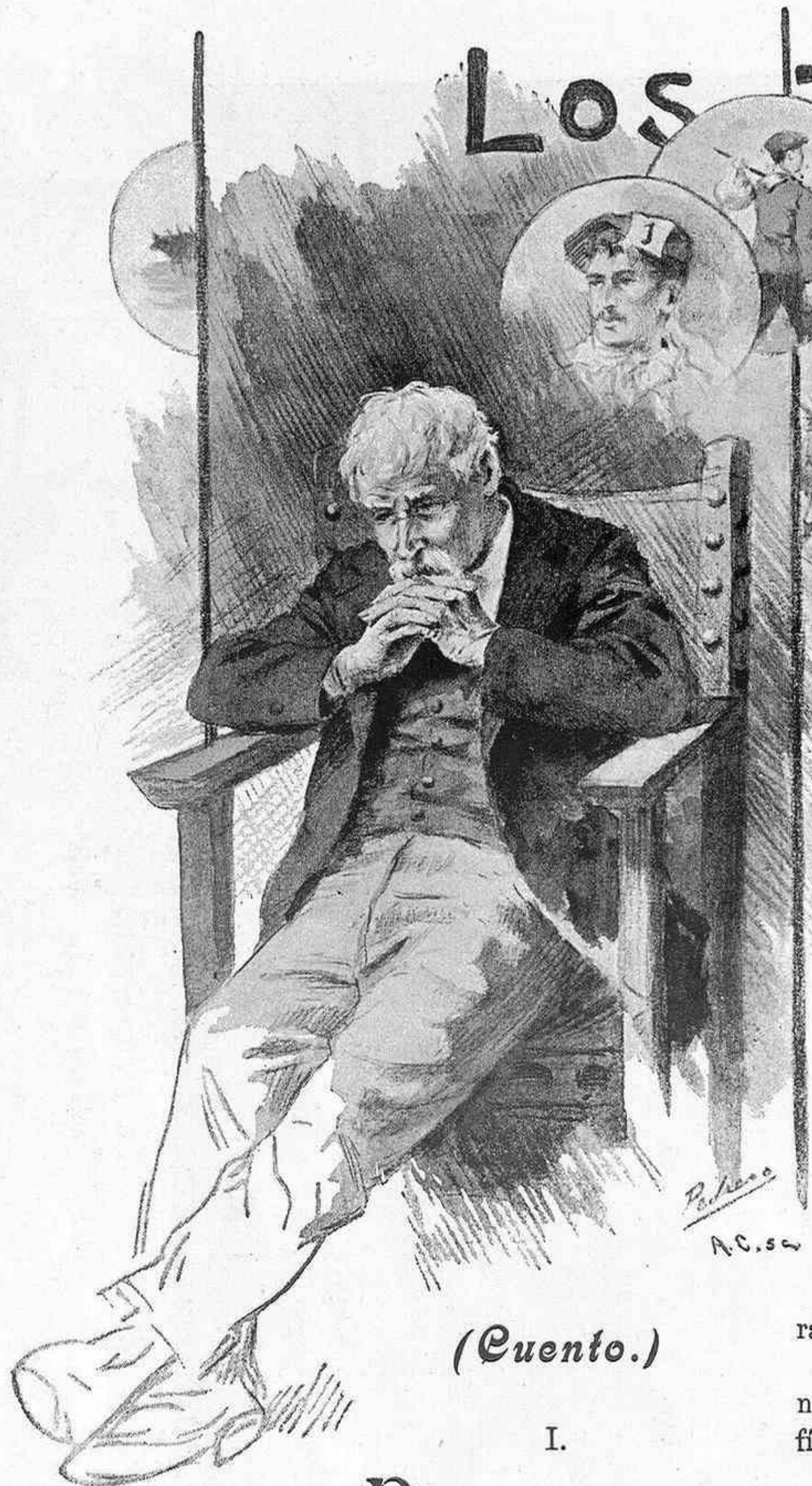


EN CULTURA.
Cuadro de Luis Nono.



LOS TRES

ANÓNIMOS



(Cuento.)

I.

No había consuelo para el pobre anciano. Á los setenta y cuatro años de edad, achacoso y débil, le robaban su único apoyo; el nieto que había venido á llenar aquel vacío inmenso que dejaron sus padres.

La ley de quintas, dura, cruel, feroz, como todo tributo de sangre, exceptuaba solamente del servicio militar á los hijos ó nietos de padre ó abuelo sexagenario pobre, á quien mantuvieran con su trabajo. Y á él, á D. Anselmo, su nieto no le mantenía, porque bastábale para esto la renta escasa de sus propiedades rústicas.

No ascendía ningún año, aun siendo las cose-

chas inmejorables, de mil pesetas, lo suficiente para vivir dos personas en un pueblecillo, habitando la casa solariega, pero insuficiente para haber ahorrado la cantidad que la ley exigía por la redención de Julián.

Tanto por no separarse de éste, á quien idolatraba, como por carecer de medios para proporcionársela, no le había dado carrera, y el mozo, criado en los campos, entre los surcos terrosos que se cubrían de doradas espigas, no tenía otra cultura que aquella adquirida en la escuela del pueblo y los conocimientos que en su casa, hablándole de todo, le había proporcionado su abuelo, hombre de vasta ilustración y talento clarísimo.

Era, pues, Julián un labriego bien educado, pero muy campesino, apegado al terruño y que no concebía la felicidad sino entregado á las faenas agrícolas, que acrecentaban su natural robusto y su salud envidiable.

El muchacho era en lo moral lo que se llama, no sé por qué, *un infeliz*, y un real mozo en lo físico.

Se lo disputaban en romerías, bailes y fiestas las muchachas del pueblo, y bien seguro estaba el abuelito de que no faltarían proporciones para casarle cuando llegara la ocasión.

—Con un canto en los pechos— decía muy orgulloso—se dará la moza más rica por llevarse este pino de oro.

Y así era, en efecto.

Ya se susurraba que la hija de D. Melitón, el más acaudalado del lugar, no escuchaba indiferente, sino roja de vanidad y satisfacción por ser la preferida entre tantas, los chicoleos, ingeniosos á veces y siempre cultos, que el mancebo la dirigía.

II.

El día llegó, tantos años temido por D. Anselmo, aterrador ahora, porque la guerra hacía más peligroso y terrible el servicio de las armas, y Julián, que sólo confiaba para librarse en su buena estrella, sacó el número uno.

En vano procuró tranquilizar á su abuelo y convencerle de que era seguro su regreso y de que ningún peligro cierto le amenazaba; el anciano infeliz veía con terror acercarse la hora trisísima de la separación inevitable.

III.

Cuarenta y cuatro años antes, ó sea en el de 1854, contaba D. Anselmo veinticinco de edad, y en el paseo del Prado de Madrid descollaba entre los jóvenes más elegantes y gallardos.

Su padre, rico labrador de Castilla, había querido que su hijo siguiese carrera, y en Valladolid estudió la de leyes, trasladándose después á la corte para cursar el doctorado. La influencia política, pues el padre de Anselmo era factor importante en las elecciones, favoreció al letrado novel, que logró ser pasante del célebre Cortina, honra del foro, entonces en el apogeo de su fama.

Anselmo se enamoró de una señorita de familia modesta, huérfana y pobre, pero dechado de honradez y hermosura. Sus relaciones fueron breves: los novios no encontraron oposición y se casaron pronto. En los círculos madrileños se citó mucho tiempo aquel matrimonio como modelo de fidelidad y de cariño. Una hija vino á aumentar la ventura de los esposos, y su luna de miel seguía siendo interminable, como se la desean los periódicos á todos los recién casados.....

Un día infausto se obscureció aquel cielo sin nubes. Una carta maldita llegó para Anselmo por el correo interior, por entonces creado en Madrid. Era un anónimo escrito con letra seguramente desfigurada, y contenía sólo tres palabras: *Magdalena te engaña.*

Desde que Anselmo fijó sus ojos en aquella línea, que parecía escrita con fuego, dudó..... ¿Por qué? Por lo que dudan los celosos, y él, por desdicha suya, lo era.

¿Quién podía ser el villano que le engañaba? Pasó revista en su imaginación á cuantos hombres conocía y sospechó de todos. Desde entonces se alejó de las reuniones que frecuentaba con su esposa y mostróse con ésta brusco y desabrido, haciéndola infeliz.

Poco después recibió otro anónimo, menos breve que el primero. Decía así:

«Vigila á Magdalena. No basta que la tengas encerrada en casa. Vuelve cuando no te espere y la sorprenderás.»

En vano siguió Anselmo el pérfido consejo: siempre que volvió á casa inopinadamente halló á su esposa sola con su hija, triste, desconsolada siempre por el cambio, para ella inexplicable, de su marido.

La tercera carta que llegó, dos meses después, por el mismo conducto y de letra igual á las anteriores, era más explícita:

«Estás ciego. Tu mujer y su primo, el oficial de Marina, se ven cuando sales de casa. Observa



y sigue los consejos de una persona que te quiere bien y desea evitarte el ridículo.»

—¡Ah! Sí — exclamó Anselmo. — ¿Cómo no lo he visto?

Y empezó á pensar, atormentándose cruelmente al recordar detalles nimios, que adquirirían con los celos proporciones aterradoras, coincidencias inadvertidas, preferencias indudables de Magdalena por su primo, con quien se había criado, á quien trataba con intimidad casi fraternal..... Sí; no había duda.

La primera idea de Anselmo fué matar á su esposa, vengar el ultraje sin buscar más pruebas; luego reflexionó, procuró dominarse, fingir, y resolvió sorprender juntos á los culpables, castigar á los dos.....

Siempre que salía alquilaba un coche y en él, oculto por las cortinillas, espiaba su casa horas y horas hasta que llegaba aquella en que tenía por costumbre volver. Pasaron días y días sin que el acecho produjese resultado alguno, hasta que una tarde vió, *por fin*, que el supuesto amante de Magdalena entraba en la casa, poco después de salir de ella Anselmo.

Ciego de ira, sin calma ya para llegar á la sorpresa que preparaba, saltó del carruaje y alcanzó al joven en el primer tramo de la escalera.

—¡Canalla! ¡Canalla! — le gritó.

La escena fué horrible, y al siguiente día, en un duelo á muerte, Anselmo cayó gravemente herido.

Cuando se restableció, sin haber consentido ni una sola vez que Magdalena le viese, sin escuchar explicaciones ni atender á ruegos, separóse de la esposa infeliz dejándole su hija, que contaba entonces dos años.

Anselmo no quiso ver á nadie, renunció á la carrera y, avergonzado y medio loco, se retiró á su pueblo. Madrid se le hizo aborrecible con ese odio que inspira á los desventurados el lugar en que han perdido la dicha. Poco después murió Magdalena y Anselmo se llevó la niña consigo.

La desgracia continuó cebándose en él sin tregua ni descanso. Pleitos inesperados, préstamos ruinosos redujeron rápidamente su patrimonio, del cual no le quedó sino lo necesario para vivir con estrechez. En esta situación casó su hija, que ya tenía veinticinco años, con un labrador pobre también, y de ese matrimonio nació Julián, que costó la vida á su madre.

Quedó, pues, Anselmo en el mundo sin más familia que aquel nieto, en quien reconcentró todo su cariño.

IV.

Pocos meses contaba, cuando su abuelo recibió, procedente de Madrid, la siguiente carta:



«Sr. D. Anselmo del Campo.

»Muy señor mío: Mi condición de sacerdote me impide revelar á usted el nombre de una persona que en trance de muerte, para descargo de su conciencia, me ha revelado en confesión un horrible secreto.

»Veinte años hace que, movido por el funesto impulso de la envidia, escribí á usted tres cartas, ocultándose con el anónimo.

»Contenían una calumniosa afirmación referente á su esposa de usted, que ignoro si vive todavía. Sé por el arrepentido que se separó usted de ella, seguro de su infidelidad. Para honra suya y satisfacción de usted, y en justa reivindicación del nombre de ambos, escribo estas líneas.

»Si la inocente esposa de usted ha muerto ya, sin poder sincerarse, Dios habrá premiado su virtud y su martirio, como también, con su misericordia infinita, habrá acogido el alma del penitente, causa de tanta desventura.

»Concédale usted su perdón y ruego por él. De usted atento, seguro servidor y capellán, que b. s. m., — *Vicente Ferrer de la Concepción.*»

Aquella noche D. Anselmo rezó por Magdalena..... y por su infame calumniador. Al siguiente día marchó á Madrid, y ante el sepulcro que guardaba los restos de su esposa lloró tanto, tanto, que sus lágrimas borraron casi aquel horrible remordimiento despertado en el alma del esposo cruel por la inesperada revelación.

Cuando volvió al pueblo leyó á todos cuantos conocía las cartas anónimas y la del sacerdote, guardándolas luego como sagradas reliquias, documentos fehacientes de la honradez inmaculada de su esposa. Aquélla sería acaso la única herencia que pudiese dejar á su nieto.

V.

Los años transcurrieron, y llegó aquel en que Julián cayó soldado.

Hallábase D. Anselmo, llorando como siempre, un día ya muy cercano á la partida del mozo, que debía marchar á la capital de su provincia para ingresar en caja, cuando se le presentó un señor bien portado y de mediana edad, con una tarjeta en que el alcalde del pueblo se lo recomendaba para que le atendiese.

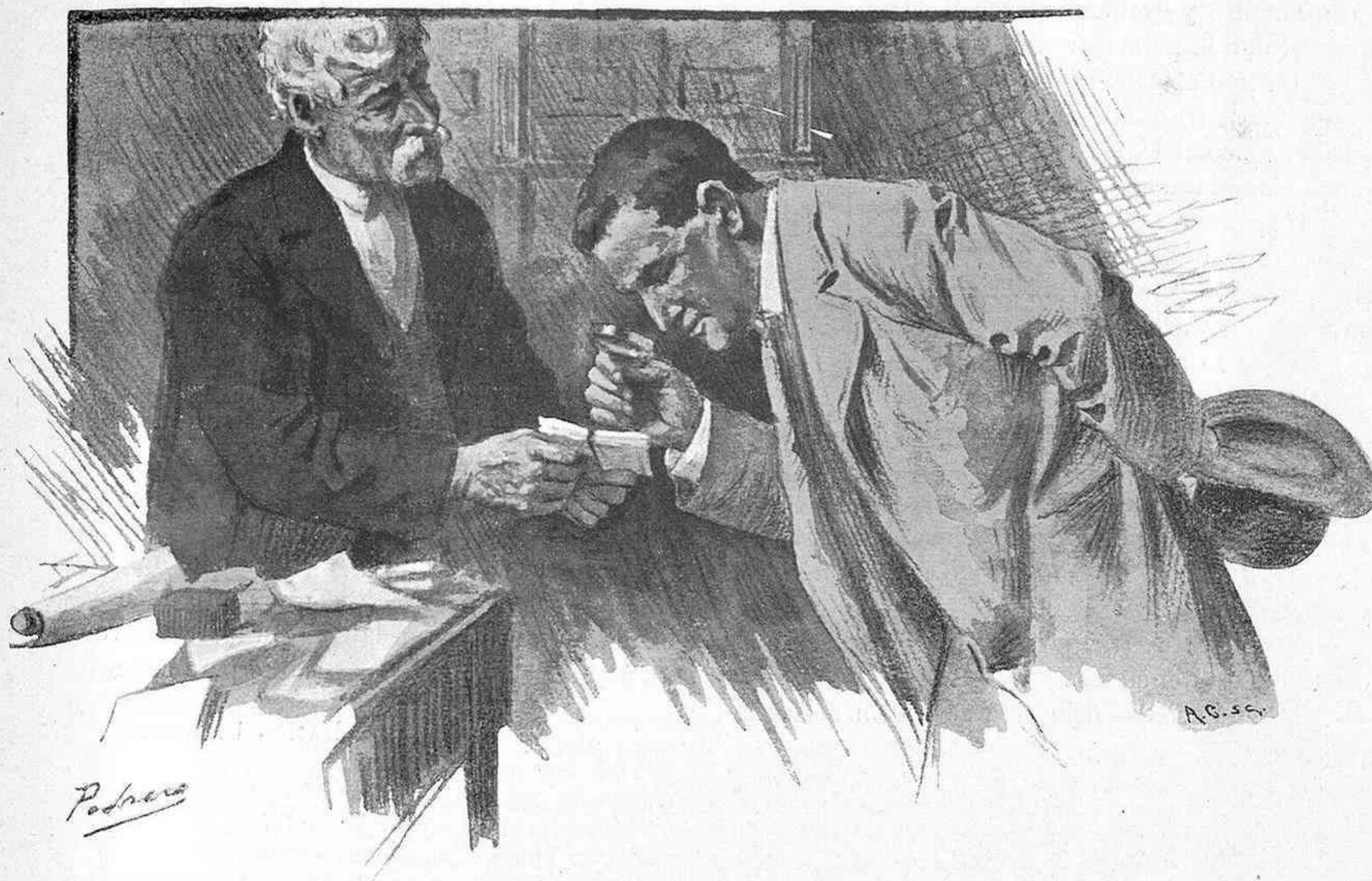
que se considera trasto inservible es un objeto de gran valor artístico. Por muebles que sus dueños sólo estimaban como recuerdos de familia, he pagado gruesas cantidades.

—No tendré yo esa suerte—añadió D. Anselmo;—pero, en fin, vea usted mi ajuar, por si algo le conviene. Aunque poco versado en estas cosas, creo que lo mejor que poseo es un escritorio del siglo pasado.....

—Veámoslo.

El mueble, muy viejo y casi desvencijado, era de caoba bruñida, con algunos adornos de bronce.

—Efectivamente—dijo el chamarilero—vale



—¿Qué desea usted y en qué puedo servirle?—preguntó D. Anselmo.

—Yo me dedico á la compra y venta de muebles antiguos y recorro los pueblos en busca de objetos que me convengan. Si usted tiene alguno y quiere deshacerse de él, puede enseñármelo.

—Como usted ve—contestó D. Anselmo—el mobiliario de mi casa es modestísimo y nada vale.

—Sin embargo, enséñemelo usted. Á veces lo

poco, y restaurarlo costará bastante. Le doy á usted por él 15 duros.

Meditó un instante D. Anselmo; comprendió que cuando le ofrecía aquella cantidad bien podría sacarle más, y ya decidido á vender el trasto, entró en regateos y logró al fin que le diese por él 150 pesetas.

—Con este dinero, que daré á mi Julián—pensaba el abuelo,—no tendrá el pobrecillo que comer rancho en algún tiempo.

Animado por el éxito feliz de aquel inesperado

negocio, enseñó al tratante el resto del mobiliario; pero no halló en él cosa que le conviniera.

Para llevarse el mueble, con otros que había comprado en distintas casas, procedióse á desocuparlo. Guardaba en él D. Anselmo sus escasísimos ahorros, lo que á fuerza de privaciones conservaba para caso de enfermedad; algunas alhajas de poco valor, documentos de interés, papeles de familia, y en el cajoncito más profundo las tres cartas anónimas y la del cura, atadas con una cinta negra.

Cuando dejó sobre la mesa el paquete que juntas componían, el chamarilero, que estaba sentado, fijó en ellas su atención casualmente, y exclamó al ver el sobrescrito de la primera:

—¡Caramba! ¿Qué cartas son éstas?

—¿Y á usted qué le importa?—dijo con brusquedad D. Anselmo, recogíendolas violentamente.

—Dispense usted mi indiscreción—repuso el tratante;—pero he reparado sin querer en el sello y.... ¿Usted no entiende de *filatelia*?

—Ni sé lo que es—respondió don Anselmo mal humorado, creyendo que se trataba de alguna broma inoportuna,—ni me importa.

—¿No ha oído usted nunca hablar de colecciones de sellos que valen cantidades fabulosas?

—Algo he oído de eso.... Pero éstos son viejos y usados.

—No importa: ¿me permite usted ver ese de la carta que está encima?

—Mírelo usted—dijo el anciano sin soltar el paquete.

El chamarilero sacó del bolsillo una lente de aumento, examinó el sello, y dijo:

—Vaya, le doy á usted 400 pesetas.

—Está usted loco, sin duda, ó ha creído que yo soy tonto de capirote, ó quiere burlarse de mí, lo cual no estoy dispuesto á tolerarle.

—Repito á usted que cuantos sellos iguales á ese tenga usted, los compro á 400 pesetas.

Don Anselmo se quedó asombrado al convenirse de la formalidad con que le hablaba.

—¿Todos? ¿De veras?

—Si no son muchos....

—Tres, tengo tres iguales; véalos usted—dijo ya alterado y convulso, deshaciendo el paquete.

—Iguales son—dijo el tratante después de examinarlos como el primero: *correo interior de Madrid, año 1854.*

Sacó después de una cartera 1.200 pesetas en billetes de Banco, y añadió:

—Aquí está lo ofrecido, si quiere usted vendérmelos.

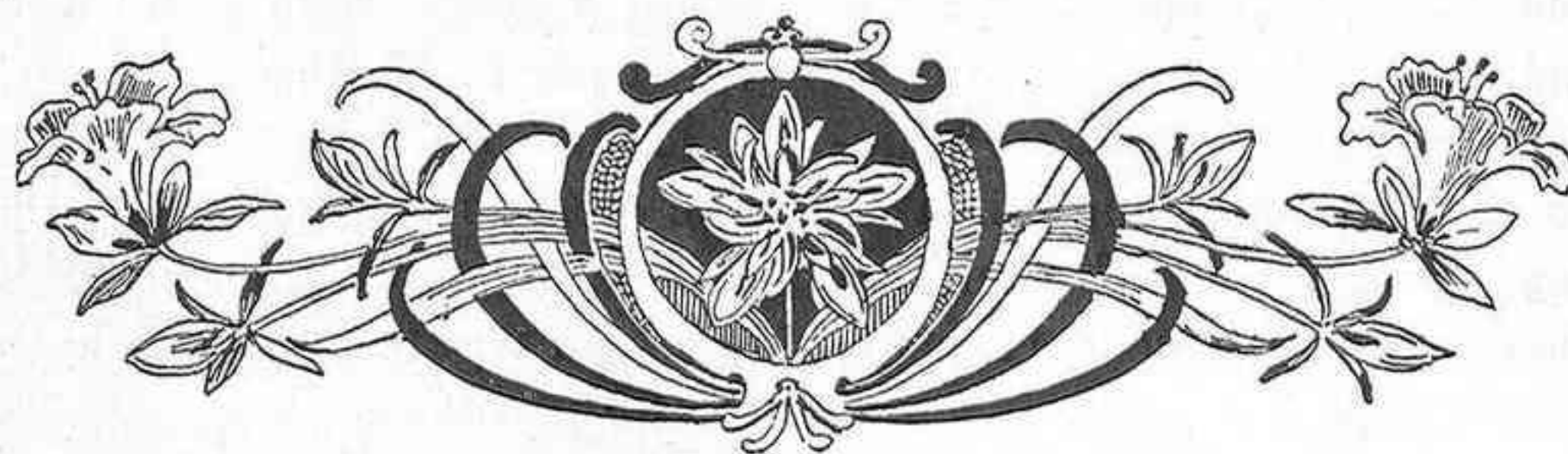
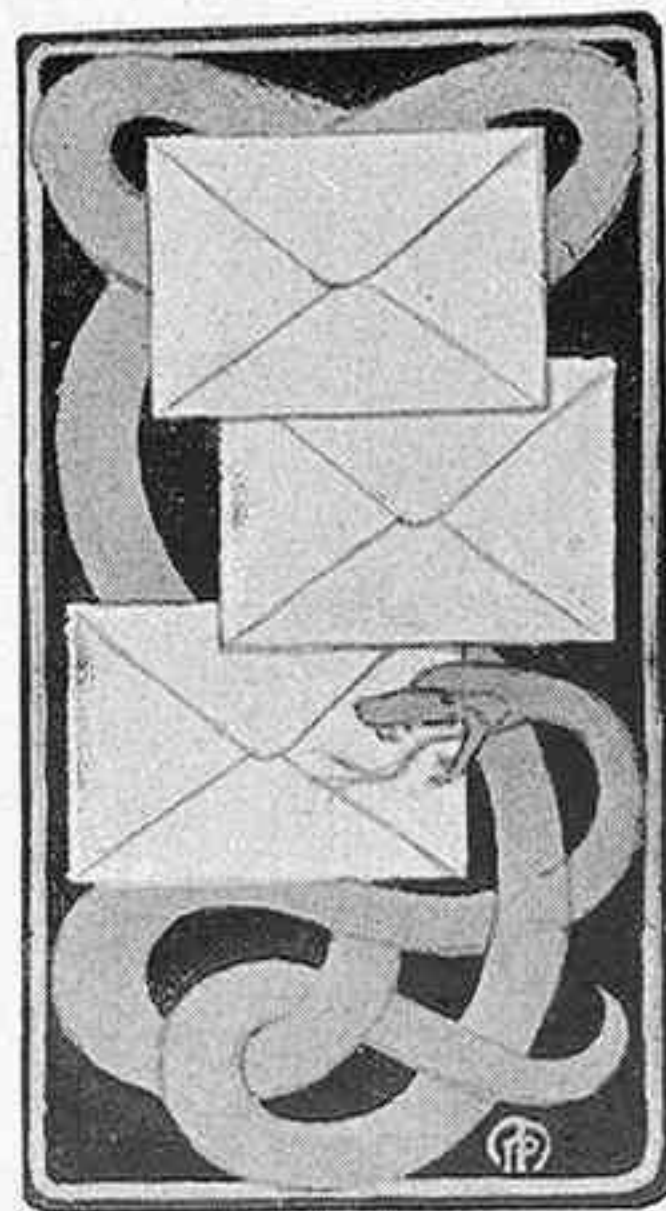
D. Anselmo abrió desmesuradamente los ojos, dió un grito y cayó sin sentido, exclamando:

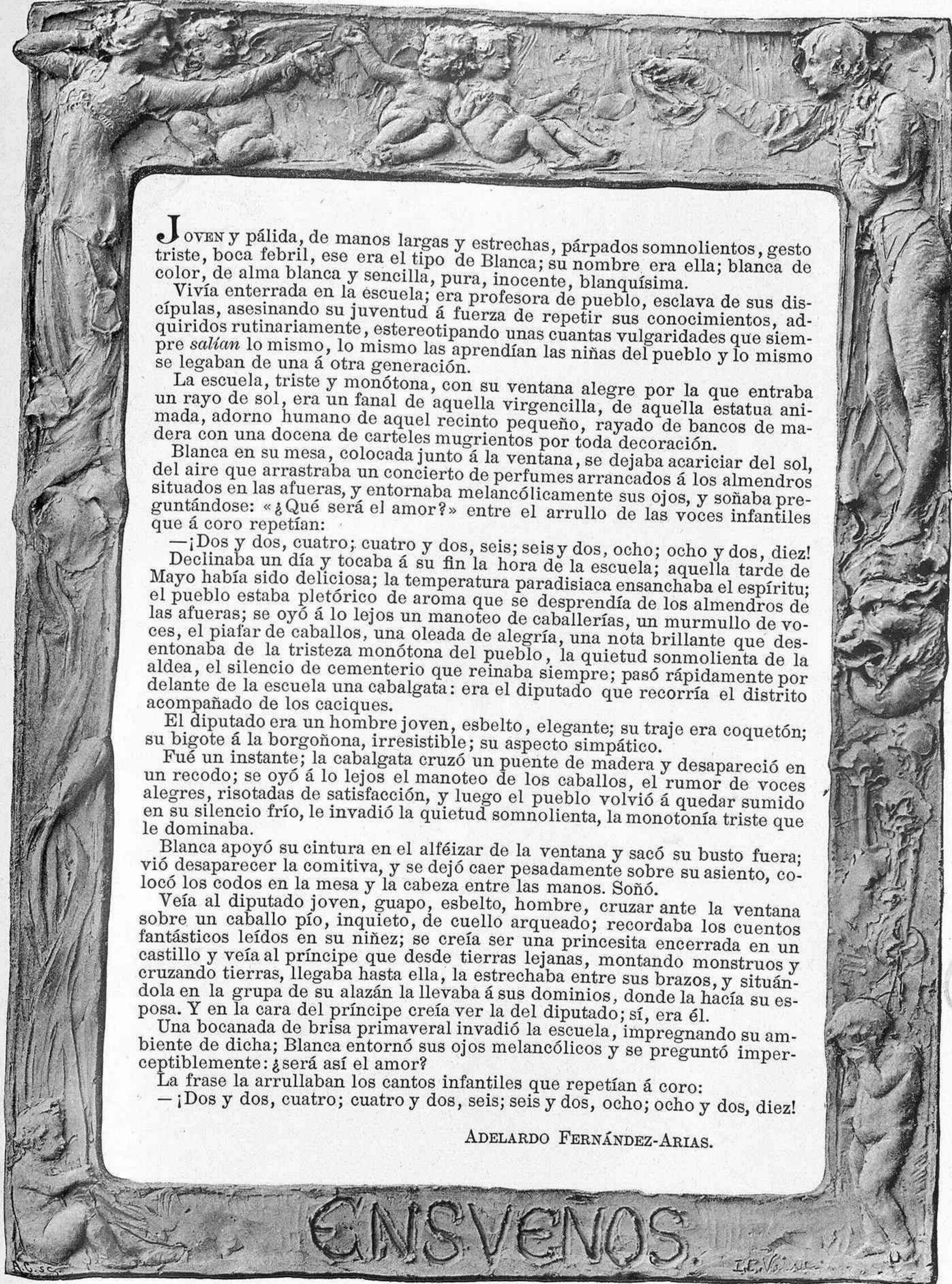
—¡Mi Julián! ¡Mi Julián libre! ¡Bendito sea Dios!

.....

Y libre se vió el mozo y dichoso el abuelo. Aquellas tres cartas malditas que tanto daño habían hecho, devolvieron la tranquilidad y la ventura á quien creyó haberlas perdido para siempre.

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.





JOVEN y pálida, de manos largas y estrechas, párpados somnolientos, gesto triste, boca febril, ese era el tipo de Blanca; su nombre era ella; blanca de color, de alma blanca y sencilla, pura, inocente, blanquísima.

Vivía enterrada en la escuela; era profesora de pueblo, esclava de sus discípulas, asesinando su juventud á fuerza de repetir sus conocimientos, adquiridos rutinariamente, estereotipando unas cuantas vulgaridades que siempre *salían* lo mismo, lo mismo las aprendían las niñas del pueblo y lo mismo se legaban de una á otra generación.

La escuela, triste y monótona, con su ventana alegre por la que entraba un rayo de sol, era un fanal de aquella virgencilla, de aquella estatua animada, adorno humano de aquel recinto pequeño, rayado de bancos de madera con una docena de carteles mugrientos por toda decoración.

Blanca en su mesa, colocada junto á la ventana, se dejaba acariciar del sol, del aire que arrastraba un concierto de perfumes arrancados á los almendros situados en las afueras, y entornaba melancólicamente sus ojos, y soñaba preguntándose: «¿Qué será el amor?» entre el arrullo de las voces infantiles que á coro repetían:

— ¡Dos y dos, cuatro; cuatro y dos, seis; seis y dos, ocho; ocho y dos, diez!

Declinaba un día y tocaba á su fin la hora de la escuela; aquella tarde de Mayo había sido deliciosa; la temperatura paradisiaca ensanchaba el espíritu; el pueblo estaba plétórico de aroma que se desprendía de los almendros de las afueras; se oyó á lo lejos un manoteo de caballerías, un murmullo de voces, el piafar de caballos, una oleada de alegría, una nota brillante que desentonaba de la tristeza monótona del pueblo, la quietud somnolienta de la aldea, el silencio de cementerio que reinaba siempre; pasó rápidamente por delante de la escuela una cabalgata: era el diputado que recorría el distrito acompañado de los caciques.

El diputado era un hombre joven, esbelto, elegante; su traje era coquetón; su bigote á la borgoñona, irresistible; su aspecto simpático.

Fué un instante; la cabalgata cruzó un puente de madera y desapareció en un recodo; se oyó á lo lejos el manoteo de los caballos, el rumor de voces alegres, risotadas de satisfacción, y luego el pueblo volvió á quedar sumido en su silencio frío, le invadió la quietud somnolienta, la monotonía triste que le dominaba.

Blanca apoyó su cintura en el alféizar de la ventana y sacó su busto fuera; vió desaparecer la comitiva, y se dejó caer pesadamente sobre su asiento, colocó los codos en la mesa y la cabeza entre las manos. Soñó.

Veía al diputado joven, guapo, esbelto, hombre, cruzar ante la ventana sobre un caballo pío, inquieto, de cuello arqueado; recordaba los cuentos fantásticos leídos en su niñez; se creía ser una princesita encerrada en un castillo y veía al príncipe que desde tierras lejanas, montando monstruos y cruzando tierras, llegaba hasta ella, la estrechaba entre sus brazos, y situándola en la grupa de su alazán la llevaba á sus dominios, donde la hacía su esposa. Y en la cara del príncipe creía ver la del diputado; sí, era él.

Una bocanada de brisa primaveral invadió la escuela, impregnando su ambiente de dicha; Blanca entornó sus ojos melancólicos y se preguntó imperceptiblemente: ¿será así el amor?

La frase la arrullaban los cantos infantiles que repetían á coro:

— ¡Dos y dos, cuatro; cuatro y dos, seis; seis y dos, ocho; ocho y dos, diez!

ADELARDO FERNÁNDEZ-ARIAS.

ENS VENOS





EN PELIGRO.

Cuadro de Held.



El gastrónomo címbel.

—*—
C U E N T O .

I.

Dos docenas de adeptos fidelísimos bajamos á la estación de Atocha á despedir á nuestro ilustre jefe, que, día arriba, día abajo, todos los años por el Carmen sale para sus posesiones de Barbadillo, acompañado de dos admiradores de casa y boca, estrellas de esa *claque* á domicilio que es para algunos personajes elemento de vida imprescindible.

Llegó el hombre insigne al andén, y todos, uno por uno, fuimos honrados con el simbólico apretón de manos que ratifica la comunión política; verdadero *in hoc signo vinces* con que se nos promete la bienaventuranza de la *Gaceta*: y consumada, al removerse el tren, la ovación *sombreromóvil*, entre vivas, adioses y palmadas, quedábanos aún, á los secuaces de segunda fila, el deber menos grato, pero asimismo ineludible, de acompañar hasta el estribo de sus coches á los dos ó tres *ministrables* del partido, que se cobraban en altivez para nosotros la sumisión servil que ante el padre común de los fieles, todos, sin excepción, manifestaban.

Y aun hubo correligionarios de *tercera* (presuntos vigilantes, inspectores de la higiene, electoreros, manifestantes, conserjes de círculo, etc.) que, á su vez, nos rindieron pleito homenaje, ofreciéndose á la busca y captura de nuestras *manuelas* respectivas. Pero, por una singular coincidencia de ideas y de bolsillo, Salces, Górriz, Téllez, Manterola, Orive, Caminero y yo resolvimos volver *pedibus andando* por las gratas umbrías del Botánico y los amplios andenes del Prado y Recoletos.

Hicimos alto en el Prado, que es obligada sucursal veraniega del Salón de conferencias para los contumaces abonados del moderno mentidero, y allí, comentando las últimas palabras del jefe, saboreamos lo más sustancioso de ellas, las esperanzas de poder, confite sugestivo con que aplaca y endulza nuestras bocas el hombre público cuya órbita seguimos, sobre todo en las despedidas estivales, que son eterno desposorio de unas bodas de otoño que nunca llegan.

El calor trajo la sed; ésta indujo á la cerveza y al anís; y sentados en los escaños.... de un aguadicho, preparamos el estómago para mayores empresas. Pero con tal eficacia que, al levantarnos, pareciónos sensible disolvernos, ya que con tan fausto motivo estábamos juntos; y de esta consideración nació la idea de comer aquella noche en compañía.



Sin discusión fué aprobado el dictamen; pero al escoger el *lugar de la ocurrencia* hubo tantos votos particulares como individuos de la *comisión*. Salces, consecuente parroquiano del *Oriental*, ensalzó su cocina y su servicio; Górriz, apologista de *Levante*, predicó en elogio de los biftecs insuperables, San Gotardos de solomillo que levantan sus tostadas crestas entre altas cordilleras de patatas; Téllez habló del *Colonial*, que, según él; *viene pegando*; Manterola prefiere los manjares *assortis* de un cubierto, por modesto que sea; proponiendo en terna el *Buffet* y los cafés de París y Francia; Orive, *con segunda*, vota por la Bombilla; Caminero, ya en la pendiente de rebajar, habla de casa de *la Concha* ó *el Montañés*: suenan con protesta unánime los nombres de Fornos, Roma y el Inglés, que no están en la zona de tiro para los que comen el pan de la oposición; y de estas disputas surgió la disidencia, entró el desaliento en las filas gastronómicas, separándose del grupo Manterola, Orive, Caminero y Salces, para ir, arrepentidos de su tentación insana, á echarse en brazos del puchero cotidiano; mientras Téllez, Górriz y yo, que no *tenemos más que una palabra.....* (golfos), perseveramos en el mal, y resolvimos, fuese como fuese, comer juntos aquella noche.

Por eso, y por habernos juntado los menos pudientes, transigí (contra mis gustos decididos por un buen plato verdad y un buen vaso de vino) con la idea de Górriz, de probar el misterioso y fantás-



tico cubierto del *Restaurant de San Andrés*, donde dan, en francés y todo, sopa, cuatro platos, tres postres, entremeses, helado, y..... cólico por dos pesetas.

—Un día es un día—dijo Téllez.

—No nos moriremos, y sabremos una cosa más—añadió Górriz.

—¡Por mí..... no hay inconveniente!—dije resignado.

—¡Pues vamos!—dijeron ellos.

Y fuimos al *Restaurant de San Andrés*.

II.

Los mozos, que, si lo son de raza, tienen, como los intérpretes en los puertos, el dón de adivinar el idioma y la personalidad del parroquiano, se calaron que éramos *gente gorda* y que habíamos *comido en buenos... .. pañales*; por lo cual extremaron sus atenciones, haciéndonos el honor de preguntarnos *qué vinos* íbamos á tomar.

—Queremos—les dijimos con arrogante sencillez—probar el cubierto *integral*.

Y como íbamos con los *chaquets* de cristianar y las chisteras de gala, el mismo dueño creyóse obligado á darnos trato de nación más favorecida, proponiéndonos que ocupáramos la mesita de junto al balcón. Á lo cual, como si cada uno fuera majestuoso Lohengrín que de remotas tierras, en encantado cisne, hubiera..... *atracado* (¡ojalá!) en el *Restaurant de San Andrés*, repetimos la nota oficiosa de nuestra curiosidad por conocer el cubierto inverisímil. Y el amo, no menos digno, juró ó prometió no hacer ninguna excepción por nosotros, seguro de que saldriamos satisfechos.

—Porque, sin despreciar á los señores, aquí viene muy buena gente, títulos y todo, ¡y periodistas!..... Sin ir más lejos, allí tienen ustedes aquel señor grueso, que almuerza y come aquí hace catorce años.

Y al designarle, reconocimos con asombro al gran Morcillo, uno de los gastrónomos de más cartel en Madrid y *amateur* culinario de autoridad reconocida.

Era un texto vivo que hablaba muy alto en favor del restaurant, y su presencia nos predispuso *en favor* del cubierto ultraeconómico.

Pero..... llegó ¡ay! el *consommé printanier*, una intusión de perejil con algunos guisantes de segunda intención: apa salmonetes *grillés* que cordaban los lindos y carlata que hicieron las fancia en el estanque marcha luego un *roast* con puré de..... encua por último, el anda más berros que mollas; Morcillo, viendo en él que todos los que en liente que dejaba atrás resistiendo catorce años aquel cubierto más temible que Aquiles y Diomedes.

—Pues él bien gordo está—observó Górriz.

—Hay que creer en milagros—exclamó Téllez.

Porque todo, aparte la confección bufa, pertenecía al *género chico*: filetes en miniatura, peces de menor cuantía, milésima dilución de una sopa inicial que debió hacerse al inaugurarse el establecimiento..... ¡aves irrompibles, queso de *portland*!

¡Y pensar que las dos pesetas eran buenas! ¿Para cuándo guarda Dios las monedas falsas?



Pero aún nos quedaba otra sorpresa: al bajar, encontramos en la escalera á Gualterio López, que iba ¡á comer!

—*Tu quoque.....!* —le dijimos asombrados.

—Vengo á lo que vengo: es una *combina* que me traigo; ó, para hablar más claro, vengo *por mor* de una mujer.

Y entonces iracundos agotamos el repertorio de nuestra indignación contra el *menu* protervo, insistiendo en admirar á Morcillo, que, habiéndose sentado en las mesas de Montijo, Salamanca y Baüer, podía tolerar aquel cubierto.

—¡Ta, ta, ta! —dijo Gualterio. —Eso es harina de otro costal. Á la fuerza ahorcan. ¡Para lo que le cuesta! No tiene una peseta ni de donde le venga; es amigo del dueño, y le fía ó regala la comida, no precisamente catorce años, pero hace mucho tiempo. Le sirve de reclamo; no pisa una persona *decentemente vestida* el restaurant, sin que el amo ó los mozos cuenten la leyenda de los catorce años. Y como tiene fama de *gourmet* y de *gourmand* y se le ve tan gordo y sano.....

—Eso es lo chocante.

—Sí que lo es; pero trae gente, es un buen cimbel.

—Un gancho gastronómico.

—¡En fin! Vivir para ver.

—Y para no volver —dije, despidiéndome de Gualterio.

III.

Pocas semanas después, en pleno día, con un calor inaguantable, recorrí medio Madrid, desde la plaza del Progreso á la calle de Gravina, de allí á Lagasca y de Lagasca á Campomanes, buscando á un sobrino mío (escapado de su casa de Vitoria), cuya captura me fué encomendada por sus padres.

Siguiendo instrucciones de mi pariente, visité á varios amigos que podían darme señas del mozal-bete, y, por último, en la Concepción Jerónima pude ya coger una pista, y averiguar que el chico almorzaba y comía en el *Restaurant de San Leandro*.

Y allá me fui, con ganas de pillar al mocito calavera, y no menos ganas de comer.

Á la puerta retrocedí espantado.

El *Restaurant de San Leandro* era otro ¡ay! de dos pesetas.

Víctima del deber, subí resuelto á afrontar el cubierto con todas sus consecuencias; di las señas del chico; me dijeron «no ha venido aún», y pedí la lista y el almuerzo.

Segunda vez que iba á engullir una *lista grande* de platos chicos; y el azar, ese inimitable folletista, me pone de nuevo enfrente del gran Morcillo, que, siempre exuberante y rollizo, devoraba un almuerzo de seis reales.

Cambiamos cortés saludo, y, gracias al apetito, di cuenta en un periquete del boceto de tortilla, las manos rebozadas y el biftec (destinado por su tamaño á un guardapelo), que constituían el cubierto del día, sin que apareciese el truhán de mi sobrino.

—Pero ¿viene todos los días?

—Sin faltar uno — me dijo el mozo. —Pregúnteselo el señor, si quiere, á aquel caballero, que, por cierto, es parroquiano nuestro hace doce años, y le dirá lo mismo. Han comido juntos algunas veces.

Esta noticia me dió pie para acercarme á Morcillo, y poniéndole en autos de mi pesada comisión, le pedí noticias del muchacho.

—No sé más sino que viene aquí todos los días. Una vez que hubo falta de sitio para el público, nos pusieron juntos en una mesa, y no sé más.

—Y dígame usted — exclamé soltando una pregunta que me bailaba en la lengua desde que saludé á Morcillo. —¿Cómo usted por aquí? ¿No era usted consecuentísimo parroquiano del *Restaurant de San Andrés*?

—Y lo soy.

- ¡Ah! ¡Vamos! Almuerza usted aquí y come allá.
—No señor; no es eso.
Y después de un silencio embarazoso para los dos, dijo:
—Mire usted, con franqueza: el dueño de este establecimiento es un antiguo camarero que me sirvió en *La Perla*, *El Diván* y *El Veloz*; le di á ganar mucho en mis buenos tiempos, y me corresponde haciéndome algunas concesiones..... hoy que atravieso una situación difícil.....
—Pero ese trato le serviría más en el otro restaurant donde va usted todos los días.
—Es que el dueño del *Restaurant de San Andrés* me sirvió en *Los Cisnes* y en *Rusia*, y también me guarda consideraciones especiales.....
—¡Comprendido! Y alterna usted.....
—¡Ca! ¡Hombre! ¡Alternar! ¿Hay que decirlo todo?..... En concluyendo aquí me voy allá y..... ¡hay una continuación!.....

JOSÉ CÁNOVAS Y VALLEJO.



LA VIRGEN Y EL NIÑO.

Cuadro de Correggio.



ESPERA SENTADO

CUENTO.

ERA Santiago Campillo un labrador castellano de poca sal en la mollera, genio y trato apacibles, fe sencilla, especial devoto de San Isidro, y tan de suyo perezoso y aficionado á la lotería, que en su lugar dieron en llamarle y conocerle por el apodo de *Espera Sentado*.

Cada vez que cargaba con la azada, asía la laya, empuñaba la hoz ó conducía el arado, se le venían á las mientes aquellos benditos tiempos en que los ángeles descendían del cielo y se entregaban á las rudas faenas agrícolas para que el Santo patrón de Madrid pudiera consagrarse á todo su sabor á la oración, sin menoscabo del propio deber ni de la hacienda ajena.

Y cuando el trabajo le abrumaba—que era casi siempre—pedía de todo corazón á San Isidro que hiciera un milagro, mandando en su favor y ayuda á los celestiales labradores de antaño.

Es, pues, de saber que tanto rogó, insistió y porfió nuestro hombre, que estando un día rozando un erial, con el propósito de roturarlo, se le apareció aquel siervo del Señor rodeado de un coro de ángeles, y le ofreció otorgarle lo que ahincadamente suplicaba, interponiendo su intercesión y favor con Su Majestad Divina.

—Pide lo que quieras — dijo el Santo, — que hasta quiero apagar tus deseos de las cosas vanas.

—¡Que vea roturado este erial—contestó Campillo;— no he menester más!

Y los ángeles, tomando los picos, layas y azadones, comenzaron á cavar, desterronar y terraplenar el erial, y limpiándolo de matorrales y carrascas de que mucho abundaba, separaron la leña gruesa destinada al carboneo, prendieron fuego á las ramas secas extendidas por el suelo, beneficiaron éste con los mejores abonos, uncieron los bue-



molino harinero, aprovechando, por medio de cable eléctrico, la fuerza motriz de un río caudaloso.

Molido el trigo, el perpetuo postulante advirtió que faltaba un ferrocarril para dar fácil salida á la harina.

Entonces apareció una legión de ángeles, los cuales, provistos de teodolitos, taquímetros, niveles, jalones, cadenas, cintas, eclímetros, miras, banderolas, picos, palas, azadones, barrenas, paletas, palancas, martillos, clavos, tornillos, bridas, traviesas, carriles, y, en fin, disponiendo de todo el material fijo y móvil, en menos de cinco minutos realizaron el trazado, replanteo y construcción de una vía férrea, y la dejaron corriente para el tráfico.

Gracias á la baratura y rapidez de los transportes, se abrieron nuevos mercados; y aunque eran muchos los pedidos, nuestro labrador rehusaba vender su mercancía si no le pagaban en oro, en vista de la depreciación de los billetes de Banco, y acudió de nuevo á su celestial abogado para que hiciera el mayor de los milagros.

—¡Oro en España!— exclamó el Santo.—¿Sabes lo que pides? ¿Crear de la nada?..... Te he ofrecido, empero, hasta apagar tus deseos de las cosas vanas, y con el beneplácito del Altísimo te otorgo más de lo que solicitas.

Dijo, y la harina abarrotada en los almacenes se convirtió en oro en polvo.

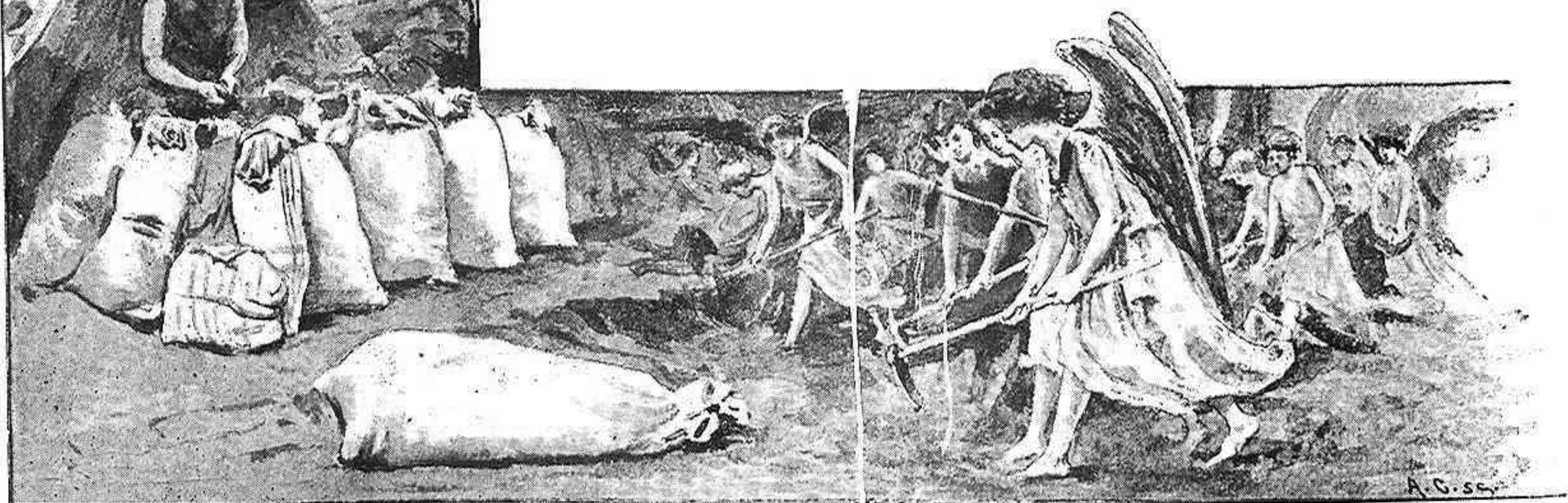
Campillo dió un grito de alegría; mas al contemplar tantas riquezas juntas en pilas de sacos que llegaban al techo, comenzó á temblar como un azogado de temor á los ladrones.

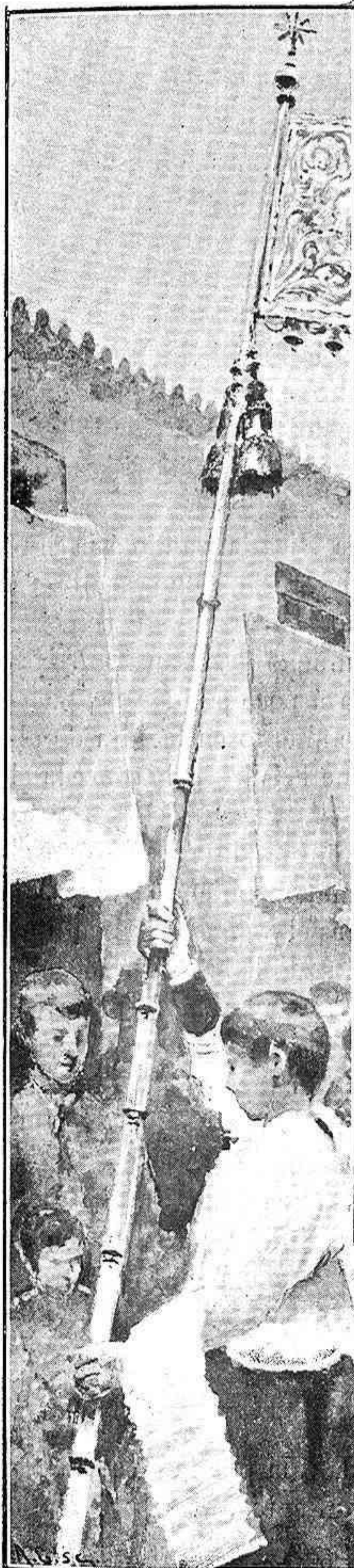
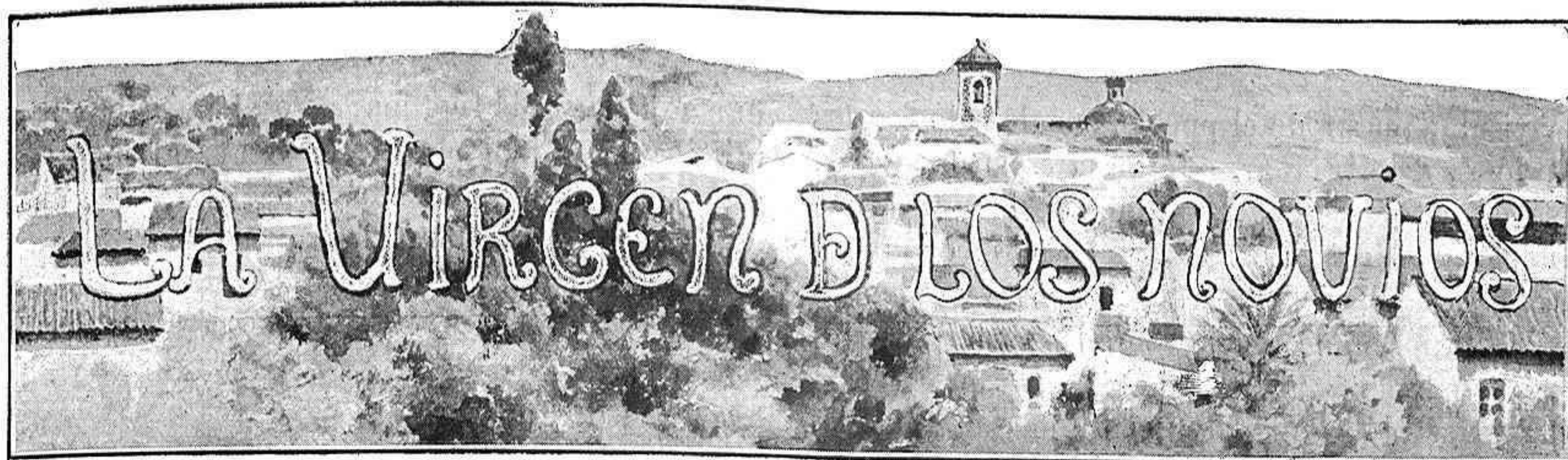
—¡Socórreme, Santo mío!—murmuró.—¡Ven en mi ayuda! ¡Am párame en este terrible trance! ¡Por última vez imploro tu clemencia! ¡Defiende mi bien!

Desde aquel día, *Espera Sentado* vió siempre junto á sí un ángel que le guardaba á él, y no al tesoro.

Y dominado por aquella sed insaciable de poseer sin trabajar, la cual se avivaba con el logro de la posesión, que era su mayor castigo, presa de sórdida avaricia pedía en vano á San Isidro que le diera alas como las del ángel custodio, no para remontarse á la altura, sino para alivio de los pies y ahorrarse las alpargatas.

NILO MARÍA FABRA.

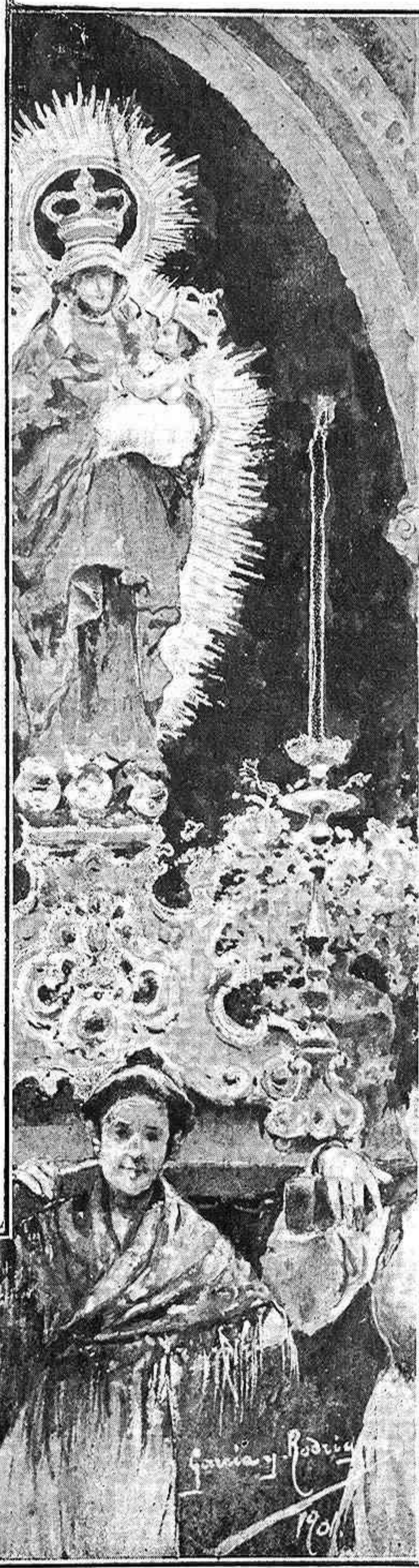




MARÍA y Pedro, que se querían mucho, eran vecinos; juntos se habían criado, y juntos jugaron de chicuelos. Crecieron y siguieron queriéndose, aún más que antes; pero con cierta diferencia: ella se había enterado perfectamente de cuándo comenzó á apuntarle el bigote á Perico; de que se hacía un real mozo; del tiempo en que, con otros compañeros, se fué por la primera vez de ronda; de las horas á que entraba y salía de su casa; y por su mal, también estaba al cabo de la calle de que al presente pasaba largos ratos en la reja de Nica, arrancando á puñados cañones á la pava. El, en tanto, no se dió cuenta de la transformación que en ella se operaba: ni vió que ya Marucha iba barriendo con las sayas el suelo; ni reparó que sus mejillas se volvían amapolas cuando él bromeaba con ella; ni que la trenza se trocaba en moño y la chica en mujer; ni que se hacía muy guapa: para Pedro era siempre la Maricuela con quien había jugado, y nada más.

* * *

Mucho sol, mucha luz, mucha alegría; no hay una casa donde quede un



yes al arado, con él abrieron profundos surcos, y, finalmente, dejaron convertida la dehesa en tierra superior de pan llevar: todo por obra y arte sobrenaturales, en un abrir y cerrar de ojos.

Espera Sentado contemplaba con asombro su heredad, y no se hartaba de dar gracias al Santo por la merced recibida; pero de pronto quedó pensativo, se rascó la mejilla, y al cabo de breve pausa, exclamó:

— ¡No puede darse campo mejor preparado! ¿pero y el agua?

Y llovió á cántaros.

— ¡Basta ya— repuso el labriego;— no vayan á encharcarse las tierras!

Y se dispararon las nubes.

— ¡Ahora quién siembra? Es mucho campo para un hombre solo.

Entonces los ángeles arrojaron la semilla sobre la tierra fertilizada.

— ¡Las nieves arraigarían el grano!

Y tanta fué la nieve que cayó sobre la comarca, que ésta parecía inmenso ventisquero.

A su tiempo y sazón obtuvo Santiago sol y lluvia, y no cesó de pedir hasta que, gracias al trabajo de los ángeles, vió colmados sus trojes de trigo candéal.

No estaba, sin embargo, satisfecho: cuanto más alcanzaba, más sentía el acicate de la codicia.

— ¿De qué me sirve— decía para sí— tanta bendición de Dios en mis pane-



ras, si ha nevado, llovido y hecho sol para todo el mundo, y es tal la cosecha de España que he de malvender mi trigo?

Fatigado de este pensamiento, en cuanto vino la otoñada decidió llamar de nuevo al Santo y rogarle encarecidamente que volvieran los ángeles á trabajar la tierra; y que, según las necesidades del cultivo, lloviera, nevada ó hiciera sol, pero en provecho propio, y de ningún modo para los demás labradores.

Y aquel año fué malísima la cosecha en toda la Península, menos en el campo de *Espera Sentado*; pero éste, á pesar de la enorme subida del trigo, seguía quejándose de su suerte, pues echó de ver que el molino estaba lejos.

También esta vez accedió el Santo á las instancias de su devoto, y por mandato suyo, los ángeles construyeron en la misma granja un



viviente, pues todo el pueblo, engalanado con los trapitos de cristianar, está en la calle: las viejas, según categorías, de mantillón de blonda ó pañuelo de seda á la cabeza; las jóvenes, con ella al aire, lucen clásico moño de picaporte y redondos rizos en forma de rodete sobre las sienes; los viejos con larga capa de recio paño pardo, que casi les arrastra, y cuidado que Junio está llegando y el calor pica como si ya se fuera; los mozos de airoso calañés y faja de colores, sin que haya uno á quien le falte su indispensable puro en la boca, por supuesto apagado para que dure todo el día, ni moza que no ostente una rosa en el pelo.

Arriba un cielo muy azul; la tierra abajo, recién despierta del sueño del invierno por los besos de Mayo; entre el cielo y la tierra la primavera riendo á carcajadas y derramando á raudales por los campos azucenas, claveles, rosas y jazmines.

Todo tenía aquella tarde aire de fiesta en el menudo lugarejo que, en un rincón del mundo, se encampana en lo alto de la sierra por mirarse tan arriba, y para no caer por la ladera abajo se agarra á los pinares y se agazapa en el regazo de un collado. A un lado de la plaza, rasgones de vihuelas, de las que cuelgan en cascadas las cintas de colores, batir de castañuelas, vivas, olés, baile y chicoleos; á la otra parte, suspira ó ronca el órgano, vibrando en las naves del templo, saliendo sus acordes al aire libre por la amplia puerta, abierta de par en par; delante de ésta, en lo alto de las gradas del atrio, rodeada de luces y de flores, y entre nubes de incienso, *La Virgen de los Novios*, esperando que las mozas del pueblo lleguen para pasearla en procesión.

Del tabladillo donde se alza la imagen, que ocho doncellas han de llevar en hombros, salen otras tantas varas; serán adjudicadas á las muchachas que las ganen «á quien dé más», en la reñida puja que preside el Alcalde. Los rendimientos de ella son el regalo de la Virgen á la primera moza pobre que en el año se case; y juran las del pueblo con fe sencilla y piadosa convicción, que toda la que logra alcanzar una vara se casa de seguro con el hombre á quien quiere.

Se han rematado siete varas y sólo queda una.

No disputó María las primeras, por ser cosa sabida que se las llevan las ricachonas del lugar; pero desde la sexta, listos para la lucha sus ahorrillos de un año entero, entró en la liza, pues ya las contrincantes que quedaban venían á ser todas de una fuerza. No bastaron las suyas para ga-

nar aquélla, ni la séptima; pero al pujar la última iba empezando á tener esperanzas, pues las mozas que en la contienda le hacían frente, una en pos de otra le cedían el campo.

—Cuatro duros y un *rial* da Pepa—gritó el Alcalde.

—Cuatro y dos *riales*.

—Cuatro y una peseta.

—Noventa *riales*.

—Noventa *riales* da Marucha. ¿Quién da más?

Tras breve rato de silencio, repitió el presidente de la puja:

—Noventa *riales*..... ¿No hay quien dé más?

Noventa *riales*: á la una.....

.....

En esto Nica, que llega retrasada y hecha un brazo de mar, entra en la plaza y en el corro, y se abre paso hasta llegar á la primera fila.

—Noventa *riales*; á las dos.....

—Cinco duros—grita la recién llegada.

—Cinco duros y medio—contesta María pali-deciendo al ver á su enemiga, y apretando temblando el pañolillo que contiene sus escasos ahorros.

—Diez duros—chilla Nica lanzando á la muchacha una mirada de desprecio, como asombrada de que tal pobretona se atreva á competir con ella.

¡Diez duros! Ni con mucho llegaban á ellos los ahorros atesorados poco á poco por María, puestos el corazón y el pensamiento en la idea de alcanzar una vara para que la Virgen le conceda el amor de Perico.

Cuando oyó aquella oferta, le pareció que el mundo se le venía encima, oprimiéndole el pecho, y vió entoldarse el sol tras el velo de lágrimas que anublaba sus ojos. Ya se lo había figurado ella en cuanto vió que Nica asomaba en la plaza: el tío Tocho, su padre, estaba podrido en onzas de oro, según decía la gente.

Y la rival afortunada llevó la Virgen, y también se llevó detrás á Pedro.

—¡Ingrato!—pensó Marucha. Ni á hablarla se había acercado: ni se acordó siquiera que aquel día celebraba su santo; y ahogada por la pena, rompió á llorar, yendo á esconderse donde nadie la viera.

* * *

Caía la tarde. Sentada á la puerta de su casa y sumida en tristes pensamientos, no reparó María que Pedro se acercaba.

— Güenas tardes, Marucha; que por muchos años los tengas mu felices.

— Pa la hora que tálcuernas de dármelos.

— Vine endenantes y no estabas..... Pero, chica, ¿estás enfadá?..... Alza la cara, mujer.

Hízolo así María; y al contemplar sus ojos, secos ya, pero encendidos por el pasado llanto, dijo Pedro:

— ¡Contra! Pus es verdá lo del llantín que icían en la plaza que tabías tomao por no llevar la Virgen.

Bajó ella la vista sin responder; y el mozo, no acertando por qué le parecía que sus propias palabras le arañaban la garganta, continuó:

— Anda, anda, chica, ¡y qué callaíco tenías lo del novio!

— ¿Novio yo? ¡Mentira!

— Á otro con ésa. Como que la que no lo tiene va á llorar por no llevar la vara.

— ¡Mentira, mentira! — contestó la muchacha cada vez con más brío; pero húmedos y brillantes los ojos, que en seguida bajó.

— Mía tú cómo escondes la cara pa negarlo.

Hubo un momento en que ninguno dijo nada:

Pedro, sin apartar la vista de María, y cual si aquélla fuera la primera vez que la mirara, iba observando en ella muchas cosas hasta entonces no vistas..... ¡Rediez, qué guapa estaba!.....

.....
— No tengo que esconderla pa decir que to eso es mentira—repuso ella, clavando en el muchacho sus hermosos ojazos, donde las lágrimas estaban á punto de rebasar los párpados; y la mirada, á pesar suyo, dejaba ver lo que quería guardar oculto.

Sintió Pedro una atracción dulcísima y potente que á María le acercaba: nunca, ni al lado de la Nica, había experimentado cosa semejante: le pareció que algo escondido muy adentro en el alma, un sentimiento largo tiempo adormecido en el fondo del pecho, por la costumbre de no ver en María sino una chicuela, despertaba de pronto vigoroso, y llenando su sér, pugnaba por salir afuera desbordando en los labios, pero sin atinar á tomar forma expresable en palabras.

Sólo al ver que María iba á alejarse, pudo decir:

— Entonces, jura que no es verdá que tengas novio: júralo, jura.



— Por éstas que es verdá que no lo tengo; y echó á correr metiéndose en la casa.

Quedóse el mozo un instante perplejo; pero á poco salió como un cohete hacia la plaza.

* * *

— Marucha, Marucha, sal en seguida.

— ¿Qué traes ahí?

— Pus, mira, que pa el caso, tanto tiene esta

Virgen de barro que te traigo como la otra..... Te la he compraó en un puesto de la plaza, y la merqué pa que esta noche, en tu cuarto, la pueas pasear en procesión to lo que quieras, y que te consuele..... Dimpués....., dimpués..... mira, si tú quisieras, podría yo pasarme por tu reja un ratico na más pa preguntarte quién es el mozo con quien tú más querrias casarte..... Y si con él pueo yo algo, taseguro que antes que acabe el año con él te casas.....

Dí, Maruchilla, ¿quieres? ¿Vengo esta noche?.....

JOSÉ DE ELOLA.

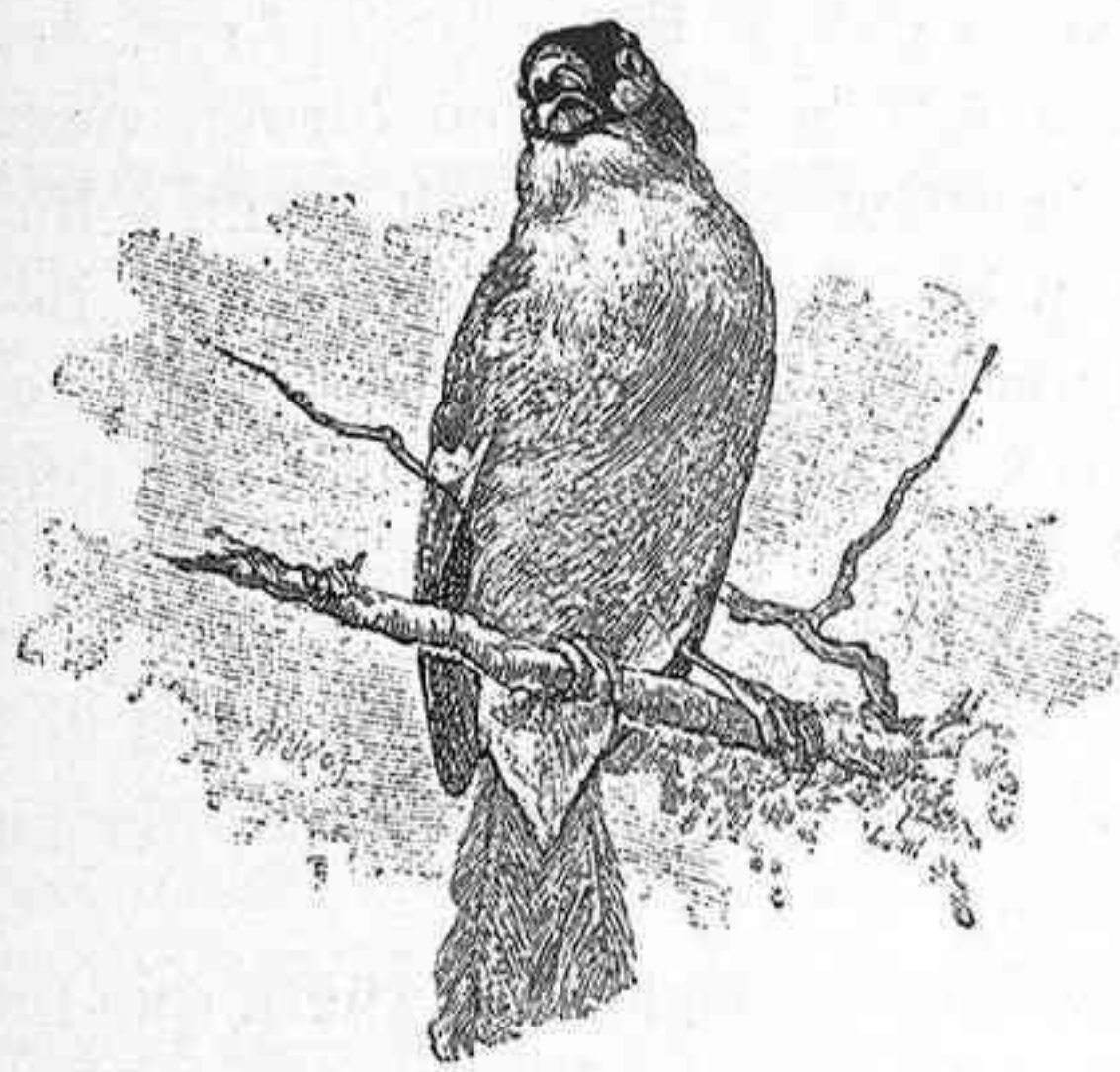
AL DOLOR.

¡Te quería burlar!... Ilusionado,
Sin sentir tu opresión, sin conocerte
Hallábame tranquilo, acariciado
Por las gratas lisonjas de la suerte.
Me lancé á la pelea, convencido
De que en la lucha contra ti, saldría
Ileso, más aún, robustecido
Por los alientos que el triunfar envía.
Y por eso al mirarte me reía,
Y por eso también te despreciaba,
Siendo altanero, cuando tú orgulloso,
Y por eso, con ansia, consumía
La rebotante copa que me daba
El placer, ese amigo mentiroso.
¡Sombras de la ficción, huid ligeras;
No volváis á aturdir mi pensamiento!
¡La verdad, con su luz, os desvanece
Como á las nubecillas pasajeras
Que flotan en el ancho firmamento,
Con sus rayos, el sol, cuando amanece!
Dolor, adusto padre de la pena,
Compañero leal del desengaño,
Por fin me echaste al cuello la cadena
Para unirme, iracundo, á tu rebaño.
Dudé mucho de ti, pero en ti creo.

Déspota de las almas, les impones
Tu tiránica ley, y en la serena
Región en donde están las ilusiones
Que al hombre turban con mentido halago,
Se percibe, á menudo, el centelleo
Que acusa de tu cólera el estrago.
Tú siempre triunfas; tu poder maldito
No se puede anular, porque la vida
Parece en ocasiones un delito
Que tiene la sentencia no cumplida.
Tú perturbas la fiesta en que destruye
El cuerpo su vigor. El alborozo
De la felicidad por ti concluye.
Tú aprisionas al viejo, como al mozo;
Tú penetras en todos los hogares;
Tú eres el rey del mundo y le dominas
Con las sangrientas hordas de pesares
Que á su constante ocupación destinan.
¡Bien te conozco! La primer desgracia
Me anuncia lo robusto de tu brazo
Y me hace arrepentirme de mi audacia.
También tu esclavo soy, no lo discuto.
¡Ya recibí en el alma el latigazo!
¡Ya te ofrezco rendido mi tributo!

J. FRANCOS RODRÍGUEZ.





La Coqueta.

Bajo la ancha campana de la cocina chisporrotean, se retuercen y desaparecen por el avivado fuego las gavillas de sarmientos.

El día había sido *de fortuna*, ayudando eficazmente la nieve al venteo del galgo, y buen golpe de liebres colgadas de las vigas lo atestiguaban.

Alrededor de amplia mesa fumaban y tomaban café varios jóvenes, acusando el desorden de platos y copas el final de opípara cena.

Los galgos desperezaban sus largos cuerpos á los pies de sus amos.

Caza y amor son buenos compadres, y episodios y escenas de la una, y lances y travesuras del otro, venían ocupando la atención de la alegre velada campesina.

—Vamos, Perto, echa la última gloria mientras que este chambón termina de contar su aventura con *la Coqueta*.

Perto, el viejo cortijero, amontonó sobre la piedra del hogar colosal gavi-llada, en la que bien pronto hizo presa el vivo res-coldo, iluminán-dose con la luz azu-lada que produce la llama del sar-miento aquella amplia habitación, medio salón de se-

ñorial castillo, y medio cocina de opulenta corti-jada.

—Por más que digas, semejante error no cabe en ti. Jamás se desvía el plomo de tu puntería, tu pulso es firme, y excelente tu vista. Nada, que no, que aquí no cuele.

—¡Ea! me pilláis en vena de confiancias; las vuestras obligan á las mías, y vais á saber el por-qué, siendo tan hábil y experto cazador, me lla-man *el chambón*; y allá va, y no de cuento y sí de pura verdad.

Era el mes de Junio de hace algunos años. La mies estaba madura, el calor no era fuerte y las perdices ocupaban sus ni-dos. Nos encontrábamos, por lo tanto, en plena estación de la caza del ma-cho con el reclamo de la hembra.

Sabéis tengo de-lirio por la caza, pero de la noble, de la que se hace cara á cara, y no de la que se verifica á traición y por sor-presa. Nada hay comparable á mis aficiones como el engalgar al escape de mi caballo el perdido rastro; na-da me seduce como el *tenazón*, del que tiene defensa el co-nejo en la viveza de sus movimientos y en la espesura

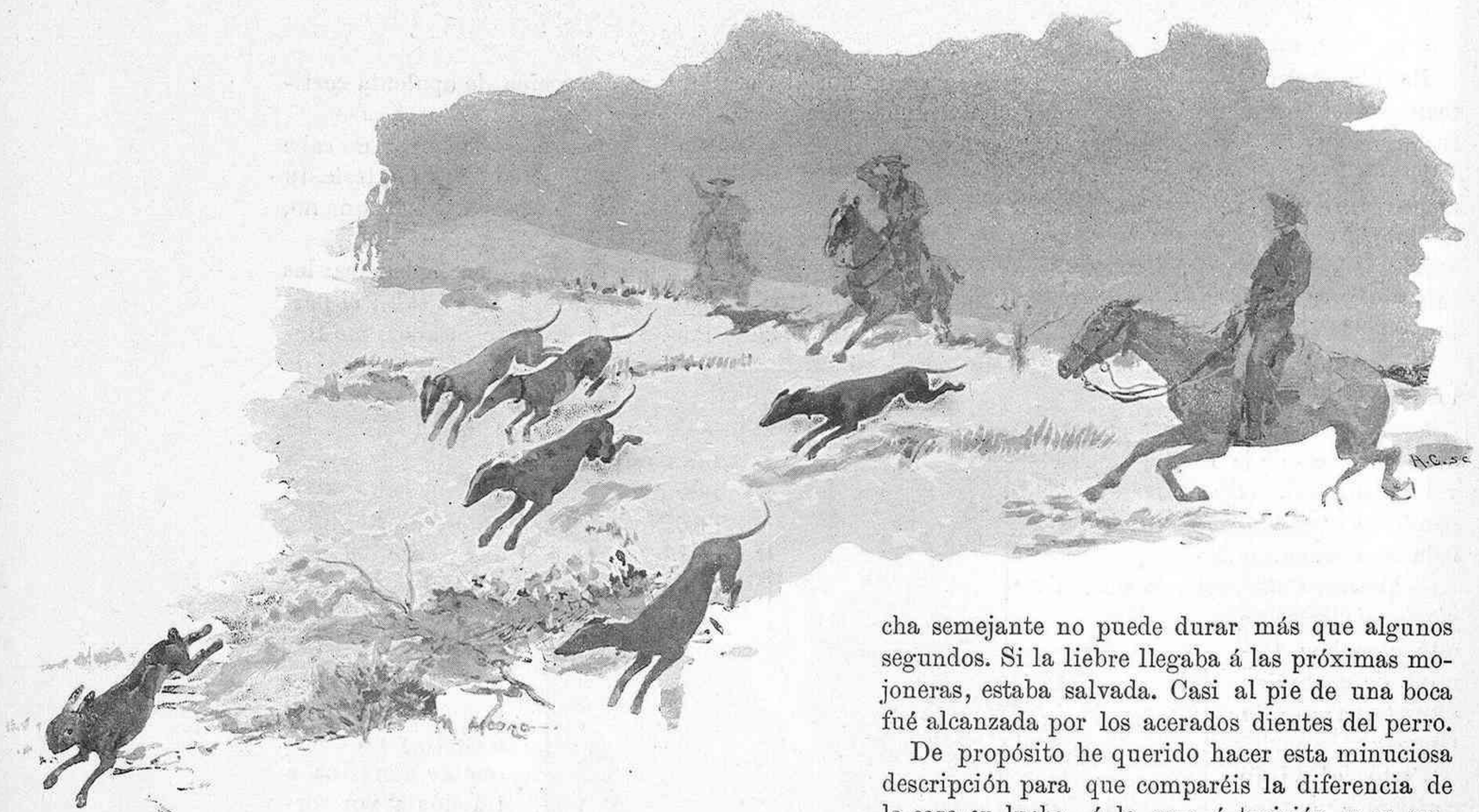


del matorral; nada más hermoso que la codorniz poniéndose fuera del plomo con la rapidez de su vuelo.

Ya visteis esta mañana lo sucedido con ese *liebrón* que cuelga de aquel palo. Jamás he presenciado una lucha más interesante. Ibamos en ala por la nevada y extensa vega. Los doce á caballo: cubríamos una larga mano; caminábamos despacio, distanciados á unos veinte metros; en los intermedios y en los extremos marchaban *las escopetas negras*, con orden de no matar, y sí sólo jalear. La jauría, alta la oreja y al viento el ho-

iba á su alcance un galgo. Era éste.—¡Arre, *Relámpago!*, le grité á toda voz; debió oirme, viéndose estrecharse la distancia entre su largo y humeante hocico y el levantado rabillo de la liebre.—¡Arre! ¡arre, *Relámpago!*, repetí de nuevo, excitando la voz y el látigo al perro, y la espuela y el rendaje al caballo. El efecto fué inmediato en uno y en otro, y de una violenta estrepada, á mí me puso la bestia cerca de la liebre, y á *Relámpago* á su alcance, dándole una embestida sin lograr hacer presa.

El instinto de estos animales no ignora que lu-



cico, olfateaba en los nevados tomillares. El silencio era completo. De pronto, dei *ala* de Perico saltó una pieza, y ¡arre, *Relámpago!*; ¡á él, *Palomol!*; ¡ala, *Cornejol!*, resonó alegre y atronador en toda la línea. Los galgos inmediatamente la vieron y *arrancaron con ella*. A los tres minutos, sólo iban cinco; á los seis, sólo tres estaban á su alcance. En una parada en seco que hizo el pobre animal, se distanció de perros y caballos. Nos pusimos nuevamente en pista, y á las voces y al restallar de los látigos se engalgó la pieza. Al subir el repecho de «Cruz del Rematado», sólo

cha semejante no puede durar más que algunos segundos. Si la liebre llegaba á las próximas mojoneras, estaba salvada. Casi al pie de una boca fué alcanzada por los acerados dientes del perro.

De propósito he querido hacer esta minuciosa descripción para que comparéis la diferencia de la caza en lucha, á la caza á traición y en emboscada.

Como os decía al comenzar mi relato, estábamos en plena época de la caza del macho, y vendiendo la natural aversión que siempre he tenido al reclamo, me decidí á hacer un puesto.

—Lleve usted, señorito, á *la Coqueta*—me dijo el cortijero, señalándome en el jaulero una raquílica perdiz á medio pelear, de ala caída, poca cola y patas averrugadas.

—¿Y se llama á ese avechicho *la Coqueta*?

—Llévela usted, y no le pesará. Vaya al *tollo* que hay en *la Corraleja*, y yo respondo de que si

hay machos en una legua á la redonda, acudirán al pie del *tango*. Ya verá usted lo que es canela fina y lo que es esta alhaja. Son incalculables los machos que se han matado á su reclamo.

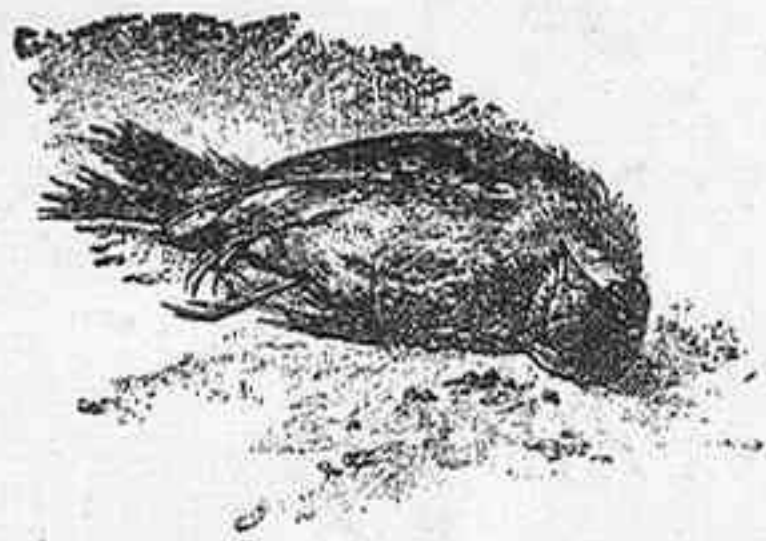
Enfundé la jaula, cargué con ella, y á los veinte minutos estaba en el puesto. La madrugada era espléndida, fresco el ambiente y perfumada la atmósfera con las penetrantes emanaciones de la espontánea flora del monte.

Al percibir la perdiz el fresco de la mañana, al encontrarse en el campo de sus proezas, sacudió sus plumas, se irguió, dió varias vueltas orientándose, y empezó con un monótono canto, dándole inflexiones de alegre impaciencia. Su insinuante *jacara* la suspendía de cuando en cuando, estiraba su pintado cuello, prestando atención á todos los ruidos del monte. Meloso y lento *piñoneo* señaló la proximidad del macho. Éste no tardó en presentarse en la explanada del *tango*. Era un hermoso ejemplar, con toda la bélica gallardía de su raza gallinácea. Pisando señorial y majestuosamente con sus pies calzados de rojo; entreabierto

su ancho y corto pico; esponjadas las lisas y pintadas plumas de su cuello, rozando la arena con sus alas; abierta la redondeada cola y encendida la ardiente pupila, adelantó hacia la hembra, *zureando*, más que cantando, frases de amor. La raquílica perdiz se transformó á la presencia de su conquista; cariñosamente la contempló, dando comienzo al amoroso idilio, desarrollando él todos los refinamientos del galanteo, y ella toda su escuela de marrullerías, mimos y seducciones.

A una nota de deseo mal comprimido del macho respondió á lo lejos otra aguda y larga de desafío, que bravamente fué contestada en el acto, excitando á la lucha un meloso *cacareo* de femenino satisfacción ante el presentimiento de próxima lucha. De un ruidoso revuelo se presentó en plaza el nuevo *personaje*. Los cañones de mi escopeta estaban en tronera, y la carambola á su alcance; pero yo me olvidé de la caza, convirtiéndome en anhelante espectador que espera presenciar una tragedia alentada por una perfidia que amante se ofrecía como premio al vencedor. En aquel mo-





ALMANAQUE DE LA ILUSTRACIÓN.

mento comprendí lo justificado de llamarle *coqueta*. La lucha fué larga y tenaz; dándole fin un certero picotazo del intruso, que hizo rodar al pie de la jaula al pobre pájaro que momentos antes oía acentos de correspondencia.

El desarrollo del tubérculo que sirve á la perdiz de espolón; lo acentuado de las manchas rojas, negras y blancas con que tiñen sus abundantes plumas; la distribución y color que semejan las del pavo real que formaban su cola; y más que todo la corpulencia, belicosidad y destreza, denunciaban en el vencedor á un viejo macho acostumbrado á mandar á su bandada.

Mientras el infeliz caído confundía su sangre con el rojo de sus plumas, el vencedor dió al viento penetrante canto de triunfo, y de un salto se posó sobre la jaula, y enardecido por el deseo y la lucha, picoteó con furor los alambres que aprisionaban á su conquista.

La hembra furiosamente secundaba la obra de destrucción. Esto es lo que yo creía; pero al fijarme, bien pronto me convencí de que sus picotazos no se dirigían á la jaula, y sí al pájaro. En un esfuerzo de éste, logró introducir su cabeza por en-

tre dos alambres, en demanda de ofrecidas caricias, recibiendo en vez de éstas duros golpes sobre su roja nuca.

¡Ah, bribona! Así cumples tu promesa de amor; atraes, no por deseo y sí por maldad; realizas el mal sólo por el mal, sin haber odios de raza ni antagonismos de especies; gozas con el crimen y con la muerte de tus hermanos—quizás de tus padres,—asentando tu fama sobre mutilados cuerpos atraídos por tus sangrientos reclamos. Estás por mí juzgada y condenada: y por si el pobre pájaro que estaba aprisionado entre los alambres vivía, cambié en la escopeta un cartucho de perdigones por otro de bala; apunté con gran cuidado, y la infame trágica, la sin igual *coqueta* cayó inerte en el fondo de la jaula. Corriendo me acerqué á ella, separé los alambres y lancé al aire al pobre pájaro, que aún vivía.

Esta fué la primera y única vez que he cazado con reclamo. Fui justiciero, y con paciencia sufrí el título de chambón y las iras de D. Pedro, dueño de *la Coqueta* y del cortijo «El Goloso», donde acabaron al plomo de mi escopeta los arrumacos de aquella pérfida y mala hembra.

J. ÁLVAREZ GUERRA.



MUSICOS EN PASCUAS.

Boceto de Barbasán.—(Propiedad de Manuel Reina.)

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

Administración: Arenal, 18, Madrid.

Madrid, 14 de Octubre de 1901.

Año LX.—Núm. 38.



1.—Capa de terciopelo.

2.—Abrigo para señorita.

Núm. 1.—De terciopelo, adornada con bordado y aplicaciones de paño; cuello y solapas guarnecidas con mongolia; forro de raso uateado.

Núm. 2.—Abrigo adornado con esclavinas, cuello y corbata de terciopelo guarnecidos con pespunte; forro de seda. Mangas anchas con carteras.

AÑO LXI

La Moda Elegante Ilustrada

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID

EDICIÓN DE LUJO

(Única completa.)

Un año, 36 pesetas;
Seis meses, 18; Tres meses, 9;
Un mes, 3.

EDICIONES ECONÓMICAS

SEGUNDA EDICIÓN

Un año, 24 pesetas;
Seis meses, 12; Tres meses, 6;
Un mes, 2.

TERCERA EDICIÓN

Un año, 18 pesetas;
Seis meses, 9; Tres meses, 4,50;
Un mes, 1,50.

CUARTA EDICIÓN

Un año, 12 pesetas;
Seis meses, 6; Tres meses, 3.
Un mes, 1.

EN PROVINCIAS

EDICIÓN DE LUJO

(Única completa.)

Un año, 40 pesetas;
Seis meses, 21; Tres meses, 11.

EDICIONES ECONÓMICAS

(Sólo para España y Portugal.)

SEGUNDA EDICIÓN

Un año, 24 pesetas;
Seis meses, 12; Tres meses, 8.

TERCERA EDICIÓN

Un año, 18 pesetas;
Seis meses, 9; Tres meses, 5.

CUARTA EDICIÓN

Un año, 14 pesetas;
Seis meses, 7; Tres meses, 4.

DEMÁS PAÍSES DE EUROPA

Un año, 50 francos. — Seis meses, 26. — Tres meses, 14.

En PORTUGAL rigen los mismos precios que en provincias, á razón de 180 reis por peseta.

Las suscripciones deberán empezar precisamente desde 1.º de cualquier mes.
Tanto de *La Moda Elegante Ilustrada*, como de *La Ilustración Española y Americana*, se facilitan números de muestra, gratis, en las principales librerías y por su

Administración, Arenal, 18, Madrid.

